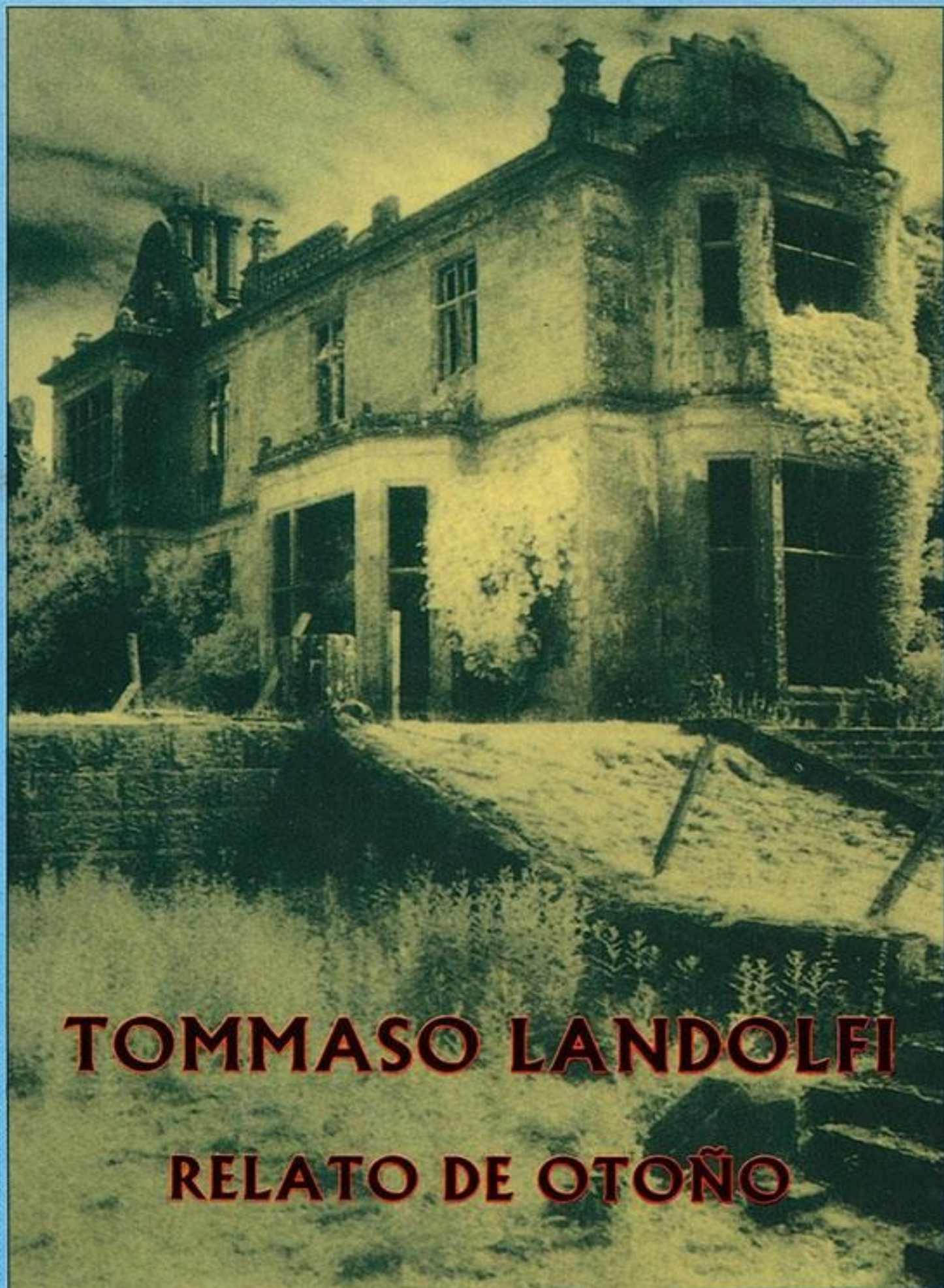




TOMMASO LANDOLFI
RELATO DE OTOÑO

Lectulandia

Cierto día de otoño, huyendo de los ejércitos extranjeros enfrentados en su país, un hombre llegó a una mansión escondida en las montañas. Dos enormes perros lobos y un anciano de ojos fieros, malignos, parecían ser sus únicos moradores. Necesitado de refugio, pero también atraído por el misterio latente en aquel lugar, resolvió imponer su presencia como huésped, con evidente disgusto de su anciano anfitrión. Un pasadizo detrás de una alacena, pasos, flores en una mazmorra, el retrato de una mujer. Tiembla la claridad de un relámpago; se oye el trueno; golpea entonces el viento contra los cristales y el lector ya no sabe si golpea fuera o en el interior del libro. Tal punto alcanza la maestría de Tommaso Landolfi en la creación de ambientes. Todo, sin embargo, en *Relato de otoño* (1947), el escenario mórbido, la pasión enfermiza, la decadencia de la estirpe, la angustiada invocación al Espíritu de los espíritus, hace de telón de fondo a cuya sombra crece una visión extrema del amor.

Lectulandia

Tommaso Landolfi

Relato de otoño

El ojo sin párpado - 44

ePub r1.0

orhi 23.10.15

Título original: *Racconto d'autunno*
Tommaso Landolfi, 1947
Traducción: Carlos Alonso Otero

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Relato de otoño

CAPÍTULO PRIMERO

EN la época de esta historia la guerra me había llevado lejos de mi habitual lugar de residencia. Dos formidables ejércitos extranjeros se enfrentaban por aquel entonces en nuestro suelo llevando a cabo una cruenta campaña que pareció interminable a la mayor parte de la población, que se vio, como es de imaginar, directa y bárbaramente perjudicada. Por otra parte, las exorbitantes exigencias en hombres y materiales de uno de estos ejércitos (el invasor, que lentamente iba retirándose a través del país, ante el otro, llamado liberador), así como el espíritu patriótico o el compromiso político, llevaron a numerosas personas a buscar refugio durante largos meses o incluso años en lugares agrestes y alejados de las grandes vías, abandonando así sus intereses, sus bienes y sus propias familias. De este modo, los que tenían posibilidades o se sentían con fuerzas para ello se organizaron para una resistencia armada e incluso para la ofensiva, mientras que otros se resistieron pasivamente al menos a las imposiciones de los invasores y, por último, otros trataron únicamente de alejarse de la lucha.

Puesto que, como he dicho, pertenecía yo a una de estas categorías, mi vida fue durante mucho tiempo la del bandido o incluso, teniendo en cuenta los lugares más o menos inaccesibles por donde me movía, la del bandolero perennemente perseguido. Muchos compartieron conmigo esa vida, y de ellos y con ellos me vi sucesivamente separado o reunido, aunque al final sólo me quedó un compañero con el que me adentré en el corazón de una región montañosa relativamente próxima a lo que se conoce por mundo civilizado y, sin embargo, extremadamente salvaje. Y allí, un cierto día de otoño avanzado, nos decidimos, contrastando momentáneamente nuestros intereses personales, a separarnos, aunque sólo hasta la noche. Nos dividimos en la espesura de un bosque (pues habíamos descubierto un numeroso grupo de soldados que procedía a efectuar en la zona más baja de la ladera una de las habituales levass forzosas) tras determinar el punto donde habríamos de encontrarnos. Pero nuestro reencuentro jamás tuvo lugar.

Pasé toda la mañana en aquel bosque; hacia mediodía una violenta lluvia me empujó a buscar un refugio, cabaña o casa, abandonada o habitada. Acababa de salir del bosque cuando tropecé con una numerosa patrulla que se había aventurado hasta tan lejos en busca de prófugos; los soldados me dieron el alto, mas al no obedecerlos me respondieron con unos tiros de carabina. Así que tuve que volverme apresuradamente sobre mis pasos: esperaba que, después de todo, los soldados no se adentrarían en un bosque desconocido. Pero poco después oí que buscaban mi rastro entre los matorrales: me acosaban. Ello me obligó a iniciar rápidamente una larga carrera por los montes y a internarme cada vez más, ladera arriba, en aquel poderoso macizo. En vano intenté, con amplios y fatigosos rodeos, engañar a mis perseguidores y, al mismo tiempo, no alejarme demasiado del lugar de mi cita nocturna, pues éstos,

abiertos en abanico, me llevaban ventaja numérica, aparte de que yo no podía descubrirme a sus ojos sin arriesgar la vida; además vi de trecho en trecho otras patrullas que, sin proponérselo, me cortaban el camino. Los soldados no abandonaron la caza antes de que el sol hubiera iniciado su ocaso.

Estaba momentáneamente a salvo, pero me había alejado demasiado de mi punto de partida y la oscuridad acechaba, una oscuridad húmeda. Me decidí a pasar la noche donde estaba, y dejo imaginar al lector cómo la pasé, a mil quinientos metros de altura, empapado hasta los huesos, casi sin comida, sin refugio alguno. Pero la pasé, y el viento gélido del amanecer me despertó de un breve sopor.

No me quedaban esperanzas de volver a encontrar a mi compañero, al que sabía obligado, en esa misma noche recién transcurrida, a nuevos desplazamientos, así que nada me forzaba a volver al punto de partida, del que me habían mantenido alejado los incidentes del día anterior. Estudié desde mi posición el terreno y me pareció adivinar, entre un imponente grupo de montañas desconocidas, la presencia de un valle que podía esperar habitado y al mismo tiempo, dada su remota situación, no demasiado infestado de opresores: decidí encaminarme hacia allí. ¡Pobre de mí! No acababa de llegar al pie del pico cuando vi una patrulla que, sin haberme descubierto antes, venía derecha hacia mí. Me convenía esquivarla; para no alargarme diré que tuve que evitar más tarde una segunda y luego otra, y otra más, así que pasé aquel día casi por entero entre alarmas y huidas, y tampoco pude acercarme a la meta que me había fijado. Mis escasas provisiones se habían agotado por la mañana y el cansancio me vencía, por lo que resolví llegar a toda costa, y enfrentándome a cualquier peligro, hasta un lugar habitado, aprovechando para ello la escasa luz diurna que aún quedaba. Tratando de mantenerme a cubierto entre los matorrales en la medida de lo posible, inicié el descenso.

El lugar donde me encontraba era una especie de agreste e inmensa quebrada que desde la cima de la montaña iba a desembocar, casi en línea recta, a una terraza situada mil metros más abajo; sus laderas estaban cubiertas por una espesa vegetación. A pesar de la miserable condición en que me vi obligado a recorrerla, nunca he podido olvidar la salvaje belleza de aquel lugar y, al mismo tiempo, la oscura sugestión, o el oscuro terror, que parecía aletear en él: no había duda de que dicha sugestión tenía que ver con mis alterados nervios.

Había descendido ya la mitad de aquel barranco cuando me detuve indeciso: a pesar de mi firme resolución de poco antes, no podía dejar de pensar que bajar aún de día hasta el fondo del valle era casi como arrojarse en brazos del enemigo, pues las patrullas solían acampar a menudo, fuera de sus cuarteles, en los lugares más accesibles de la montaña. Pero si me hubiese visto sorprendido por las sombras de la noche, no habría sabido orientarme en aquellos lugares completamente desconocidos y mucho menos buscarme la necesaria hospitalidad. Además la misma quebrada se había vuelto casi impracticable: grandes rocas planas y resbaladizas desplomándose una sobre otra a muchos metros de altura se ocultaban entre la intrincada espesura

que crecía en sus hendiduras.

Pero mientras tan tristemente meditaba, mi mirada cayó sobre algo que podía considerarse un sendero o trocha y que, atravesando la quebrada un poco más abajo y en sentido transversal, volvía a ascender y rodeaba ambas crestas, la diestra y la siniestra. Tras llegar hasta allí constaté de hecho la presencia de una senda de pastores, apenas reconocible y localizable en todo caso por las huellas de cabras que se veían acá y allá. Decidí tomarla: así evitaría acercarme demasiado al valle y, probablemente, acabaría por encontrar alguna cabaña. Sólo me quedaba determinar la dirección; tiré, por puro azar, hacia la izquierda. Volví a trepar por la pendiente y gané la cumbre. Y allí me esperaba la más agradable de las vistas, en mis condiciones. Lo que buscaba con escasa esperanza estaba allí, a mis pies, a un tiro de escopeta: una casa. Por añadidura, desde su chimenea se elevaba hacia el aire húmedo y casi brumoso un humo agitado por el viento, probablemente muy melancólico en sí mismo, pero que a mí me pareció alegre hasta un punto que no sabría expresar. Mi corazón se sintió confortado y me dirigí hacia la providencial morada.

Ésta se hallaba situada en una especie de minúscula meseta, un mirador diría yo, rodeada por todas partes de oteros o colinas que la montaña formaba en aquel lugar y en la que confluían tres escarpadas pendientes. Rodeada de varias dependencias, la casa parecía grande y de aspecto decoroso, una residencia señorial o una quinta más que una granja. En ella encontraría sin duda cobijo y comida en caso de que tales beneficios me fuesen concedidos.

Mas pasado el primer impulso tuve que plantearme, mientras recorría tan breve distancia, las más serias dudas a ese respecto. Pues por aquel entonces la gente solía ayudar en cualquier circunstancia a los vagabundos, a los que se veía como patriotas perseguidos, pero no por ello se les ocultaban los peligros, el de quedar comprometidos y el de su propia incolumidad personal, que tal costumbre comportaba. Es decir, ¿podía un desconocido tan poco de fiar, armado, barbudo, cubierto de barro y con el aspecto montaraz al que me había visto reducido, esperar que le recibiesen en una casa perdida entre las montañas, al anochecer y cuando pululaban por la región no sólo patriotas, sino también malintencionados, espías y traidores? Si la casa, según parecía verosímil, estaba habitada sólo por mujeres o ancianos (el segmento de población que tenía alguna probabilidad de salvarse ya que no de todas, si al menos de algunas de las vejaciones de los invasores, y que podía atreverse a no abandonar su hogar), ¿acaso no se atrincherarían aún más sus débiles moradores en vez de abrirme su puerta? Sobre todo por ir yo solo y serme, al fin y al cabo, bastante difícil hacer algo contra una puerta cerrada.

Salí de entre los matorrales resuelto a despertar su piedad fueran quienes fuesen y atravesé un breve espacio de tierra, cultivado en otro tiempo, y un manzanar o jardín que rodeaba la casa. Esperaba ver a alguien a quien dar una voz, pero los alrededores estaban completamente desiertos, tanto de criaturas humanas como de animales domésticos. Como los perros de aquellos lugares eran especialmente agresivos, me

sorprendió no ver alguno que se abalanzase sobre mí. Por otra parte, el crepúsculo casi había dado paso a la oscuridad y apenas podía distinguir los objetos que me rodeaban: quizá los habitantes de la casa y sus animales se habían encerrado ya para pasar la noche. Pero no oía ruido alguno en las construcciones anexas, cuadras, establos y pajares, que iba bordeando. Sin embargo, la casa estaba habitada sin duda alguna, como demostraba suficientemente el humo que había visto salir de ella un cuarto de hora antes.

Llegué al pie de la fachada principal; ésta se alzaba sombría en el aire oscuro y tenía delante una amplia terraza a la que se accedía por una doble rampa y a la que daba una gran puerta. Observé, en la balaustrada de piedra de dicha rampa, algunas pirámides y esferas, también de piedra, como solía haber hace tres o cuatro siglos en todas las residencias campestres aristocráticas de la región. En el pavimento de la terraza pude distinguir ortigas y otras malas hierbas que crecían en las junturas de las losas; junto a la puerta la pared había perdido buena parte de su revoco. En otras palabras, por lo que se podía deducir a primera vista, era una vieja casa caída en el abandono.

Como no se veía luz en parte alguna, permanecí unos momentos a la escucha: tampoco de aquí salía el menor sonido. Incluso los débiles ruidos de la montaña habían cesado, podría asegurarse, de repente. La crecida en algún valle lejano, cuyo atenuado estruendo había estado escuchando todo el día, debía haberse enjugado por completo; la lluvia, que había seguido cayendo sin parar desde por la mañana, también había cesado durante un instante, y la naturaleza toda vivía uno de esos curiosos momentos de suspensión, cuando todo parece mantenerse en precioso y amenazador equilibrio.

Ese silencio absoluto y funesto empezaba a turbar mis ya probados nervios. La ventana del piso bajo, protegida por una reja, que acababa de descubrir no muy lejos de la puerta estaba completamente a oscuras. Me decidí a llamar: mi voz resonó sin eco en el aire vacío y no obtuve respuesta alguna. Tras numerosos intentos parecidos, agarré decidido el aldabón de la puerta y lo dejé caer a peso: de las entrañas de la casa surgió un sonido sombrío y sordo que me produjo escalofríos, mas ningún otro resultado se produjo. Redoblé, tras la espera pertinente, los golpes, con violencia cada vez mayor: no tuve mejor suerte. Por otra parte esto era previsible, pues tan normal modo de anunciarse no se correspondía con los tiempos que corrían, para quienes tuviesen buenas intenciones; si los habitantes no habían respondido a mis reiteradas llamadas, mucho menos habían de hacerlo a mis aldabonazos. Confieso no obstante que me vi invadido en ese momento por un cierto, irracional e indefinible terror que, a pesar de mi poco alegre situación, tenía incluso un toque de curiosidad. Además de procurarme la necesaria hospitalidad, debía acabar de una vez con esta historia.

CAPITULO SEGUNDO

EMPECÉ dando la vuelta a la casa, a una cierta distancia, pues algunos obstáculos de naturaleza indeterminada me impidieron hacerlo desde más cerca; no descubrí nada que sirviese para aclarar el misterio. Y me dije entonces, ¿es que hay algún misterio en esta historia? En el fondo, el único elemento en que se basaba mi convicción de que la casa estaba habitada era el humo que había visto poco antes: ¿acaso no podían haber huido sus habitantes a toda prisa, por alguna razón que ignoraba, dejando el fuego encendido? Pero algo, no sé explicar si un ruido real en el interior de la casa o la simple sensación de ello, me advirtió en aquel mismo momento que me había engañado en mi primera suposición.

Con renovado ardor di nuevamente la vuelta a la casa y esta vez, con notable dificultad, pegado a la pared. Tuve que saltar un gran pilón o aljibe de piedra, un revoltijo de chatarra, unos poyetes colocados en círculo en torno a troncos de grandes árboles y otros obstáculos parecidos. No descubrí más que unos ventanucos o troneras casi al nivel del suelo, protegidos también con fuertes rejas, igualmente silenciosas y oscuras, y dos puertas de servicio que, no hay ni que decirlo, se resistieron a todos mis intentos. Pero en la parte trasera de la casa, y opuesta a la primera, había una segunda terraza, del mismo tamaño aunque algo más rústica, a la que daba otra puerta y, junto a ella, otra ventana protegida con barrotes. Me acerqué a mirar. El espectáculo que se apareció en ese momento ante mi vista no era, a decir verdad, en absoluto singular, excepto por una cierta y especialísima sugestión que le otorgaban, en parte, mi propio estado y, en parte, otras circunstancias que se me escapaban. Singularidad, pues, en gran medida ilusoria, pero que me sorprendió.

A través del exiguo espacio que dejaba un postigo mal cerrado vi, surgida como por encanto entre aquellas agrestes montañas, una suntuosa sala vivamente iluminada. Suntuosa es quizá demasiado decir: era una de esas piezas de recibo que suelen verse en las viejas mansiones nobles de provincias. Su mobiliario era oscuro y algo promiscuo, las paredes y el techo estaban cubiertos de grandes frescos de notable gusto aunque medio borrados. Aquí y allá había monumentales sillones tallados y blasonados, butacas tapizadas de damasco, cortinajes de brocado. Sin embargo, al echar un segundo vistazo el conjunto producía la misma impresión que el exterior de la casa, es decir, la de un fastuoso abandono. Por ello, y a pesar de que la sala estaba repleta de objetos de adorno, parecía no obstante curiosamente desnuda.

Pero lo que tras un primer y somero examen más podía interesarme en aquel lugar era que, a pesar de hallarse entonces vacío de seres humanos, conservaba huellas evidentes y recientes de vida, como si sus habitantes (o al menos uno de sus habitantes) se hubiesen ausentado apenas unos instantes antes. En la vasta chimenea, coronada también por un escudo, ardía silenciosamente un gran fuego que era por supuesto la fuente principal de tan viva iluminación; en una mesa redonda algo

apartada, sencillamente puesta para una sola persona, humeaba un plato, y la silla estaba colocada de través, como si alguien la hubiera abandonado un instante; un voluminoso libro estaba abierto en un velador que estaba junto a un sillón arrimado al fuego.

Aunque no eran humanos, dos seres vivos ocupaban no obstante aquel lugar: eran dos enormes perros lobo de aspecto feroz. Estaban extraordinariamente inquietos y recorrían la sala a grandes pasos silenciosos, deteniéndose de vez en cuando a oliscar el aire o saltando sobre un sillón a rascarse furiosamente, por puro nerviosismo. Debían de haber reconocido la presencia del extraño, pero no lograba comprender por qué no ladraban y, sobre todo, por qué no lo habían hecho cuando atroné la casa con mis aldabonazos. O estaban demasiado habituados a ruidos de esa clase, es decir, a llamadas de gente a las que nadie en la casa contestaba o, más probablemente, una voluntad superior les impedía ladrar. Y allí estaban, alargando a cada poco el hocico en actitud de aullar pero sin emitir sonido alguno; una o dos veces se volvieron hacia el interior de la casa con aire de desconfianza y miedo.

Tuvieran o no interés para mí tales descubrimientos, mi posición no se veía en absoluto beneficiada. Era ya noche cerrada y se había levantado un fuerte y acuoso viento que estaba rematando sobre mí la labor de toda la humedad de aquellos dos días. Oía agitarse y crujir de forma rabiosa, agresiva casi, los grandes árboles de los alrededores, y ese ruido contribuía a arrojarme en brazos de la más desoladora melancolía. No tengo que decir que sentía también los imperiosos mordiscos del hambre y un infinito deseo de descanso y también de humana cordialidad. Mas ¿qué podía hacer realmente contra tan poco hospitalaria y, me atrevería a decir, embrujada mansión? Sus habitantes parecían muy decididos a no darme cobijo, pues era imposible que no me hubiesen oído; en la violencia no podía pensar; cualquier otro intento mío parecía de entrada inútil, así que no me quedaba más que volverme por donde había venido. No obstante, golpeé decidido los cristales de la ventana por entre las rejas.

Esta vez los perros no se contuvieron y se produjo dentro un auténtico y espeluznante estallido de ladridos, aullidos, gruñidos y cuantos sonidos pueda lanzar un perro furioso. Aquellos animales, o fieras, se lanzaban ágilmente contra los cristales tratando quizá de romperlos, así que durante un instante me vi cara a cara con uno de ellos o con ambos a la vez; cuando volvían a caer al suelo me quedaba una extraña impresión de su mirada, como si en ella se uniesen una terrible ferocidad y un profundo extravío, una especie de desesperación.

Me quedé a la espera, no sin temer por mi seguridad personal, porque si quien habitaba la casa estaba realmente decidido a librarse de mi presencia, no tendría más que soltar los perros, y entonces me habría sido muy difícil salvarme. Esperaba que el terrible estruendo indujese a éstos, o a éste, al menos a dejarse ver. Pero no fue así. Empecé a pensar que en aquel momento los dos animales estaban solos en la casa pero, dejando a un lado otros numerosos elementos que se oponían a tal hipótesis, ¿y

la sopa humeante? Di un paso atrás y disparé un tiro de escopeta al aire, luego volví a espiar: el furor de los perros aumentó, si es que ello era posible, pero tampoco entonces nadie se dejó ver. Me invadió una gran zozobra y rabia. He dicho poco antes que no quería ni podía pensar en la violencia, pero me resolví incluso a ese punto. Así que me decidí a entrar en la casa fuera como fuese, incluso contra la voluntad de sus habitantes, si es que había otros habitantes aparte de los dos perros, y si eran al menos criaturas humanas y no demonios malignos, pues empezaba a perder el seso y en algunos momentos eso me parecía posible.

CAPÍTULO TERCERO

PERO aun suponiendo que pudiera forzar una de las puertas (con las ventanas no había nada que hacer porque todas, al menos todas las que había descubierto, estaban provistas de rejas), ¿cómo habría de amansar a tan feroces animales? Me incliné por una decisión extrema y pensé en suprimirlos si no podía hacer otra cosa. Mas abrir fuego sobre ellos a través del cristal significaría fallar casi con toda seguridad, y con grave peligro, pues mi propio tiro les dejaría libre el camino y mi escopeta de caza no tenía más que dos cartuchos; además sería un acto de completa hostilidad contra los misteriosos habitantes que, después de todo, dueños de la casa y de las ventanas, podrían dispararme a placer y sin peligro alguno en caso de que manifestase una actitud belicosa.

Así pues, era preferible en cualquier caso hacer salir a los perros para encontrar una justificación a mi violencia, como si me hubiese visto obligado a actuar en defensa propia ante su ataque. Entiendo que todos estos razonamientos no eran muy lógicos, pero fueron los que tuve en aquel momento.

La oscuridad era completa, rota apenas, aunque no despejada, por aquel mínimo rayo de luz que se filtraba desde el interior. Busqué a tientas un punto de apoyo para la realización de mi proyecto, en otras palabras un árbol al que fuese fácil trepar, y finalmente encontré uno adecuado al pie de la terraza. Quería romper los cristales de la ventana y retirarme luego rápidamente hasta aquella posición, hasta la copa del árbol, desde la que, sin riesgo alguno, podría disparar a los animales a contraluz, primero a uno y luego a otro, pues había calculado que pasarían a duras penas, dada su envergadura, y probablemente de uno en uno por los huecos de la reja. Así pues, fijé bien en mi cerebro la dirección a seguir y el número exacto de pasos que había que dar para llegar hasta el árbol y luego, con la culata de la escopeta preparada para abrir fuego, di dos grandes golpes en los cristales. Dentro se oyó un enorme estruendo; los aullidos espasmódicos, doloridos casi, de los perros atenuaron el ruidoso quebrarse de los cristales. Pero ya había ganado mi posición y esperaba a los adversarios con la escopeta preparada.

Pero esperé en vano: a pesar de sus excesos precedentes, los animales, tras asomarse un instante, se retiraron inmediatamente y se quedaron allí, al pie de la ventana o con las patas delanteras apoyadas en el alféizar, continuando con sus aullidos infernales pero guardándose muy mucho de asomarse al exterior. Un momento antes se diría que iban a devorarme a poco que hubiesen tenido posibilidades de hacerlo, mientras que ahora, con el camino libre, no lo intentaban en absoluto. No me pareció que hiciesen esto, o dejaran de hacerlo, por miedo, sino obedeciendo también en esta ocasión una orden superior. Fuera, querían dar a entender sin duda alguna, no podemos salir, pero atrévete tan sólo a poner los pies aquí dentro... Por supuesto en aquella posición podía acertarles igualmente, pero me

quedé indeciso y desconcertado: el esperado ataque no se había producido y me faltaba, ¿cómo decirlo?, una provocación grave.

Pasó un rato y yo seguía en el árbol, a horcajadas en la primera rama. Mi situación había empeorado ahora sin duda alguna, y por ese mismo motivo no me daba por vencido; una profunda rabia era mi sentimiento dominante. Me dije por último que, si los perros no abandonaban el interior, tendría que arriesgarme a bajar, y así lo hice: los perros redoblaron sus ladridos, pero efectivamente no salieron.

Evitaré al lector los largos soliloquios que mantuve conmigo mismo y los proyectos, cada uno menos factible que el otro, que urdí. Por último determiné matar a los perros en su misma guarida y con tal fin me dirigí hacia la ventana. Pero me detuve pensando que, una vez hecho esto, no por ello podría penetrar en la casa, cuya única vía de acceso abierta en ese momento seguía estando protegida por la reja; por tanto había que buscarse otra, entrar luego apuntando con el arma y acabar con los dos animales si no encontraba otro modo de lograr que me dejaran pasar. La verdad es que quería perdonarles la vida si fuera posible: me había visto inopinadamente invadido por una indefinible sensación de piedad hacia los perros, sensación que, sin embargo, me volvía cada vez más arrogante para con tan invisibles seres humanos. Mis alterados nervios me hacían reconocer en sus aullidos esa misma desesperación que había creído ver en el fondo de sus miradas, como si los perros fuesen criaturas infelices o almas en pena encerradas en aquella casa por un cruel encantamiento.

Mas ¿cuál podría ser ese medio de entrar? La sólida puerta delantera se resistió a mis golpes al igual que había resistido la puerta de la parte trasera y también la de servicio. Alzando la mirada sólo veía, y con gran esfuerzo, un oscuro centelleo de cristales en las ventanas del primer piso, cerradas por tanto, que estaban en cualquier caso demasiado altas para intentar trepar hasta ellas. Tenía que atacar a fondo una entrada y lo mejor sería decidirse por la trasera, pues ello me permitiría vigilar constantemente a los cuadrúpedos defensores de la plaza. Si lograba hacerme con algo parecido a una palanqueta, o al menos con un grueso bastón, pensaba que podría superar el obstáculo, pero ¿dónde podía encontrar tal herramienta? Me acordé de las cuadras y pajares que había visto al llegar: puede que allí hallase lo que necesitaba. Una vaga mancha blanquecina en la oscuridad me reveló la ubicación de una de estas dependencias, cuya pared bordeé llegando poco después hasta una puerta, cerrada, pero que cedió muy pronto a mis empujones abriéndose de par en par. Por el olor aquel lugar debía ser un henil. Eché mano de las escasas cerillas que me quedaban: estaban húmedas y todas perdieron el fósforo sin encenderse. Avanzando a tientas en la oscuridad y tropezando continuamente con objetos invisibles pude apoyarme en una pared y logré finalmente llegar hasta un rincón donde encontré varios astiles: elegí, siempre al tacto, una horca de hierro y me volví sobre mis pasos. Los perros, que durante unos instantes se habían calmado, reanudaron entonces el estruendo.

Sin embargo, no podía esperar que con mi horca, que tenía el mango de madera, iba a conseguir forzar la pesada puerta: en todo caso podía hacer saltar la cerradura.

Tras un último vistazo, a prudente distancia, al interior, donde sus habitantes seguían sin mostrarse, me dije: si queréis guerra, guerra tendréis. Introduje la punta de la horca entre las dos hojas de la puerta e hice fuerza. La cerradura se resistió largo rato y temía que el mango se me fuese a romper entre las manos; finalmente cedió con un crujido seco, debía de haberse desclavado.

Me guardé muy bien de abrir inmediatamente la puerta pues me esperaba un ataque frontal de los perros, lo que de hecho se produjo muy pronto: éstos se lanzaron por dentro contra la puerta y trataban de entreabrir con las patas la estrecha rendija. Yo oía todo esto sin verlo, pues la puerta no daba directamente a la sala, sino a una habitación a oscuras. No obstante podía contar con un poco de luz tras la rotura de la ventana, y además empecé a divisar a través de la rendija de la puerta un rayo de luz que se filtraba desde la sala hasta esa habitación contigua, y mostraba el camino que habían recorrido los perros para salirme al encuentro.

Pero había que decidirse; con el dedo en el gatillo bajé la escopeta y, echándome a un lado, con el pie empujé bruscamente la puerta. Los perros durante un instante se vieron obligados a retroceder, lo que me permitió tomar posiciones a una cierta distancia; un momento después los animales se lanzaron contra mí. El primero se mostró en toda su estatura en el quicio, pero no lo cruzó. Me arriesgué a dar un paso al frente: el segundo perro estaba ya junto al primero y ambos seguían atronándose aunque sin moverse de allí. Babeantes y furiosos, y con su terrible rechinar de dientes, eran verdaderamente espantosos de ver. No por ello dejé de dar otro paso al frente, y luego otro; llegué hasta el quicio de la puerta. Y he aquí que una vez que los perros me hubieron tenido, por decirlo así, al alcance de la mano, empezaron imperceptiblemente a retroceder; crucé en una fracción de segundo el umbral, ellos siguieron retrocediendo, aunque continuaban aullando convulsamente. Sin duda les mantenía a distancia mi escopeta bajada, cuya naturaleza debían conocer; mas su extraño comportamiento parecía tener otros motivos que, como todo lo demás, se me escapaban.

A medida que los perros iban cediendo terreno, me adentraba cada vez más en las tinieblas y los veía de forma demasiado confusa como para poder usar contra ellos mi arma en caso de necesidad, aunque ellos sí que la veían, lo que para el caso bastaba. El rayo de luz hacia donde me dirigía en mi lentísimo avance parecía aún lejano; en compensación, las tinieblas iban aclarándose un poco pues mis ojos se iban habituando a ellas con la ayuda de la tenue claridad que el propio rayo difundía. Distinguí así cada uno de los objetos circunstantes, que desde luego no me detuve a examinar, y me percaté de que el lugar era un amplio zaguán rectangular, o vestíbulo, carente casi por completo de mobiliario, por lo que no había obstáculos apreciables, cualesquiera que hubiesen sido mis movimientos, entre el rayo de luz y yo. Una vez comprobado esto, y sin perder de vista ni por un instante la masa confusa de los dos perros, avancé más deprisa, acelerando ellos de mala gana su retirada. Se retiraron finalmente por el hueco por donde penetraba la luz, que era una simple puerta. Yo

seguí avanzando con cautela. Estaba a punto de coronar mi largo esfuerzo y de alcanzar aquella sala que parecía remota e inalcanzable. Y ahora, señores habitantes —me decía—, vamos a ver si no dais señales de vida.

Tras abrir la puerta de una segunda patada y llevando siempre la escopeta con el cañón hacia abajo, crucé ese segundo umbral, que daba a la sala directamente. Me encontraba ahora en una especie de estrado de madera brillante, no muy alto y cubierto con viejas alfombras, que terminaba en dos bajos y anchos peldaños, es decir, uno de aquellos estrados donde en otras épocas se colocaba un piano de cola u otro instrumento parecido junto a los músicos y cantantes. Sin cejar en sus violentos aullidos, los perros se habían retirado al pie del estrado. En cuanto a mí, me cuidaba de mantenerlos a distancia, pero no sabía bien qué hacer, ahora que había ganado la partida, pues, y olvidándonos de su presencia, no podía abandonarme tranquilamente en una casa en la que había entrado de forma tan singular y, por otra parte, debía esperar muy probablemente que me atacaran aquellos que con tanta obstinación me habían impedido la entrada en ella.

Sin embargo, un profundo y siniestro silencio seguía reinando en la casa, dejando a un lado los roncós ladridos de los dos animales, que no me impedían observarlo. Por otra parte miraba de reojo la mesa redonda que ya había visto desde el exterior y, sobre ella y entre otras cosas, el plato de sopa, que ya había dejado de humear pero que parecía estar esperándome a mí y a mi hambre atrasada. Tal visión fue, por el momento, más fuerte que cualquier otra sospecha, así que decidí, mirando siempre de frente a los perros, llegarme hasta la mesa y, si me hubiese sido posible mantenerlos a raya y comer al mismo tiempo, recobrar las fuerzas mientras tanto para decidir después lo que había de hacerse. Así que empecé a moverme lentamente en aquella dirección y, ya por la secreta necesidad de darme ánimo, ya por simple efecto de mi turbación, empecé a responder a los aullidos de los perros con gritos cada vez más fuertes, con la intención de que se alejasen, y a llamar con incongruentes voces a la gente de la casa, como si quisiera demostrar que aunque me había introducido allí por la fuerza, lo había hecho con la mejor intención del mundo.

Ya casi había llegado al extremo del estrado y mi perspectiva, debido a la maniobra que estaba realizando, se había ido modificando gradualmente; en concreto, y para no dar la espalda a los perros, había tenido que dársela casi por completo a una puerta que estaba a la izquierda de la primera, que había visto confusamente a mi entrada en la sala y que me proponía vigilar, olvidándolo después por completo. Y desde ella, de repente, me pareció oír un ligero ruido ajeno a nuestro propio estrépito. Apartando durante un instante la vista de mis adversarios, me volví hacia allí y nada vi, y tampoco pude insistir en mis pesquisas porque éstos, aprovechándose de tal oportunidad y como envalentonados por alguna imprecisa circunstancia, avanzaron hacia mí amenazadores. Y mientras les volvía a hacer frente apresuradamente, una voz ronca e imperiosa resonó a mi espalda: «¡Suelta esa arma!».

CAPÍTULO CUARTO

ME volví de repente olvidándome, esta vez, de los perros, que se decidieron entonces a saltar sobre mí aunque sin lograr clavarme los colmillos a la primera, pero se quedaron clavados en su sitio ante un gesto de la persona que acababa de entrar y a la que demostraban tener gran temor.

Era esa persona un anciano de poco más de setenta años, de sienes plateadas, cabello bastante ondulado y cejas canosas y muy espesas. Su rostro, alargado y lleno de arrugas, tenía impreso en su conjunto algo de noble y salvaje al mismo tiempo. Tales fueron, al menos, los rasgos que observé de momento, a los que habría que añadir el más importante: sus ojos, oscuros y profundos bajo unas espesas cejas, ojos que no podrían ser mirados sin sentir un estremecimiento, ojos que me observaban ahora con mirada fiera y tenebrosa. No era para mí momento de observaciones, aunque me sorprendió un cierto y vago parecido entre la fisonomía de él y la de sus perros, que me había visto obligado a mirar largo rato, sobre todo en los ojos, en los que flotaba la misma y oscura fiereza y, al mismo tiempo, el mismo incomprensible extravío.

El anciano vestía un rico y raído batín de terciopelo, de corte muy anticuado, y llevaba en la mano, apuntada contra mi pecho, una larga pistola cuya naturaleza no pude dejar de observar: era una de esas pistolas, en uso hasta fines del siglo pasado, que algunos, debido a su forma y también a su dudosa eficacia, llamaban «de hueso de jamón». Pero, me dije, armas eran después de todo, y armas de seis balas. Así pues, como el anciano estaba apenas a un paso de distancia de mí y, como en mi brusco giro una parte de mi cuerpo y el cañón de la escopeta habían conservado su anterior orientación, y considerando además la presencia de los perros, que a su más mínimo gesto me habrían destrozado, tuve que considerar que por el momento me encontraba por completo a su merced.

Aunque no había obedecido su orden, él no la repitió, y seguía mirándome intensamente en silencio. Trataba quizá de penetrar en mi ser y condición actual, examen que tuvo que serme favorable pues su expresión, que no se dulcificó, no se endureció al menos. Yo, por mi parte, no podía dejar de mirarlo sin asustarme; los perros continuaban gruñendo, aunque en sordina, y fueron finalmente obligados a callar a una simple mirada del anciano. «¿Quién es usted? ¿Qué quiere?», fueron sus siguientes palabras.

Aunque estaba rabioso por haberme dejado sorprender así y pese a lo incierta que en ese momento era mi situación, no dejó de animarme la visión de aquel hombre: empezaba a creer realmente que la casa no estaba habitada por seres humanos y ahora tenía uno ante mí, aunque singular, con el que esperaba poder entenderme a la postre. Por tanto, y con relativa calma, le proporcioné todos los informes solicitados. Le expliqué en pocas palabras qué tipo de circunstancias me habían llevado hasta aquel

lugar y que solicitaba hospitalidad, no dejando de pedirle excusas por mi irrupción y de decirle, aunque con una dignidad destinada a encomendarme a él mejor que cualquier otro recurso, palabras pensadas para conmoverlo.

Entre tanto me había echado al hombro la escopeta y, mientras hablaba, él bajó su pistola, aunque sin enfundarla. Escuchó mi discursito con la mayor atención, aunque su desconfianza no pareció disiparse del todo; luego, sin perderme de vista, pareció reflexionar y hablar consigo mismo. Por último señaló indeciso (si es que se puede decir eso de personaje tan fiero) con el cañón de la pistola hacia la ventana y los cristales rotos. Comprendí que con ello quería dar a entender que no podía fiarse de alguien que había penetrado con tales medios en su casa, y de nuevo me prodigué en explicaciones acerca de las circunstancias que me habían determinado a adoptarlos. Que en definitiva era una sola y suficiente: su inconcebible obstinación al no responder a ninguna de mis llamadas. A tal observación, que podía considerarse como un reproche, él no respondió en modo alguno. Pero me observó rápidamente cuando, habiéndose manifestado de nuevo mi postración física con la llegada de una relativa tranquilidad de espíritu, me apoyé en el respaldo de un sillón cercano. Y, tras una última y breve pausa, dijo mientras parecía expresar su parecer: «Así pues, tiene usted hambre y está agotado». Dijo casi *agotao*; observé que tenía un fuerte, aunque en absoluto desagradable, acento rural, al igual que probablemente era rural, además de aristocrática, su persona. «Venga, es todo uno», añadió; no entendí lo que quería decir exactamente, pero su frase contenía una invitación que me apresuré a aceptar. Lo seguí hasta la mesa redonda que, en el fondo, era desde hacía más de una hora el objeto principal de mis deseos; caí en la silla que estaba ante ella.

Permaneciendo en pie a dos pasos de distancia, y sin enfundar la pistola, el anciano me indicó con un gesto que me sirviese, lo que a duras penas habría podido hacer yo con tranquilidad, ya que en la mesa no había nada más que el famoso plato de sopa y otro con una verdura hervida de color oscuro, lombarda probablemente, además de media hogaza de pan, dos botellas y una vinagrera; tampoco se veían platos vacíos. Me disculpé por tanto con hipocresía diciendo que no quería privarlo de su cena, pero él me dio a entender con un gesto que no debía tener tales escrúpulos y que había más en otro cuarto. Cedí finalmente al hambre y me puse a devorar la frugal cena. Él, continuando en la misma posición, con las manos abandonadas a lo largo de los costados, seguía contemplándome con una mirada hosca y taciturna y se obstinaba en callar.

Dado que su muda mirada me hacía sentir, como he dicho antes, una gran desazón, saqué fuerzas de flaqueza e intenté cambiar con él, sin mirarle mucho, algunas palabras. No tuve ningún éxito, sólo respondió dos o tres cosas a mis más o menos ociosas preguntas, con un monosílabo o un rápido rezongo, como si temiese distraer su atención. Parecía un gato que por no perder de vista ni un instante a su enemigo o presa, ni siquiera guiñaba los dos ojos a la vez, sino uno después del otro. Además, por efecto de la comida iba invadiéndome los miembros un agradable calor,

que no era otra cosa que un infinito sueño. Aunque era cierto que a pesar del sopor quedaban en mí inquietudes varias, la primera de todas la zozobra que me causaba la mirada de mi más o menos forzado anfitrión, no por ello dejaba de aparecérseme como a través de una nube de vapores, a pesar de que yo lo observaba todo con el mayor desinterés.

No pudiendo hacer otra cosa, incliné la cabeza sobre la mesa y observé lánguidamente la vajilla. Los dos platos estaban desparejados: uno era muy basto y de varios colores, de esos que suele haber en las casas de los campesinos de esa región, pero el otro era, por el contrario, de porcelana fina y llevaba a un lado un exquisito escudo que debía de ser el mismo de la chimenea y de los sillones. Cuando los hube dejado limpios, el anciano me dio a entender, con otro gesto, que esperase, y se dirigió hacia la puerta por donde había desaparecido antes, tratando de no darme la espalda; al llegar hasta ella se volvió del todo como queriendo asegurarse, con una larga mirada llena de recelo, de que no trataría de hacer nada malo en su ausencia; finalmente desapareció silenciosamente, con sus zapatillas de fieltro, como tragado por la pared. Los perros, que se habían tumbado antes cerca del fuego, se pusieron de pie y con algún que otro sordo gruñido dirigido a mí dieron claras muestras de que también a ellos les contrariaba dejarme solo, pero acabaron por seguir a su amo y señor, por el que parecían sentirse irremediabilmente atraídos.

El anciano regresó pronto llevando en la mano izquierda, pues con la derecha sostenía todavía el «hueso de jamón», un plato con unos quesillos cilíndricos, sin duda de producción local, plato que dejó sobre la mesa. Y esta vez se sentó él también, frente a mí, dejando el arma entre los dos. Le di las gracias calurosamente y juzgué obligado reanudar, con un supremo esfuerzo, mis intentos de conversación en los que, para ser sinceros, estaban de por medio mis propios intereses. Él parecía tener intención de darme cobijo, mas ¿cómo tolerar siquiera una convivencia ocasional con un ser tan enigmático y ajeno, por lo que parecía, al mundo de los hombres? Sin embargo, necesitaba apaciguarlo, amansarlo, lograr a toda costa que me fuese cercano.

Pero ante mis balbuceos él no respondía más que, de nuevo, con movimientos de cabeza y seguía mirándome implacablemente. No obstante, su feroz y huraña expresión se suavizó por fin ligeramente: algo en mis palabras, o más bien en mi modo de hablar, debía gustarle y tranquilizarlo. Redoblé mi celo y me vi premiado finalmente con la siguiente frase, que no era una respuesta a mis preguntas, sino a la situación en general: «Aquí no entra nunca nadie». Seguida inmediatamente de otra, mientras el anciano enrojecía repentinamente de cólera: «O mejor dicho, no había nunca, pero éstos la han profanado». Traduje mentalmente, entre el profundo aturdimiento e indiferencia que me invadían: «o mejor dicho, aquí no había *entrado* nunca nadie, pero ahora los soldados de ese ejército han profanado la casa». No me detuve a considerar qué punto de orgullo o de dolor podía haber en el hecho de definir como profanación una violación de domicilio.

Tras esto, el anciano volvió a encerrarse en su obstinado silencio. Por mi parte, una vez alcanzado mi objetivo de establecer con él una mínima comunicación, me di por satisfecho, y mis nervios, aun sin acallarse del todo mi indefinible desasosiego, por fin se fueron calmando. Es más, en ese momento debí dejar caer la cabeza, que tenía apoyada en la palma de la mano, ya que vi dibujarse en el rostro de mi anfitrión, con infinito e inmediatamente borrado asombro, una levísima sonrisa. Y éste tuvo que invitarme entonces a seguirlo, pues me encontré en un largo y ancho pasillo desde cuyas paredes me observaban cabezas que podían ser de corzos, y luego, no sé cuánto tiempo después, en una amplia y desnuda habitación con una cama con dosel. Caí en ella tapándome instintivamente con las mantas.

Durante un instante seguí reflexionando sobre los peligros que podían amenazarme en aquel lugar, y concluí que no existía peligro alguno en ningún lugar para un desgraciado como yo. No obstante pude oír cómo cerraban la puerta con llave por fuera. Pero tal cosa no me importaba, ya nada me importaba: me sumergí en un profundo sueño reparador.

CAPITULO QUINTO

CUANDO desperté, ya debía de ser tarde; por entre los postigos, bastante entreabiertos, de una ventana que tenía enfrente penetraba una luz clara y violenta anunciadora de un hermoso día, anuncio que repetía un leve piar de pájaros bajo la ventana. La habitación estaba poco más o menos igual a como la había entrevisto, confusamente, la noche anterior; además de la cama con dosel carcomida, llena de polvo y sin sábanas, donde me encontraba, sólo había uno o dos muebles oscuros, de adorno más que de utilidad en una alcoba, y algunas sillas de alto respaldo y asiento de paja. Las paredes estaban revestidas hasta una cierta altura de madera oscura.

Mientras yacía así, abandonado al placer, no experimentado desde hacía tanto tiempo, de una cama de verdad y de un despertar (menos justificado) en buena disposición de ánimo, oí unos pasos ligeros delante de la puerta, de los que no hice mucho caso. Cuando me puse por fin en pie, abrí la ventana y un gran torrente de luz se desparramó por la habitación. El sol, que había salido hacía ya tiempo, no había llegado aún hasta la casa y doraba tan sólo una pendiente boscosa que tenía frente a mí, a poca distancia; al pie de ésta, un verdísimo prado estaba a punto de ser alcanzado por sus rayos. Más cerca, casi a mis pies, los frutales y los árboles ornamentales, donde seguía el alboroto de los gorriones, apenas se movían, mientras que los bajos edificios de las cuadras parecían aún inmersos en el sueño ya que, aparte de los árboles, en el paisaje no se veía ninguna criatura viva. El aire, luminoso y transparente, era deliciosamente fresco. Todo desprendía una tan completa y benéfica calma que mi buen humor se transformó en una especie de júbilo irracional: el cansancio, las inquietudes de la noche anterior, incluso la prolongada pesadilla de mi vida llena de peligros y vagabundeos, me parecieron cosas irreales o remotas en el tiempo, una especie de pasado sin amenazas para el presente.

Al no ver en la alcoba nada con que asearme, y como tenía de ello, como es sabido, gran necesidad, intenté salir. Pero la puerta estaba cerrada, y recordé entonces que había oído cómo la cerraban antes de dormirme. Estuve a punto de dar una voz, pero pensé que parecería que estaba reprochando al dueño de la casa su desconfianza, así que por el momento no lo hice. Maquinalmente, hice por girar de nuevo el picaporte, y esta vez la puerta se abrió: habían dado la vuelta a la llave sin que yo, al otro lado, lo hubiese notado.

Salí canturreando a un gabinete interior, completamente vacío, cuyas paredes estaban cubiertas de tapices nada despreciables, aunque reducidos a un estado miserable, descoloridos, rotos y hechos jirones. Luego pasé a una especie de pequeña galería cubierta, o corredor, que daba a un patinillo de piedra. Desde allí, metiéndome siempre por las puertas que veía abiertas y volviendo a entrar en la casa, llegué hasta un gran pasillo con tres ventanales donde me pareció reconocer lo que había entrevisto ya medio dormido la noche anterior. En efecto, desde sus paredes me

observaban cabezas de corzo que, junto a unos asadores, unos viejos cuernos de caza y un oxidado fusil de chispa, constituían los únicos adornos del lugar. Luego pasé por dos o tres habitaciones con las paredes pintadas y carentes de ventanas cuyo único mobiliario era, en una, una mesilla medio rota apoyada contra una pared, un macizo aparador con las puertas entreabiertas en otra, y en la última unas sillas de paja y una monumental silla labrada. En cuanto a las puertas de los umbrales que acababa de atravesar, ya eran de roble tallado, ya de cuarterones pintados y ennegrecidos, ya extremadamente sencillas y toscas, hechas a hachazos con madera de castaño. En una palabra, volvía a encontrarme aquí con las ya observadas promiscuidades e incurias mezcladas con retazos de un pasado esplendor.

Fui a parar finalmente a un rellano de madera con una barandilla del que partía hacia el piso de abajo una escalera, de madera también; ésta, haciendo un recodo, dividía por la mitad dos de las paredes de un amplio zaguán cerrado con una claraboya. El descansillo llegaba por el otro lado hasta un pequeño arco abierto en la pared tras el que se veían unas cuantas habitaciones seguidas. Mi primera intención durante toda esta excursión fue llegar lo antes posible hasta la sala de la planta baja, el único lugar de la casa que conocía y donde esperaba encontrarme con alguien: una mano invisible parecía haberme favorecido dejando abiertas las puertas por donde, a mi entender, tenía que ir metiéndome y mostrándome, por decirlo así, el camino. En ese lugar me dominó la curiosidad pues, a pesar de tanta inspección, no había logrado hacerme una mínima idea de la distribución de la casa, así que en vez de bajar la escalera crucé al otro lado del arco.

Primero avancé por un corto y desnudo pasillo, luego por las pequeñas habitaciones entrevistas poco antes, donde me encontré con un segundo pasillo que tenía un ventanuco al fondo y, hacia la mitad, se ensanchaba por un lado formando una especie de antecámara a la que daban tres o cuatro puertas. Apenas acababa de asomarme a este lugar cuando se produjo un extraño incidente: oí de repente una especie de aullido de horror, no sabría decir si lanzado por un ser humano o por un animal, y al mismo tiempo se cerró o, mejor dicho, fue cerrada, violentamente, una puerta que, desde luego, no era de las que tenía a la vista, sino que estaba escondida sin duda en un entrante que hacía la pared por un lado.

Atemorizado por el incidente y sin saber qué pensar, no seguí con mi reconocimiento y me apresuré a batirme en retirada hasta el rellano de madera y a bajar sin más demora la escalera. Así, y a pesar de mi buena disposición matutina, la casa me envolvía en su tétrica atmósfera. Por lo poco que pude ver deduje fácilmente que era una de esas casas cuyos propios dueños no pretenderían conocer jamás completamente.

Del zaguán se pasaba a un lugar que podía haber sido en otra época cuarto de plancha, comedor de la servidumbre o despensa; finalmente desde aquí, dejando a la derecha la inmensa y patriarcal cocina, cuya puerta estaba abierta en ese momento, se llegaba a un enésimo pasillo, a una antesala y a la propia sala, meta, bien puedo

decirlo, de mi peregrinaje. Mas la tal sala estaba vacía, tanto de perros como de personas. Tras superar una montaña, el sol había alcanzado por fin la ventana de la estancia, pero ésta parecía, si se me permite expresarme así, sorprendida y molesta por aquel haz de luz; se percibía en cada uno de sus objetos un cierto aturdimiento, casi un extravío. Sin embargo, en conjunto, el lugar se mostraba igualmente adusto y hasta más mohoso.

No sabía si llamar, y a quién y por dónde. Me acerqué a la ventana, pisando los cristales rotos, en la esperanza de ver a alguien por los alrededores, porque tenía que haber, como poco, un campesino, un casero, un criado. ¿Viviría realmente el anciano completamente solo en aquel lugar? El caso era que, mirara por donde mirase, no veía a nadie, y en la casa, en las cuadras y en el jardín seguía reinando el mayor de los silencios, acentuado casi por el piar de los pájaros.

Volví de nuevo hacia el interior y me encontré sobre la mesa con el gran libro abierto, que me inclinó a observar distraídamente. Era un antiguo libro impreso en el siglo XVII de cuyo texto cayeron ante mi vista algunas palabras sin importancia, insuficientes como para reconocer su argumento. Quise averiguar su título, y mientras tal hacía, sentí de repente que me observaban por detrás. Me volví de golpe: mi anfitrión estaba allí, ligeramente jadeante. Quizá me había visto, sin verlo yo, asomado a la ventana, y había acudido para no dejarme errar solo y curiosear por la casa. En ese momento entraron también por la puerta del zaguán los dos perros dando grandes saltos, por lo que era evidente que los tres venían de fuera.

El anciano empezó a mirarme a su manera, callando. Ahora pienso que, con toda probabilidad, se esperaba que le diese las gracias y me despidiese. De hecho es lo que habría tenido que hacer mas, curiosamente, tal idea ni siquiera se me pasó por la cabeza y me sentí pillado de improviso. Terminé diciéndole algo: que había dormido bien y que su casa era muy agradable; él no respondió y parecía esperar que yo dijese algo sensato. Le pregunté si podía lavarme. Con un gesto entre resignado y educado me señaló la ventana, lo que sólo podía significar que fuese a lavarme al pozo; de hecho me había parecido ver un pozo en la explanada al pie de la terraza. Es decir, estaba claro que le urgía librarse de mí. Pero yo, como he dicho antes, no pensaba lo mismo y no tenía ninguna intención de irme por el momento. No sé exactamente qué me pasaba: tanto en mis propósitos como en mis mismas buenas intenciones de por la mañana, debía rondar por algún motivo un tipo de locura que me habría sido difícil definir, incluso teniendo en cuenta la curiosidad. El peligro de permanecer en aquellos tiempos en una casa desconocida, lo que yo consideraba mi deber de hombre y las conveniencias no bastaban para hacerme cambiar de idea. Era como si hubiese llegado a una especie de jardín de Armida invertido, por decirlo así. Sin duda no debía maravillarme si aquella casa ejercía sobre mí, de una u otra forma, semejante atracción, mas me parecía que tal atracción se concentraba en ese instante en un preciso reclamo, aunque desconocía quién era o lo que era.

Me dirigí sin más hacia la puerta con la intención de seguir la indicación del

anciano y de llegarme hasta el pozo, dejando mientras tanto la escopeta en el rincón donde la había colocado al bajar. Pero él me lo indicó en silencio; respondí con un gesto vago y seguí mi camino. Entonces él, dando un paso hacia el umbral, me agarró sin violencia por un brazo y, con una segunda sonrisa (siempre que no me hubiese imaginado la primera), me dijo por fin fría y cortésmente: «Señor, siguiendo una antigua tradición de mi familia le daría encantado, y por el tiempo que fuera necesario, toda la hospitalidad que le fuera necesaria, pero por numerosos motivos no tengo posibilidad de hacerlo. No obstante —añadió a continuación—, no tiene que marcharse inmediatamente, aunque le ruego que me informe de cuánto tiempo cree que deberá permanecer aquí todavía».

Tal modo de expresarse no era demasiado pomposo dadas las circunstancias. En general, la manera de hablar del anciano era la de una persona no acostumbrada a hacerlo o que, al menos, seguía vinculada en todo y por todo a la época en que sí que lo hacía. Durante tan corta frase el anciano frunció el ceño con gesto de fastidio, como si le pareciese que estaba hablando demasiado o demasiado poco, y decía ciertas frases hechas con una particular falta de convicción. Sus palabras daban a entender un no sé qué de inconfundible, debido a su buena cuna y a una más o menos refinada cultura decimonónica.

No obstante, sus palabras no admitían réplica. Respondí titubeando que no era mi intención abusar de su hospitalidad: declaración bastante osada teniendo en cuenta la forma que había tenido de procurármela; dije también que, considerando mi condición y los peligros que ésta entrañaba, me seguía viendo obligado a aprovecharme de ella durante algún tiempo. Evasiva respuesta que, en efecto, provocó en el anciano un ligero gesto de impaciencia. Por fin, volviéndose hacia otro lugar, concluyó elegantemente: «En pocas palabras, señor, confío en su discreción». Muy confundido le aseguré que ésta no habría de faltarme, mas él, seguido de sus perros, ya se había encaminado hacia la puerta que daba al interior de la casa desapareciendo por ella.

CAPÍTULO SEXTO

SALÍ y me lavé, echándome agua por encima con un cubo que parecía un cedazo. Me dediqué luego a pasear ocioso por los alrededores de la casa y como en ésta, según todas las apariencias, el almuerzo no se usaba, me lo busqué con todo descaro en las ramas de un manzano asilvestrado.

Durante todos estos movimientos tuve la impresión de que me espiaban continuamente, aunque no se veía a nadie en las ventanas, que en su mayor parte no tenían persianas y no eran apropiadas para observar. Pero de repente se oyó golpear una contraventana, no pude ver cuál, lo que me recordó el incidente de la puerta. ¿Acaso habría sido la misma mano? ¿Y a quién pertenecería dicha mano? Ahora podía ser el anciano, mas no fue él probablemente la primera vez, ya que, aunque era cierto que tenía la virtud de aparecer inopinadamente, no creía haberme equivocado poco antes al juzgar que llegaba de fuera. Pero, en tal caso, ¿quién había abierto la puerta de mi alcoba? ¿Quién sino el anciano? ¿Y por qué, si es que existían otros habitantes, se escondían de mí con tanto celo? Así pues, el insignificante episodio me arrojaba a un torbellino de suposiciones que pasaré por alto.

La casa, que parecía una construcción del siglo XVII, pero que podía ser también de mediados del siglo anterior, tenía dos plantas sobre el nivel de las terrazas, además de un entresuelo, muy bajo, que recibía luz de unos ojos de buey rodeados de floridos adornos dieciochescos de piedra; debajo de este nivel sólo se abrían unas pequeñas ventanas, casi unas aspilleras, con rejas, igual que algunas de las ventanas de la planta baja, o entrepiso si queremos. Las fachadas, oscuras, herrumbrosas casi, con manchas amarillentas y verdosas por aquí y por allá, estaban, como ya había tenido ocasión de observar, en bastante mal estado; resaltaban en ellas, en color marfil sucio, los mencionados adornos y otros dos o tres más parecidos. A un costado de la casa había un viejo reloj de sol y un cuadrante de difícil lectura, en la zona opuesta había una gran hornacina vacía a media altura. El conjunto estaba dominado por unas sólidas almenas.

En general, reconocía con una cierta perplejidad que la mansión era bastante más grande de lo que había pensado a mi llegada. Ya he descrito muy por encima su ubicación; añadiré que las agrestes montañas que rodeaban la minúscula hondonada le permitían, en la zona de la meseta ya mencionada, un cierto alivio del otro lado de las pequeñas colinas. Una escarpada torrentera venía a morir no lejos de la fachada posterior de la casa.

No sabiendo qué hacer, y calculando que para volver a ver a mi anfitrión debería esperar, como mínimo, hasta la hora de comer, decidí subir a uno de los pequeños oteros circundantes desde el que podría vigilar los movimientos de posibles enemigos en la meseta y, al mismo tiempo, cazar alguna pieza con la que (ingenua deferencia) pensaba agasajar al anciano.

Así que entré a buscar la escopeta y, al salir, me di de bruces con él, salido no se sabe de dónde y al que yo creía en casa. Iba como siempre seguido de los perros y, cosa realmente grotesca para un caballero como él, llevaba bajo el brazo... una gran lombarda. Por tanto no debía de haber criados. Le balbuceé mis intenciones y le dije que volvería al cabo de un par de horas; él siguió su camino sin responder.

En la colina hacia la que casualmente me encaminé levanté una bandada de perdices y acerté a dos: la necesidad me había hecho buen cazador. Por abajo no se veía movimiento alguno: la región estaba completamente deshabitada, a excepción de una pequeña cabaña, o pajar, que se divisaba a una infinita distancia al fondo de un valle, aparentemente abandonada. Aunque no conocía en absoluto esa zona de la montaña, calculé por ciertos elementos que el pueblo más cercano, según suponía, era Sp., y que debía distar del lugar donde me encontraba menos de una veintena de kilómetros en línea recta. Me tranquilicé por el momento con mi suposición y, puerilmente satisfecho con mi caza, regresé casi a mediodía.

En la casa continuaba la misma solitud y silencio, no me pareció que nadie hubiese estado en la sala durante mi ausencia; los vidrios rotos debajo de la ventana seguían en el mismo sitio, la leña apagada de la chimenea en la misma posición. En espera de no sabía muy bien qué, exploré el lugar detalladamente.

No había mucho que descubrir, al menos entre los objetos que estaban a la vista: dos o tres muebles cerrados, aparadores o arcas, que no me atreví a forzar. Además de los viejos álbumes de fotos (de personajes del siglo pasado) de cuero repujado, una riquísima edición francesa del siglo XVII encuadernada en terciopelo azul blasonado, unos puñales o estoques damasquinados en sus vainas de piel verde, un pequeño plato de *vermeil* completamente ennegrecido y descuidadamente abandonado al borde de un aparador, dos o tres jarrones, uno de fina loza fileteado en oro y los otros dos de barro pintado al fuego, los objetos más notables me parecieron la pareja de candelabros de plata puestos sobre el tablero de mármol de una coja consola Luis XV y una librería de roble tallado. Ésta contenía, según vi de pasada, preferentemente viejas crónicas regionales en latín o italiano y rollos de pergaminos en grandes carpetas, así como dos o tres colecciones de poetas o parnasos y una edición completa de las obras de Voltaire.

Todos los libros estaban ricamente encuadernados y blasonados; abriendo casualmente uno de ellos pude ver un violento rasgón al margen de un poema de Tasso. Era una poesía de amor, y me vi tratando de descubrir la edad de aquella señal, pues ¿qué otra imagen puede suscitar un rasguño al margen de una poesía de amor que no sea la de una mujer? Palabra, esta última, que bastaba para hacerme estremecer de melancolía y de dulzura: ¿cuánto tiempo hacía que no veía a una mujer más que de pasada, que no era consolado por una mujer y, digámoslo también, acariciado?

En un estante de la librería, en el espacio que quedaba delante de los libros, estaba colocado un objeto que atrajo inmediatamente mi atención: una cajita de raso violeta

con cintas verdes que contenía un pequeño cuenco de porcelana parecido a un perfumador, aunque no identificable como tal con toda seguridad, chuchería muy femenina que me devolvía a mis melancólicas ideas de un instante antes. Casi en respuesta a ellas me sentí observado entonces, lo que, bien mirado, era impresión habitual en aquella casa. Mas no descubrí a nadie a mis espaldas, aunque sí que vi, colgado en la pared que estaba a mi derecha, un retrato suntuosamente enmarcado y cubierto con una tarlatana. Sin duda estaba mirándolo desde hacía tiempo con el rabillo del ojo, aunque sin reconocer qué era, lo que podía explicar mi impresión.

Era un retrato de medio busto de una mujer joven que miraba al espectador, óleo bastante sucio, aunque no tanto como para no poder descubrirlo en sus detalles. La mujer vestía a la moda de fines del siglo pasado o principios de éste, con todo el cuello cubierto con una ancha tira de encaje; de encaje era también su vestido de mangas abullonadas; en el pecho llevaba un grande y complicado colgante o *breloque* (como se decía entonces) de topacios tostados que se sujetaba con cintas de seda tornasolada; en los hombros llevaba un echarpe de moaré que caía en anchos y complicados pliegues. La masa de sus cabellos oscuros estaba peinada en consonancia con un rodete o rosca alrededor de la frente en mitad del cual destacaba una minúscula diadema en forma de corona. Los rasgos de la dama, delicados y límpidos, tenían la inequívoca impronta de la nobleza de sangre y de carácter, así como ese toque de desdén que a menudo la acompaña. Sus mejillas, redondeadas apenas en torno a la boca, conferían a ese rostro un no sé qué de vagamente infantil.

Pero lo más vivo y turbador eran sus grandes ojos oscuros, cuya profunda mirada parecía tener algo en común con la del anciano y, consiguientemente, con la de los perros: su propia negrura la animaba de forma imperiosa y al mismo tiempo la conducía a un remoto y miserable extravío, para no llamarle desesperación sin más. Carácter, por tanto, que debía proceder de parentesco más sutil que el de la sangre, pues hombres y animales aunaba en él. Sin embargo, ¡cuán infinitos y diferentes lenguajes hablaban estos ojos a los sentidos y al corazón!

Una enorme virtud magnética parecía esconderse en ellos, y de ellos no podía separar yo los míos. Trataba de imaginarme quién podía haber sido esa mujer; le atribuía, quién sabe por qué, la propiedad de la cajita de raso, que seguía acariciando con mis manos. No sé cuánto tiempo habría seguido absorto en tan inútiles ensoñaciones si un fuerte ruido en el interior de la casa, que juzgué el de una silla al caerse, no me hubiese devuelto a la realidad. Me di cuenta de que tenía hambre: casi debía de ser hora de comer. Además, ¿a qué estaba esperando? Mi anfitrión era hombre capaz de abandonarme a mi suerte durante todo el día, y a mí me correspondía tomar la iniciativa. Pero, ¿en qué? Me dirigí hacia la cocina, que había visto por la mañana, con la esperanza de encontrarme con él y de que al menos la lombarda tuviese por destino nuestra comida. Mas la verdadera razón es que quería investigar el ruido que acababa de oír: en aquellas condiciones, hasta la caída de una silla tenía importancia para mí.

En la cocina encontré al anciano dando aire al fogón; a su lado estaban sentados los perros con el hocico levantado para olfatear la escasa comida que cocía en una olla. Él me miró un momento sin asombrarse por encima del hombro y volvió a su tarea. Como de costumbre, no sabía qué decir; le ofrecí ayuda y la rechazó. Haciendo un visible esfuerzo por hablar, preguntó: «¿Hambre?», y añadió: «Dentro de poco». Le presenté las dos perdices con mis mejores modales. Las miró un instante, diríase que con avidez primero y con disgusto después, y preguntó con aire indiferente: «¿Las sabe hacer?». Era evidente, la conversación comenzaba, aunque no llegó muy lejos.

Y heme aquí transformado finalmente en cocinero y asador de perdices. En cuestión de condimentos, la cocina sólo ofrecía media botella de aceite un poco rancio, por lo que no puedo decir que quedase mi pabellón muy alto.

En la cocina no había ni una silla. Ahora bien, ¿no podía el propio anciano haber dejado caer otra en una habitación cercana?

CAPÍTULO SÉPTIMO

SI siguiese relatando la historia pormenorizada de mis primeros contactos con el anciano, que él rechazaba sistemáticamente, y de mis primeras relaciones con él, no terminaría nunca. Baste con decir que, de uno u otro modo, logré imponer mi presencia en la casa. No es que me faltasen claras alusiones, e incluso invitaciones explícitas a abandonarla, pero no me di por enterado. Y así, abusando de la paciencia de mi anfitrión, bien que mal pasaron dos o tres días. Trataré a continuación de los primeros y someros resultados a que llegué en mis obstinadas investigaciones durante este tiempo, pues, a pesar de que el anciano trataba de evitarlo, no pudo impedir que yo, a fuerza de preguntas y tenaz indiscreción, llegara a sacarle algunas palabras.

Entre tanto, el tiempo había empeorado nuevamente, y una insistente lluvia o una maligna bruma (que de hecho en aquellas zonas denominaban *morbo*) me impedía prácticamente salir, a excepción de pequeños reconocimientos por los alrededores para evitar que posibles incursiones de patrullas me pillasen desprevenido. Ello obligaba al anciano, dada su intención —que no disimulaba en absoluto— de vigilarme en todo momento, a hacerme, quieras que no, compañía frecuentemente. Uno de aquellos días nos nevó, una ligera nevisca que durante algunas horas cubrió de blanco las montañas. Dentro de la casa el viento aullaba con furia por los postigos desencajados, lanzando a veces terroríficos gritos humanos que rebotaban de pared en pared hasta sus mismas entrañas recorriendo su camino con ininterrumpido retumbar de truenos. En la sala sustituimos los cristales que yo había roto por unas tablas de madera que, aun quitándonos la luz, no impedían la entrada de la niebla. Ésta, que se introducía perezosa, se remansaba después entre las húmedas paredes y hacía que el frío nos calase hasta los huesos. Intentábamos calentarnos con grandes fuegos para los que yo mismo buscaba leña (al igual que trataba de ser útil en otros asuntos domésticos).

Aunque de mala gana, el anciano tuvo que concederme el empleo de sus libros y, en general, una mínima libertad de movimientos por la casa, al menos la de moverme entre la sala y la alcoba donde dormía, recorrido que esperaba ampliar en mis investigaciones, sobre todo en el ala donde me había sucedido el incidente de la puerta. No obstante sentía frecuentes remordimientos por imponerme de ese modo a alguien que de forma tan clara daba muestras de no desear mi compañía, sobre todo pensando que ya no podía contribuir de modo alguno al aprovisionamiento de víveres, que, por otra parte, parecían escasear en la casa (nuestra comida habitual se componía de lombarda y patatas en pequeñas cantidades, además de queso y algún mendrugo de pan de dos semanas antes por lo menos). Mas pensaba que, después de todo, el anciano me tenía a su merced en aquella casa tan adecuada para las trampas, con aquellos perros, con aquel poder de espiar y aparecer sin ser visto, por lo que engañosamente determinaba que mi presencia no debía serle tan desagradable como

aparentaba. Debo advertir que las pocas noticias que siguen a continuación las obtuve no de su propia boca, sino de mis presunciones acerca de sus vagas y reticentes palabras y de aquellas respuestas suyas tan extrañamente cortas y ambiguas; hélas aquí sin más dilación.

Como me había imaginado, mi anfitrión era de Sp. y pertenecía a una de las nobles familias de la provincia, de la que parecía ser el último descendiente en línea directa. Respecto al grado de tal nobleza, la corona que presidía su escudo, reproducida en varios lugares y muebles, era el único elemento de juicio que yo poseía: una corona enjoyada, de nueve puntas, con florones en las de los extremos, es decir (si mis escasos conocimientos de heráldica no me traicionan), la corona de los inusitados condes de origen germánico. Y a propósito del linaje de su familia: «¿De qué le serviría saber mi nombre? ¿Para compadecerse mejor aún en sus recuerdos y entre sus amigos...? Además, antes o después se decidirá a dejarme, y desde luego será para siempre: ¿cuánto cree que puedo seguir viviendo?». La casa donde nos encontrábamos era una antigua quinta de caza situada en una finca de la familia (en otra época quizá no sin cultivar como ahora), que parecía ser la única que le había quedado a mi anfitrión tras una serie de desgraciadas circunstancias. No obstante, le quedaba aún su casa solariega de Sp., aunque probablemente destruida por los bombardeos de los que había oído hablar (¿a quién?). Hacía mucho tiempo que se había retirado, y no a causa del presente estado de cosas, a esta casa que recientemente había sido violada (o, según sus palabras, «profanada») y saqueada (¿de qué?) por tropas de paso o, más posiblemente, patrullas de salteadores. Él había tenido mujer, pero sobre cómo la había perdido o de qué otras personas se componía o había compuesto su familia no podía preguntársele, o darle apenas algún indicio de querer saberlo, sin que se dejase llevar de una especie de furor.

Cuando la conversación, por llamarla así, versó sobre este tema, la mención o idea de una esposa hicieron que un tímido gesto mío señalase el retrato de que he hablado antes: que en ese momento parecía palpar bajo el resplandor de las llamas del hogar. Vi entonces cómo los ojos del anciano relucían, terriblemente, de indignación, como si deseara traspasarme con la mirada o estuviese a punto de lanzarse a mi cuello. La intensidad de aquella mirada era en tal momento literalmente intolerable. Bajé la cabeza mientras él, conteniéndose a duras penas, decía lentamente, con una de sus frases de otros tiempos: «No es, caballero, la discreción su punto fuerte. Diríase más bien que es su punto débil». Tuve que disculparme y tomar buena nota de la lección.

No hay ni que decir que desde que lo había descubierto, el tal retrato se había ido convirtiendo para mí en una presencia amada, por inquietante, y, por temible, doblemente amada; casi un personaje principal de la casa, cuyo extraño carácter parecía personificar mucho mejor que el anciano. Pasaba yo horas enteras contemplándolo, tratando de buscar el fondo de aquella mirada posada siempre sobre mí, y de robar, como suele decirse, su secreto, aunque cuidándome muy mucho de no

ser descubierto por el anciano en tal actitud.

Pero ¿qué secreto? Aun siendo tan bella, no era más que una mujer, a la que sólo el pintor había sabido animar con una vida muy por encima de la suya propia. Así pues, o estaban mis nervios realmente alterados, o no sabía por qué tenía que interesarme por ella tan ardientemente. Mas ¿qué cuentan en esos momentos los razonamientos? Yo sabía perfectamente cuán falsos eran los míos. Lejos de haber magnificado el pintor (que verdaderamente no parecía excelso) la imagen de la mujer, parecía más bien haber sido ella misma quien había guiado su mano e impreso en la tela un sello que era no ya del arte, sino de su propia y singular naturaleza: naturaleza, podría decirse, que persistía por encima de la presencia física. Por otra parte, y en lo que respecta a mi interés... pues bien, confesaré abiertamente que no se trataba de simple curiosidad; era el destino de aquella criatura lo que me interesaba y aquello de lo que, de algún modo, quería apropiarme. Empresa particularmente ardua y osada, pues había acabado por determinar, no sé en virtud de qué elementos, que aquella mujer estaba muerta; a tal conclusión me había llevado el deseo inconsciente de fijar, fuera del tiempo, sus rasgos en una perenne belleza, por lo que muerta a vieja la prefería.

Llegó una jornada especialmente aburrida. Obligado a la inactividad y a retrasar cada vez más mis investigaciones, a la compañía de aquel anciano cuya indomable energía sólo aparecía en escasos accesos, inmediatamente sumergida en la más desconsolada indiferencia, y a la de los perros, los seres más melancólicos con que me he tropezado jamás, que, cuando me encontraba a solas con ellos (lo que sucedía a menudo), no hacían más que recorrer a grandes pasos la sala, igual que los había visto la primera noche, y levantar el hocico en dolorosos ladridos, y contestar al viento con aullidos aún más desgarradores (ellos no gustaban en absoluto de mi presencia en la casa, pero habían terminado por acostumbrarse o, más bien, por aceptar la voluntad de su amo), hizo todo ello que mi voluntad y curiosidad se fuesen adormeciendo, invadiéndome cada vez más una disposición hacia un inerte estado de ensoñación.

A esta especie de paralizante tedio contribuían en cierta medida las pequeñas y monótonas manías de mi anfitrión, que me habían divertido al principio y ahora me disgustaban más de lo que se pueda imaginar. Eran éstas numerosas y de variada naturaleza; citaré dos a título de prueba, dos ejemplos obligados. En la mesa, donde, a pesar de la frugalidad de nuestras comidas, había espacio de sobra, él sentía continuamente necesidad de hacerse un hueco cada vez mayor: a cada momento empujaba los platos hacia mí, alejaba de su sitio incluso los objetos que menos estorbaban, como el salero o un mendrugo de pan, y sólo entonces, poniendo los codos en la mesa, parecía quedarse tranquilo. Además, una vez que se había lavado las manos para comer, no podía tocar nada sucio o supuestamente tal, y si, por ejemplo, tenía que arrimar la silla, la levantaba con el puño cerrado por el respaldo, o la empujaba sólo con el dedo meñique. Y otras muchas rarezas semejantes, que yo juzgaba últimas y corrompidas huellas de las virtudes de su estirpe, como, por

ejemplo, una antigua voluntad de dominio, y de un refinamiento que se había vuelto morboso.

Así pues, aquel día tan rabioso era el viento y tan obstinada la lluvia, y una tal tristeza invadía la casa, que me vi obligado a pensar en la necesidad de una resolución cualquiera, en uno u otro sentido. Y no porque se me hubiese pasado la apatía, que en todo caso había aumentado. Nada, sin embargo, hubiera sucedido de no ser por algo que pude haberme esperado pero que no me esperaba y que, aunque irrelevante en sí, sirvió para sacarme un poco de mi abulia. Poco después tuvimos una visita: ¿acaso eso no era allí un auténtico acontecimiento?

Estaba solo, medio tumbado y con los ojos cerrados, junto al fuego, cuando descubrí en la puerta que daba al exterior una extraña criatura: extraña, a decir verdad, para otros antes que para mí, que de tales ejemplares tenía ya alguna experiencia. Era un viejo y decrepito campesino o pastor, de rostro arrugadísimo y adusto, como de arcilla o manzana asada, cuya expresión taciturna y obtusa, hermética, resultaba desoladora y, al mismo tiempo, desternillante. Sus rasgos tenían algo de mongol, o incluso de indio o piel roja, eran en suma los de todas esas nobles razas salvajes. Ya había visto yo dos o tres rostros parecidos en el curso de mis peregrinaciones por aquellas montañas donde, no obstante, se iban haciendo cada vez más raros. Pertenecían a esos montañeses que durante toda su vida o, mejor aún, hasta una cierta edad y no más, bajan al pueblo sólo para la fiesta del santo patrón. Hasta su clásica indumentaria no tiene nada que ver con la que se utiliza en la llanura o en los valles inferiores.

Sabía que con ellos no había esperanza de entenderse, tan cerrado y obsoleto era su dialecto, y yo sólo conocía imperfectamente el actual. Hice no obstante algunas preguntas acerca de la marcha de las cosas en la región al viejo que, perfectamente inmóvil de miembros y rostro, me miraba con concentrada e impasible desconfianza, como si fuese yo un espíritu de ultratumba. Respondió con extrema lentitud, con voz sorda y, para terminar, como me esperaba: es decir, de forma incomprensible para mí. Traía evidentemente algunas provisiones en un gran cesto que llevaba del brazo y en un saco al hombro, y lo único que logré entender fue que buscaba a mi anfitrión y que no quería saber nada más. Este último había aparecido ya silenciosamente a mis espaldas; el campesino fue a su encuentro y le besó la mano. Se disponía también a arrodillarse con gran dificultad, pero el otro no permitió que lo hiciese y, cruzando unas palabras con él en su misma incomprensible lengua, lo condujo hacia el interior de la casa.

Casi un cuarto de hora después volvieron a pasar, uno tras otro. El campesino me hizo algunas reverencias, aunque sin mirarme, y salieron. ¿Tengo que decirlo? Se me encogió el corazón al verlo marchar: aunque era de otra raza, provenía por lo menos de un mundo de seres vivos, o al menos de seres semivivos, y a mí me parecía estar en el de los muertos. Y sin embargo no me marchaba.

Al entrar de nuevo, mi anfitrión me miró con una expresión que en otro habría

definido como irónica. «Dice que no hay nadie», pronunció entre dientes. Quería decir sin duda: no hay patrullas o peligro a la vista. Era sin duda una nueva invitación para que me marchase de una vez por todas.

CAPÍTULO OCTAVO

¡MAS cómo iba a marcharme! Decidí por el contrario, y esta vez firmemente, que a partir de la mañana siguiente reanudaría mis exploraciones por la casa. La ocasión, como he dicho, me la proporcionaba el recorrido que tenía que efectuar, al menos dos veces al día, por una parte de ella; pero el hecho es que al despertarme (por diferentes motivos la hora más favorable) me encontraba ya al anciano dispuesto a acompañarme abajo. Se trataba de burlar su vigilancia.

Aquella noche tuvimos pan blando e incluso vino, aunque agriado, al que se debió quizás el mérito de soltar un tanto la lengua de mi anfitrión. No obstante, éste no habló más que de cosas que me eran indiferentes como, en cierto momento, la literatura latina, materia que, no debería decirlo, me era muy poco familiar. No obstante, y habiendo recaído la conversación en Francia o en algo francés, me cogió por el brazo y me dijo: «¡París...! ¡Oh París!». París es, como se sabe, la meca de todos los caballeros del sur, pero en él debía despertar recuerdos particularmente hermosos o particularmente feos. No dijo nada más, y a partir de ese momento volvió a caer en su habitual mutismo.

Provisto de una pequeña lámpara de aceite, me acompañó, según era su costumbre, hasta mi alcoba. He hablado de una lámpara, mas hay que decir que, aparte de ésta, que siempre llevaba consigo, no había ninguna más, ni ningún otro sistema de iluminación: ni velas, ni quinqués de petróleo. Una vez en mi habitación, permanecía yo en la más completa oscuridad. Y poco me importaba mientras duró mi cansancio atrasado: una vez entre las mantas, me dormía. Pero cuando, por efecto del ocio, empecé a sufrir de insomnio o a dar vueltas antes de dormirme, la cosa se demostró desesperante. Ya no me quedaban fósforos, y en la casa debía de haber sólo los indispensables. Tomé la costumbre de dejar abiertas las maderas de las ventanas, y así lograba obtener, a la larga, un ápice de luz. Por suerte, la luna menguaba, yo esperaba que pronto empezaría a ayudarme. Esto se produjo esa misma noche: la luna me saludó con un rayo y volvió a esconderse tras nubes negras como la tinta. Una vaga y espectral claridad permaneció no obstante en la estancia.

Estaba pues, de madrugada, aún con los ojos abiertos y contemplaba melancólicamente la parte de cielo que veía desde mi cama, cuando me pareció oír un leve crujido del que no hice caso alguno, pues aquella casa era el reino de la carcoma y los ratones. Pero el crujido volvió a repetirse, cerca de una gran alacena de roble tallado que había en la pared y que nunca me había preocupado de abrir. Escuché, distraído aún, con mayor atención, y esta vez oí claramente un ligero chasquido, seguido de un tercer crujido más fuerte, un débil chirrido casi. Podían ser ratones, desde luego, mas me parecía percibir en ese ruido algo peculiar; mi atención iba despertándose, y también un vago temor. Lamenté carecer de fósforos.

Luego fue un tenue suspiro, que podía ser del viento, desde luego, aunque yo

habría jurado que era el jadeo de un ser humano. Y de repente el viento, como para darme la certeza de ello, se paró un instante y entonces me pareció escuchar, en medio de la gran tensión de mis nervios y en el silencio de tumba que se había producido, el levísimo y reiterado rumor que puede hacer una boca al respirar, rumor que hasta entonces no habría juzgado audible. Me senté de golpe en la cama, cuyos muelles gimieron ruidosamente. No tenía nada mejor que hacer, fuera lo que fuese, que afrontar el peligro, si es que existía tal peligro, que correr hacia aquel lugar; lo hice tras breves dudas, casi con los cabellos erizados.

El rumor, o aquella apariencia de rumor, había cesado desde que me había movido. Empuñé la pistola, que por costumbre de aquellos tiempos calamitosos ponía bajo la almohada, y abrí de golpe las desvencijadas puertas de la alacena. A la incierta luz no vi más que una pared blanca desconchada acá y allá. De sus baldas de madera, sólo la superior, aproximadamente a la altura de un hombre, estaba en su sitio, mientras que la primera se había vencido por uno de los lados, al tiempo que el otro extremo seguía apoyado en su soporte, por lo que quedaba atravesada en diagonal, y la balda del centro faltaba. Es decir, nada de singular o de notable. Pero me parecía que no me había engañado. No era extraño suponer que, en una casona de esa clase, la pared del fondo de una alacena pudiese disimular un pasadizo secreto. Así pues examiné, al tacto sobre todo, como mejor pude dicho fondo, aunque sin descubrir nada sospechoso.

¿Qué hacer? Me propuse reanudar mis investigaciones a la luz del día. Por el momento sólo me quedaba volverme a la cama y explicarme a mí mismo el incidente como una ilusión de mis alterados sentidos o un efecto del vino. Pero sabía que las cosas no eran así y no me dormí hasta antes del amanecer, que ya estaba próximo. En cualquier caso el hecho sirvió para animarme aún más en el proyecto de dar rápido inicio a una minuciosa exploración de la casa.

Por consiguiente, al levantarme por la mañana traté de hacer el menor ruido posible, y tuve la primera satisfacción de no encontrarme con el anciano al otro lado de la puerta. A pesar de lo extremadamente fino de oído que era (al igual que de sus otros sentidos, como había tenido ocasión de constatar) no debía de haberme advertido; suposición que, por otra parte, podía ser errónea.

Es de imaginar que reanudé con precaución, a plena luz del día, el examen de la alacena sospechosa, y lo llevé a cabo con minuciosa atención, aunque sin resultado. Tras salir a la salita mencionada en su momento, en primer lugar busqué con la mirada la puerta de la habitación contigua a la mía por el lado de la alacena, pues debía de existir tal habitación, y había decidido comenzar desde allí mis investigaciones. Pera aunque mi propia puerta no se abría en mitad de la pared y a pesar de que, en aquel lado, quedaba libre un gran trecho de esta última, no vi entrada de ningún tipo. Así pues a la habitación que buscaba no se entraba por allí, por lo que, como mínimo, tenía que inspeccionar toda aquella parte de la casa hasta encontrar su acceso. Empresa que parecía difícil, considerando que la pared que se

cruzaba con la de mi alcoba no presentaba huecos que permitiesen seguirla de alguna forma, y teniendo en cuenta además, en general, la especial distribución de las habitaciones de la casa, una dentro de otra, y en consecuencia los continuos y ya mencionados cambios de dirección y orientación a los que me veía obligado para atravesarla. Sin embargo, no desesperaba en mi intento de resolver las dificultades, aunque debía actuar con un cierto método, y dándome prisa, pues no era nada seguro que no viese aparecer de repente al anciano ante mí.

Comencé intentando llegar por lo menos hasta el cuarto contiguo a la salita, al que podía dar la habitación buscada. Pero al mismo no se accedía, como había esperado, por la galería que estaba detrás de la salita; con notables dificultades y recorriendo dos veces el mismo trecho, porque durante la primera me había desorientado, llegué hasta él dando una gran vuelta. Según me temía, la pared que me interesaba (continuación de la primera al otro lado del muro transversal) también aquí estaba cegada, y lo que es peor, también lo estaba la pared siguiente que se cruzaba con ella. Así que tuve que dar nuevas y complicadas vueltas hasta alcanzar la habitación contigua, donde me esperaba una nueva desilusión. Entre tanto, a medida que me alejaba del punto de partida, me resultaba más difícil mantener la orientación, así que cuando atravesé el umbral de la cuarta habitación de aquel lado, no habría sabido decir con seguridad qué pared estaba siguiendo. Por suerte aquí no había lugar a dudas pues la habitación, un gran cuarto trastero abandonado, no tenía más huecos que aquel por el que yo había entrado: fuera la que fuese de las tres, también aquí estaba cegada.

Así pues, por este lado no se podía seguir, ya que, atendiendo a mis cálculos, el cuarto trastero era la última habitación de ese lado, por lo que mi pared terminaba allí, interrumpida por un gran espacio transversal (concretamente el pasillo de los corzos). Sudaba frío y mi cabeza empezaba a confundirse; tras volver al punto de partida, e imaginándome mentalmente el recorrido de la famosa pared, me ratifiqué en aquella idea. Tenía que dar una amplia vuelta en torno a aquel punto.

El gran pasillo parecía incluir, y cerrar con su pared interna, los extremos de ambos lados, el que había recorrido hasta entonces con tanta dificultad, y el otro, del que formaban parte mi propia alcoba y la buscada. Pero dicha pared no presentaba más que una puerta hacia el fondo, más allá del espacio que juzgaba que abarcaban, a lo ancho, ambos lados. Me quedé perplejo, no sabiendo si investigar aquella tercera serie de habitaciones que no conocía y entre las que podía hallarse la de mi anfitrión. Además, la puertecita cerrada, de arco y con las puertas de espejo, tenía una apariencia tan íntima que, a pesar mío, me imponía respeto. Pero me armé de valor y entré con cuidado.

Me encontré en una especie de antesala, no abandonada por completo. A pesar de las persianas, y aunque los postigos estaban cerrados, vi una o dos sillas tapizadas, un par de veladores de mármol de colores junto a la pared y también algunos objetos. Todo ello, junto a un particular olor o calor en el ambiente, me hizo creer que el lugar

estaba habitado en la actualidad, al tiempo que temí que estuviese por allí cerca la guarida de mi anfitrión. Me vi abrumado por nuevas dudas, pero, tras haber escuchado atentamente durante un rato sin oír el más mínimo ruido, decidí proseguir. Me indujo a ello sobre todo la vista de una puerta en la pared que yo buscaba y que, naturalmente, debía darme paso a la ansiada habitación.

Tras abrir dicha puerta, entré en una segunda estancia, con luz y algo más fría, o menos vivida, que la primera: carente casi por completo de muebles, con una alfombra deshilachada y tapicerías de gran valor en las paredes, aunque reducidas al pésimo estado habitual, dos o tres candelabros dorados con brazos medio rotos y una mesa redonda y desvencijada en el centro. Posiblemente era éste un lugar de paso al que, si era exacta mi impresión sobre la primera sala, debía de seguir otra, habitada, ocupada quizás en ese mismo momento. No obstante, y siempre según mis cálculos, me encontraba ya en la hilera central de cuartos, y la puerta que tenía frente a mí debía dar por fin paso a la que estaba buscando con tanto empeño. Tan cercano a la meta, no lo dudé más y empujé ligeramente la puerta.

CAPÍTULO NOVENO

LA estancia en la que acababa de entrar estaba, al igual que la primera, inmersa en la penumbra, aunque había luz suficiente para poder volver a la primera y distinguir con claridad los objetos. No estaba muy claro cuál era su destino, pero descubrí lo que parecía faltar en el resto de la casa, es decir, algunos muebles de uso común o personal, utilizados incluso, según las apariencias, como una cómoda panzuda por un lado, un viejo tocador chapado por otro, un buró medio abierto y repleto de papeles, y otros más. El color dominante en la habitación era el amarillo, que figuraba en las tapicerías de las paredes, muebles y suelo. En el aire flotaba el mismo olor humano, más intenso, una especie de delicado perfume, como si me hubiese acercado hasta su fuente. Esta circunstancia no dejó de preocuparme, pero observé inmediatamente que no había otras puertas, por lo que no podía haber nadie por allí, aunque podía verme sorprendido por el mismo motivo y, en tal caso, sin esperanza de escapar. A pesar de todo, allí estaba, y allí seguí.

Lo primero que examiné fue lo que juzgaba que era la pared divisoria entre esta habitación y la mía. En ella se abría una alacena, con puertas pintadas con flores de vivos colores, que se correspondía exactamente, me parecía, con la mía del otro lado, siendo además del mismo tamaño. Tras abrirla, al principio no observé nada sospechoso. Pero las baldas de madera faltaban aquí por completo, aunque seguían estando sus soportes. Y, por si eso no fuera suficiente, mi mirada cayó sobre dos tablas, que resultaron ser dos de las baldas, apoyadas contra un mueble sin miramiento alguno hacia la comodidad de movimientos en la habitación, es decir, como si hubiesen sido movidas hacía poco y puestas allí provisionalmente.

Todo ello me demostraba con claridad que aquellas dos alacenas, que estaban pared con pared, disimulaban, según había supuesto, un pasadizo secreto. Sólo me quedaba encontrarlo.

Repitiendo el examen, acabé por descubrir que la pared del fondo de la alacena aparecía ligera y uniformemente separada por una especie de moldura de madera que corría por el borde de las esquinas. Pero ¿dónde podía estar escondida el resorte del mecanismo que debía hacer correr o girar aquel trozo de pared (si es que era éste el clásico sistema aquí adoptado)? En el interior de la alacena no vi nada donde poder apoyar el dedo o la mano, mas observando los montantes, descubrí por fin una cabeza de clavo que parecía extrañamente fuera de su sitio. Ésta no cedió a la presión directa o lateral, pero se salió un centímetro o dos cuando logré aferrarla con las uñas, y al mismo tiempo un pequeño recuadro de madera de los montantes, en lo alto, se abrió sin hacer ruido dejando al descubierto un botón de metal. Por su parte, éste cedió a la presión inmediatamente: la pared del fondo comenzó lenta y silenciosamente a girar, no ya sobre su propio eje, sino sobre algún gozne, por lo que se abrió completamente de mi parte, como una puerta. Esperé que aquel movimiento terminase pues, por lo

que yo sabía, el pasadizo podía llevar también a otra habitación diferente a la mía. Mas fue la mía la que se entrevió al otro lado de la espesa muralla.

Ya no albergaba dudas: el incidente de la pasada noche no era una fantasía mía, y alguien había intentado introducirse en mi alcoba durante mi sueño, o lo que suponía tal. Luego, puesto probablemente sobre aviso por el ruido de los muelles al sentarme de golpe en la cama, se había retirado sin llegar a realizar su propósito.

Pero ¿con qué fin? ¿Y quién, sino el anciano? Pues había terminado por convencerme (racionalmente al menos) de que el anciano era el único habitante de la casa y de que a él debían atribuirse los mínimos indicios por mí descubiertos como huella de una presencia ajena, por lo que consideraba resuelto el segundo punto de mi pregunta. En cuanto al primero, habría que aclararlo, pero éste no era el momento adecuado, pues tenía que marcharme de allí lo antes posible para evitar por todos los medios una sorpresa. Mientras tanto, y para no levantar sospechas, volví a hacer saltar de nuevo el muelle, volví a meter el clavo, y todo siguió estando como antes.

Iba a cruzar la habitación para salir, cuando un rayo de sol irrumpió desde lo alto de las persianas mal echadas e hirió con viva luz un objeto tirado sobre el respaldo de una silla tapizada: mi atención se vio inevitablemente atraída por aquel objeto. Era algo así como un chal o manteleta, un trozo de tela preciosa y tornasolada, un poco ajada. Pero algo me lo hacía familiar; buscaba en mi memoria, como si de ella tuviese que recibir ayuda. Y de repente lo reconocí: el echarpe del retrato. A decir verdad, la identificación no podía, lógicamente, ser segura, dado el ya mencionado deterioro del retrato mismo, pero yo la sentía irrefutable.

Júzguese mi emoción. Así pues, ¿seguía viva aquella mujer? ¿Era quizás esta sala una de las que ella ocupaba? ¿Era acaso suyo el levísimo perfume que yo había percibido? ¿O acaso era el echarpe una reliquia? Poco me importaba, en tales ensoñaciones, el hecho de que, aun cuando siguiera con vida, poco se parecería ella a la mujer que yo, por decirlo así, conocía. Y me obstinaba en hablar de ella para mis adentros como si, de repente, fuese a verla aparecer como surgida del cuadro, como si ella no pudiese tener otra vida que la del retrato.

Estaba contemplando aquel sencillo trozo de tela, que había vuelto a colocar religiosamente en su lugar, con dulce languidez. Es decir, me había quedado allí encandilado, ajeno a mi deber de marcharme de allí. Y de repente la habitual y desagradable impresión de sentirme observado me hizo volver en mí. Me volví: el anciano estaba frente a mí.

No sabría describir su furor. Sus ojos, más que nunca sombríos, lanzaban dardos de odio mortal y de desdén, y una tal violencia que tampoco esta vez pude sostener su mirada. Antes de que hubiese hecho un solo movimiento, él se me echó encima y, temblando de rabia, me agarró por el brazo. Sus dientes también repiqueteaban y rechinaban. Nunca había visto a un hombre tan encolerizado, tan salvajemente furioso, ni tan espeluznante en su ira. Y sin embargo se contenía, tan sólo era el comienzo.

Cuando habló, lo hizo con una soltura nueva, a pesar del tartamudeo debido a su violento temblor. «¡Señor —gritó—, ya le dije que fuera discreto! ¡Ahora le digo y le grito que es usted un impertinente, un insolente, un bribón! ¡Su conducta es incalificable! ¡Usted... usted... usted se marchará al instante de aquí, lo juro por Dios!» Y otras lindezas semejantes.

Confieso que me vi tentado a lanzarme contra él, pero me contuve por dos tipos de consideraciones. La primera muy poco noble, y fue el peligro que corría haciéndolo: los perros, que también estaban presentes, al ver a su amo zarandearme de ese modo, se me acercaban amenazadores. La segunda, más meritoria, tenía que ver con todas mis buenas razones de humanidad, gratitud, etc. Puestas así las cosas, lo único que podía hacer era soportar con filosofía la andanada.

El anciano, zarandeándome aún, me empujaba hacia la puerta. Traté de calmarlo con mis palabras; fingí incluso haberme perdido saliendo de mi alcoba, pero él no era tan estúpido como para creérselo. Cruzamos aquellas habitaciones, el pasillo; me llevó hasta la escalera, me dejó por fin. «¡Váyase, señor, váyase al instante, y que Dios le perdone su intolerable desfachatez!», dijo en tono aparentemente más calmado, aunque en realidad más amenazador. Me siguió por las escaleras; llegamos hasta la sala; su ira, en vez de ir menguando como yo me esperaba, se concentraba, aunque sin desbordarse. «¡Márchese, márchese, sin más!», intentaba repetir con voz intensa y grave, y cogía mi escopeta del rincón donde la había dejado, me la ponía entre las manos, me empujaba hacia la salida.

Pero yo tenía un gran interés en quedarme, así que me hallaba en un buen aprieto porque, sin contar con el hecho de que a todos los efectos seguía siendo más cómodo quedarme en la casa con la aprobación de mi anfitrión, me daba cuenta perfectamente de que mi violencia de la primera noche sólo había sido aparentemente tal y de que, como he observado repetidamente, nunca habría podido imponer mi presencia en aquel lugar de la casa si él no lo hubiese querido. Una vez aceptado eso, me decidí por el partido de la digna humildad y le dirigí, imitando un poco sin quererlo y un poco voluntariamente su estilo, un discurso más o menos del siguiente tenor: «Me marcharé, señor (di realmente un paso hacia la salida), y no será sin sentir por usted, que me ha socorrido en difíciles momentos, mi más cálida gratitud, y por esta casa el más agradable recuerdo. Mas no será sin justificarme antes de lo que, con tanta razón, ha definido usted como intolerable indiscreción o algo peor».

Y de este modo seguí diciéndole con mucha franqueza que no debía asombrarse si yo había querido hacerme una idea más precisa del lugar al que el destino me había conducido («¡diga mejor su insensata voluntad!», interrumpió en este punto, sonriendo furiosamente) y, por otra parte, aunque no podía negar que conocía su constante discreción, no había habido una explícita prohibición suya de moverme por la casa.

Él escuchó con impaciencia estas palabras, pareciendo en todo caso que de ambos argumentos sólo apreciase y comprendiese el formal, aunque conmoviéndose muy

poco en cualquier caso. Acudiendo en mi ayuda oportunamente, resonaron en ese momento por la llanura disparos y salvas de fusil: perseguían a otro desgraciado como yo o a alguna cabeza de ganado en fuga. Prestamos atención; los disparos cesaron, pero yo me había apuntado un tanto en las presentes circunstancias. En efecto, echarme en ese momento significaba quizás exponerme a graves peligros, y el anciano se dio cuenta de ello. Con el aspecto de quien cede ante las necesidades y se arrepiente inmediatamente de su generoso impulso, dijo finalmente: «¡Sea, que no tenga yo que reprocharme nada! Mas cualquier otra indiscreción, caballero, le será fatal», y se marchó al instante.

Me sería fatal: ¡nada menos! Sin embargo empezaba a creer que sus frases sólo tenían de pomposo las palabras.

Presa de una particular sensación de malestar, me enfrenté a la fina y gélida lluvia que estaba cayendo para llegar hasta una altura desde la que oteé la zona subyacente, que parecía tranquila hasta donde abarcaba la mirada. Los autores de los disparos debían de haberse alejado mucho, ya que oí un lejano tiroteo en el límite extremo de la meseta. Por el momento podía estar tranquilo.

Reflexionaba sobre los incidentes de la mañana. Voluntariamente había evitado referirme, en mi enfrentamiento con el anciano, a la cuestión de la alacena, que habría sido mi mejor justificación y, al mismo tiempo, un grave reproche para él, capaz de disminuir su feroz enojo. Pero el hecho es que yo estaba muy asombrado con su extraño modo de proceder: ¿trataba de penetrar por la noche en mi alcoba y, al mismo tiempo, me echaba de su casa? ¿Qué podía ser lo que le empujaba hacia mí, pero sólo entre tinieblas, a lo que parecía? No era desde luego el propósito de causarme mal, admitiendo que existiese para él algún motivo, pues tendría otras mil ocasiones de hacerme daño. Es cierto que la prueba decisiva de sus intenciones hacia mí me faltaba todavía: aunque hubiese puesto en marcha sin duda alguna el mecanismo del pasadizo, ello no demostraba irrefutablemente que hubiese querido introducirse en mi alcoba, y si lo había hecho en mitad de la noche, ¿acaso no era él hombre de singulares costumbres? Mas dejando a un lado los sofismas, ¿no podía servir como prueba el concurso de las circunstancias? ¿O acaso debía suponer en aquella casa la presencia de, al menos, otro habitante que se mantenía misteriosa y constantemente oculto?

Ante tal idea el corazón se me desbocaba: ¿quién podía ser este segundo habitante más que...? El anciano parecía efectivamente muy celoso de todo lo que le atañía o, digámoslo con todas las palabras, *la* afectaba. Pasemos nuevamente por alto cuán insensatas eran estas esperanzas y elucubraciones mías.

No sabía qué conclusión sacar de todo ello. Esperé a la noche, que me proporcionaría quizás otras luces, y entre tanto me hice el firme y pérfido propósito de no tener en cuenta las amenazas del anciano y continuar con mi descubrimiento. Sería inútil decir que ni yo mismo sabía lo que estaba buscando, mas en ese momento declaré la guerra a mi anfitrión o, mejor aún, sin declarar nada, me dispuse a una

guerra sorda y vil que me parecía justificada por la supuesta doblez del anciano. Pero desde ahora tendría que tener realmente una gran prudencia.

CAPÍTULO DÉCIMO

LA noche transcurrió sin el menor incidente. Había tomado todas las precauciones posibles para sorprender al furtivo visitante y, si era necesario, reducirlo. Me procuré incluso, robándolos tranquilamente de la cocina, tres fósforos de los cinco o seis en que consistía la provisión de toda la casa, y que fueron inútiles. Agotado por el cansancio y la vigilia, al amanecer me quedé dormido.

Aquella misma mañana reanudé mis exploraciones, pero fue ya tarde, porque encontré puntualmente al anciano esperándome detrás de la puerta, a pesar de haber procurado ser muy silencioso al levantarme; tuve que espiarlo y finalmente le vi salir, a él y a sus perros, probablemente en dirección al campo de lombardas. Empecé directamente por el ala de la casa que estaba al otro lado del arco, en lo alto de la escalera de madera, es decir, la zona donde se había oído cerrar una puerta.

Con paso quedo subí la mencionada escalera, emboqué con decisión el pasillo, crucé las habitaciones y el segundo pasillo, llegué hasta la antecámara descrita en su momento. Sin permitir que mi ánimo flaquease, rodeé el saliente de la pared contando con hallar en su hueco dicha puerta, y efectivamente la encontré, una puerta baja, pintada y ennegrecida. Permanecí un momento a la escucha: no se oía ruido alguno procedente de allí o de las otras puertas. Entré.

Dejar a oscuras las habitaciones que utilizaba debía formar parte de las costumbres de mi anfitrión: todo lo que pude ver al principio fue una gran cama con dosel, deslucida, aunque con parte aún de sus colgaduras. ¡La cama estaba deshecha! ¿Había llegado por fin a la guarida del anciano? Mas no había llegado ni a darme la vuelta cuando un ligero y lejano ruido llegó hasta mí: estaba muy claro, los nervios, el lugar y, ahora, la mala conciencia empezaban a afinar mis sentidos.

El ruido era como un gemido de tablas. En seguida me hice una idea: el anciano estaba subiendo la escalera de madera y podía ahora, una vez en el rellano, seguir hacia la otra ala de la casa, pero también podía dirigirse hacia mi lado, incluso a la habitación misma donde me encontraba. Corrí hacia la puerta, que había dejado abierta, presté atención. El primer ruido había cesado para dar paso a un casi imperceptible murmullo, que juzgué producido por las pantuflas de mi anfitrión y que parecía aumentar progresivamente; al cabo de un instante se oyó el ruido, inconfundible para un observador atento, de pezuñas de perro en el suelo.

Ya no había duda: él y sus perros iban a mi encuentro por el mismo camino que acababa yo de recorrer hacía un momento, por lo que tenía que retirarme lo antes posible. Pero ¿a dónde? ¿Y si me hubiera metido en un callejón sin salida? No era momento de reflexionar; me metí por la primera puerta hacia el interior que se me puso delante.

Apenas la había abierto y vuelto a cerrar, aunque sin hacerlo del todo por miedo a hacer ruido, cuando apareció el anciano mirando a su alrededor con aire perplejo,

quizá porque recordaba que había dejado cerrada la puerta de su antecámara y se la encontraba abierta. Eso es lo que vi entre las hojas de mi puerta, junto a la que me había quedado para espiar, pero pensé inmediatamente que no podía quedarme más ya que los perros, que se habían entretenido en la antecámara, se reunirían de un momento a otro con su amo y lo que a éste podía escapársele, es decir, mi presencia, no se les escaparía ciertamente a ellos. Renunciando así a vigilar los movimientos del anciano, traté de buscarme una nueva vía de salida, y tuve que hacerlo a tientas porque la habitación donde me encontraba ni siquiera tenía ventanas. Siguiendo la pared, y por suerte sin encontrar obstáculos —en otro caso me habría visto traicionado inevitablemente—, llegué hasta otra puerta que, sin embargo, se resistió a mis intentos de abrirla. En ese instante mi situación era realmente crítica, pues oía al anciano ir de un lado para otro y, creía yo, acercarse a la puerta de separación: quizá recordase que también la había dejado cerrada.

Nunca supe si en dicha ocasión sospechó el anciano algo, o cuáles fueron las razones que lo llevaron a obrar como lo hizo. Tiendo a creer, si es que las impresiones que acabo de atribuirle no eran fantasías mías, que le engañaba la memoria y que, en general, iba absorto en sus cosas sin pensar siquiera en perseguirme. En caso contrario, creo yo, habría terminado por dar conmigo y habría sido inútil cualquier clase de excusa.

El hecho es que el anciano pareció dar muestras de seguirme: acababa de meterme yo a toda prisa por una segunda y dócil puerta, cuando cruzó el umbral de la primera. No me dedicaré aquí a referir con todo detalle las vicisitudes de mis complicadas y ciegas idas y venidas por habitaciones, pasillos y salas desconocidas, retirándome siempre ante sus pasos. Hablaré sin más preámbulos de una puertecita en un trastero hacia la que me vi empujado en su avanzada.

Daba ésta a una empinada y larga escalera de piedra, tan angosta que parecía excavada en la propia pared; no tenía elección, y la tomé. Una vez abajo me encontré en un pequeño sótano o bodega que recibía luz de un alto ventanuco con reja, probablemente uno de los que había descubierto durante mi examen exterior de la casa; en un rincón había un montón de patatas de las que nacían largos brotes de un verde intenso, en otro había no más de cinco o seis manzanas puestas sobre un poco de estopa. Pensé que ésta podía ser la meta del anciano, si es que tenía otra que no fuese mi persona. Por ello me pareció oportuno meterme de nuevo por la única puerta que se veía allí dentro, y de nuevo me encontré con los peldaños, mohosos, de una escalera semiderruida. ¿En qué oscuro subterráneo iba a meterme? Bajé unos cuantos escalones y me detuve a escuchar; oí que el anciano bajaba lentamente, a su vez, la primera escalera. Ahora tenía que poner, por los perros especialmente, toda la distancia posible entre nosotros; proseguí.

El subterráneo al que fui a parar no recibía luz de parte alguna, exceptuando la escasísima que se filtraba por el hueco de la escalera. A tan incierta luz descubrí una especie de cripta de paredes húmedas y cubiertas de un musgo pálido con, aquí y allá,

algunos ralos tallos de culantrillo; era más bien una especie de cueva. Dos entradas, a derecha e izquierda, conducían a lugares igualmente oscuros; sólo tenía que escoger, aunque no sería divertido tomar por ninguna de las dos partes. En ese momento algún ruido procedente del sótano de arriba me hizo pensar que el anciano se había retirado; tras subir con cautela, pude constatar que el sótano estaba desierto. Si había habido caza, éste la había abandonado.

Mas no por ello salía yo muy beneficiado, pues debía buscarme una salida que no fuese, a ser posible, el camino recorrido anteriormente. Además, la curiosidad había vuelto a apoderarse de mí: deseaba explorar, ahora que se me presentaba la ocasión, aquellos subterráneos y llegar a través de ellos, si lo lograba, hasta el exterior.

Tomé al azar por la izquierda, por lo que parecía una especie de galería y un camino ya no de piedra sino de tierra. Me daban valor no tanto la pistola que llevaba en el bolsillo (y que, en cualquier caso, de poca utilidad podía serme entre aquellas tinieblas) como mis tres fósforos, que podría encender en el momento oportuno; desde luego tenía que reservarlos lo más posible. Me quedé igualmente desconcertado al notar, tras dar unos pocos pasos apoyándome en la viscosa pared, que el suelo empezaba a descender; a pesar de ello seguí adelante, y no sabría decir cuánto duró la gradual bajada. Al cabo de un cierto tiempo algo me advirtió que había llegado a un lugar más amplio, y me pareció éste el momento de sacrificar uno de los tres fósforos. Pude ver una cueva bastante grande, una auténtica cueva con sus correspondientes estalactitas; el escaso tiempo que me concedía el fósforo no me permitió otras observaciones. Ya fue suficiente si pude ver en el último momento una tercera escalera que, a dos pasos de distancia, se hundía en el suelo; la oscuridad volvió a envolverme.

No niego que me vi invadido por un cierto espanto, pero el impulso que me movía (y que era algo más que la simple curiosidad) fue más fuerte: seguí a tientas por dicha escalera. Ésta me pareció interminable, y la bajada era peligrosa; con todo se terminó y entonces, casi como en premio a mi gran tenacidad, empecé a divisar una vaga claridad o, mejor aún, a tener esa sensación. Avanzando por una especie de túnel, y tras superar una revuelta, acabé divisando al fondo, a una distancia que parecía interminable, un minúsculo trozo de cielo que parpadeaba, se diría, entre una estrecha hendidura entre dos rocas. Llegué finalmente hasta esta última, trepando por un cúmulo de troncos, guijarros y tierra.

Un hombre no habría podido pasar por ella en modo alguno. El paisaje que se divisaba hacia la llanura presentaba perspectivas ligeramente diferentes a las habituales; tampoco aparecían las eminencias que, desde la casa, impedían la vista de la zona inferior. Así pues, me encontraba no sólo en las entrañas de la casa sino también en las de la montaña.

Por la hendidura entraba un helado soplo de viento; volví a bajar y examiné el lugar. Lo que acababa de recorrer era una vasta galería de paredes de roca rezumantes de humedad. Allí crecían, por el suelo y las paredes, otras plantas, viscosas e

hinchadas, probablemente una especie de hongos muy desagradables a la vista. También vi unos inmundos animales que huían ante mi presencia, algo así como enormes y blancuzcos geos, si es que no eran realmente tales.

Hacia la mitad del túnel había una entrada que no había observado al pasar: excavada en la misma roca con un profundo derrame y provista de una vetusta y resistente puerta recubierta de hierro, abierta en ese momento hacia dentro y provista a su vez de mirilla y reja, es decir, una puerta de mazmorra. Era quizás en esta horrenda guarida donde los antepasados de mi anfitrión encerraban a sus enemigos irreducibles. Dentro de ella la oscuridad era total y la tenue luz de la hendidura en la galería no podía disiparla.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

DECIDÍ echar mano del segundo fósforo y lo encendí con infinitas precauciones, pues deseaba conservar a toda costa el tercero para el regreso. La breve luz me reveló otra estrecha cueva cuyas paredes, por otra parte, mostraban en algunos sitios la mano del hombre en refuerzos de ladrillos y bloques de piedra metidos a la fuerza entre las grietas de la roca, así como en otros arreglos pensados para hacer más seguro el lugar contra cualquier intento de fuga de quien estuviese encerrado en él. Paredes y suelo presentaban el más curioso y tétrico espectáculo que he visto en mi vida, pues estaban cubiertas de ampollas, filamentos, vejigas, grumos o bubones (no sabría qué más nombres darles) de diferentes dimensiones, blancos y blandos, que primero tomé por hongos y que eran, por el contrario, monstruosas flores de moho que, al cogerlas, se disolvían por completo en un mínimo velo de humedad sobre la palma de la mano.

Tan repugnantes vegetales distrajeron tanto mi atención que sólo cuando el fósforo se consumió, apagándose de repente con un último resplandor del palito carbonizado, entreví el objeto más interesante de esa cárcel. A mi izquierda y en la pared vi de pasada un gran aro de hierro del que colgaba un trozo de cadena maciza y oxidada, lo que no tenía nada de extraño, mas sí que era extraño que en este aro hubiesen depositado algo así como un ramillete de flores, colocadas aproximadamente en forma de corona. ¿Flores allí dentro? Y, para colmo de sorpresas, al tocarlas parecían frescas.

Dudaba pensando si debía sacrificar también el tercer fósforo y confiarme únicamente al tacto para la vuelta, o bien abandonar mis investigaciones. Mas este elemento era demasiado impensado e importante: sin dudarlo más, lo encendí.

Lo que pude contemplar con religioso terror eran flores de verdad y estaban frescas, rosas de otoño silvestres o asilvestradas. Recordé vagamente haber visto en el jardín de Renzo que estaba delante de la casa dos o tres de estos rosales. ¿Qué podía pensar de todo esto? No podía saberlo de manera alguna. Mas el silencio y el aspecto de tumba de aquel subterráneo, con sus misterios, empezaban a afectar —y no en broma— mis nervios: salí de allí a toda prisa.

Pero mis emociones de aquella mañana no habían terminado. Abandonado a la incierta claridad que llegaba hasta el lugar por la hendidura, tenía que recorrer —como se recordará— en la más absoluta oscuridad un trayecto bastante largo y no poco accidentado. Pues bien, no había empezado a subir la ínfima escalera cuando me pareció escuchar en lo alto un ligerísimo roce de pisadas. ¿Sería de nuevo el anciano o, peor aún, sus perros, que se habían llegado hasta allí por algún motivo? Y si era el anciano, ¿por qué parecía huir ante mí? Y si había avanzado hasta un cierto punto del subterráneo, incluso hasta pocos pasos de mí, por algún asunto suyo e ignorante por completo de mi existencia, ¿por qué no lo había oído antes? No sabía si volver hacia

la galería, donde al menos me habría ayudado la escasa luz, en caso de tener que defenderme de algo o de alguien; pero sobre todo era incapaz de formular cualquier clase de hipótesis. Mas las pisadas se habían alejado rápidamente y, tras considerar positivo este único dato, decidí proseguir con la mayor cautela.

Tras llegar por fin a lo alto de la escalera, oí de nuevo el ruido. Esta vez no me cabía duda: eran unos pasos humanos que, con sordo eco, rebotaban de pared en pared por el túnel en cuesta. Las pisadas resonaban con mucha frecuencia, como si la persona corriese, y bastante leves, como si ésta fuese de poco peso. Detalles que me asombraron: nunca habría dicho que eran los pasos de un anciano, aunque se conservase tan bien como mi anfitrión.

Los pasos no parecían llevarme mucha delantera, si bien en ello podía engañarme el mencionado eco; si me detenía, se hacía menos frecuente hasta detenerse del todo poco después; si avanzaba yo, apretaban el paso. Era éste además bastante variado, aun teniendo en cuenta la resonancia y naturaleza del terreno; era como si la persona corriese, ¿cómo podría explicarlo?, con una cierta frivolidad. ¡Si por lo menos hubiese tenido aún los fósforos! Desde luego los habría encendido a pesar de todo. Pues mi curiosidad, o lo que pudiese ser, a causa de la misma penumbra en que me debatía se había vuelto furiosa, desesperada, agresiva. Enajenado e indiferente a los eventuales peligros, yo también eché a correr, de puntillas, con la idea de atrapar a la persona que huía.

Pero ésta, además de conocer mucho mejor el lugar, debía ser mucho más ágil que yo, pues oí que los pasos se alejaban rápidamente hacia las alturas y se apagaban. Aplacado y aturdido, llegué con la mente y las manos vacías al pie de la segunda escalera, adonde llegaba como sabemos algo de luz desde el sótano de más arriba.

Mi aventura, o mejor aún, la primera parte de ella, había terminado sin que yo hubiese sacado nada en claro. Aun aceptando la idea de que el fugitivo fuese mi anfitrión, ¿qué sentido tenía, por amor de Dios, aquella enloquecida carrera entre tinieblas? Tampoco podía pensar que hubiese echado a correr por asuntos que sólo a él atañían, pues era evidente que huía, que me huía.

Aplacé estas consideraciones para otro momento; comenzaba la segunda parte de la aventura, que aún me reservaba una sorpresa, si se puede llamar así a un hallazgo del que (al igual que de todos los demás) no supe sacar ningún provecho. Tenía que rehacer el camino recorrido al principio, pero sin seguirlo exactamente para evitar los cuartos habitados que encontré entonces; mejor aún, tenía que buscar por otro lado una salida diferente al exterior para que, al volver, me fuese más fácil justificar mi ausencia.

Entonces sí que me perdí en un laberinto de habitaciones, pasadizos, cuartos oscuros, pasillos y escaleras, algunas bien a la vista, secretas otras —o así lo estuvieron durante un tiempo—. Baste con decir que me encontré en un par de ocasiones en el desván, un sugestivo lugar lleno de objetos antiguos, inútiles y curiosos, y otra vez en una terraza almenada. Finalmente me pareció encontrar el hilo

de Ariadna y comencé a seguir un cierto itinerario que me parecía el acertado. Entonces me topé de nuevo con una habitación que parecía habitada, una alcoba minúscula, o gabinete, en el segundo piso.

También en ésta, al igual que en la otra donde había sido sorprendido por el anciano, el color predominante era el amarillo, pero los pocos muebles y las tapicerías parecían mejor conservados. Sobre una reluciente mesita, con un espejo de Venecia y un pastorcillo de Capodimonte, había un objeto que atrajo desde el principio mi mirada: un colgante de topacios. Y esta vez lo reconocí sin dudar.

Mas ahora no podía detenerme a contemplarlo: ¿de qué habría servido? Antes tenía que evitar otras sorpresas y conseguir la mayor libertad de acción posible. De este modo aquella mujer inasible (inasible incluso en mi interior) me proporcionaba una nueva prueba de su presencia, actual o pasada, en la triste mansión. ¿Qué podía hacer, por el momento, más que aceptarla con devoción? Una almohadilla de raso azul bordado, para proteger la pared de los portazos, colgaba del picaporte que tenía en la mano, y un ramillete de flores secas estaba metido entre sus cordoncillos. El azar parecía llevarme cada vez más cerca de la fuente primaria, si se me permite expresarme así, de aquel resplandor amarillo, a lugares cada vez más impregnados de ella, y también de su perfume, que era allí muy fuerte. Pero, aspirándolo bien, ¿era perfume de persona viva o de cosas muertas?

Lánguido y conmovido, aún más perdido, llegué finalmente al zaguán donde estaba la escalera de madera que subía y bajaba a diario, es decir, a lugares para mí familiares; salí luego al patinillo de piedra y, saltando la pared, al exterior. Volví dando un gran rodeo y entré en la sala; el anciano, que estaba ya sentado a la mesa, me lanzó una larga mirada de sospecha, pero no dijo ni palabra.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

VOLVÍA a creer seriamente que la casa contaba por lo menos con un segundo habitante, con *una* habitante... En cualquier caso era evidente que esa persona me evitaba con todas sus fuerzas; además, ella tenía, por no hablar de otras, una enorme ventaja sobre mí: la ventaja de su perfecto conocimiento del lugar. Uno de los medios con que contaba ahora para llegar hasta ella (si es que existía), muy peligroso aunque probablemente el más seguro, podía ser el de seguir en sus numerosísimas idas y venidas al anciano, que en general parecía no poder estarse quieto. Por ejemplo, había observado que durante la cena e inmediatamente después, en cualquier caso siempre a la misma hora, solía levantarse de la mesa y desaparecer en las profundidades de la casa; a menudo regresaba, es cierto, de tales ausencias con un plato o un objeto cualquiera, aunque no tardé en comprender que quería de esta forma buscarse una excusa, sobre todo teniendo en cuenta que a veces dichas ausencias duraban mucho tiempo. En realidad se alejaba por alguna misteriosa razón. Aunque la cosa no había dejado de llenarme de curiosidad al principio, ahora que iba madurando mi proyecto me pareció incluso providencial. Poco después me dispuse, costara lo que costase, a seguir al anciano entonces, en tales circunstancias.

Me determiné a hacerlo la noche siguiente; esta primera noche, continuación del día pasado en el subterráneo, la destiné al descanso, a las reflexiones y... a las ensoñaciones. Tampoco me aportó nada nuevo; la alacena, al menos hasta que me quedé dormido, se mantuvo muda y el pasadizo cerrado, aunque casi me esperaba lo contrario. A decir verdad y según la actual orientación de mis ideas, el visitante nocturno podía no ser el anciano.

El día siguiente pasó sin incidentes, entre mi impaciencia y mis desalientos. Notable (hasta cierto punto, teniendo en cuenta cómo era) fue en cualquier caso que mi anfitrión no probase bocado durante el día, creo, aunque no parecía enfermo, y también que desapareciese al menos a la hora de comer, y que fuese, cosa rara, bien arreglado, afeitado y peinado, llevando además un traje de su época que, aparte de esto, era muy elegante, por lo que iba él hecho todo un galán, un verdadero dandi finisecular. Además sus ausencias fueron en ese día especialmente frecuentes y, en general, su forma de actuar especialmente misteriosa. Por mi parte, y aunque me sentía algo incómodo ante un compañero de tanta etiqueta estando yo así vestido, soporté semejantes rarezas con la mayor tolerancia.

Llegó por fin la noche, es decir, la hora en que el anciano solía ausentarse. Éste se levantó por fin, tras un breve vistazo a un reloj de péndulo viejo y renqueante. «Diablos —me dije yo, que lo observaba esta vez con especial atención—, se diría que tiene una cita; pues bien, tanto mejor.» Salió, llevándose como siempre la lámpara y dejándome a mí al amor de la lumbre; esperé un instante, luego yo también me levanté en silencio. Tras cruzar la puerta de siempre, se dirigió hacia la cocina,

luego torció a la derecha por habitaciones y salitas desconocidas; yo le seguí con paso de lobo. Pues bien, era aquélla, aunque parezca imposible, una parte de la casa desconocida para mí.

Saliendo de la sala, había detenido con un gesto a los perros, que según su costumbre se disponían a seguirle, y les ordenó que le esperasen allí: eso es lo que hacía siempre a esa hora. De otro modo habría sido imposible mi furtiva persecución. Resultó ésta igual y singularmente difícil pues el anciano, que antes había ido dejando abiertas todas las puertas tras sí, empezó entonces a cerrarlas con gran cuidado; por añadidura, una o dos veces se volvió hacia atrás con aire sospechoso, aunque ni siquiera se imaginaba que yo pudiera seguirle. Por suerte estas puertas no chirriaban, y su misma sombra me protegía en parte; también me vi favorecido por la casi constante presencia de alfombras en aquellas salas y, asimismo, por el fuerte crujido de sus relucientes botines.

Llegamos así a un pequeño pasillo, o antecámara, suntuosamente pintado al fresco (frescos desconchados y con abultamientos), con trofeos, candelabros de varios brazos, lunetas sobre las puertas, ventanas de arco con cristales emplomados, y todo aquello que podía conferir dignidad al lugar. Parecía ésta la zona verdaderamente señorial de la casa. La gran alfombra amarilla que cubría por completo el suelo, excepcionalmente no muy deshilachada, hizo que me latiera más fuerte el corazón.

Ante una puerta pintada de azul y blanco se detuvo el anciano un momento y, dándose la vuelta, miró a su alrededor; apenas tuve tiempo de refugiarme junto a la jamba de la puerta que acababa de cruzar. Aquellas costumbres suyas, o más bien aquellos reflejos suyos, mostraban tan a las claras su voluntad de ocultarse celosamente, que no pude por menos que imaginarme con horror la irrefrenable cólera que le habría invadido de haberme descubierto allí; mas tanto peor, por nada del mundo me volvería para atrás.

Abrió la puerta; aquella sala debía de ser su meta, pues no volví a oír el crujido de sus botas al avanzar, sino resonar varias veces en el lugar. Tenía yo que superar ahora la última, la más grave dificultad: introducirme en la sala misma.

Mas ¿era verdaderamente necesario hacerlo? ¿Por qué no le oía hablar si el anciano, como se me había metido en la cabeza, tenía que encontrarse allí con alguien? ¿O es que ese alguien no había llegado? En cualquier caso habría podido darme por satisfecho si escuchaba y espiaba mirando por el ojo de la cerradura. Además, dentro continuaba el silencio, salvo por el alterno recrujir (¿qué estaría haciendo el anciano?), y mis nervios no eran capaces de soportar aquella espera e inacción. Di unos pasos, guiado sólo por la luz que salía por debajo de la puerta.

Me incliné hasta el agujero de la cerradura y descubrí inmediatamente dos cosas: que desde allí no podía ver sino muy imperfectamente cuanto sucedía en la habitación y que, justo por ello, podía intentar introducirme secretamente en ella con alguna esperanza de éxito. Debo explicar que la puerta estaba protegida por dentro con una

pesada cortina cuyas dos caídas, apenas separadas, no me dejaban ver, como si de un telón echado a medias se tratase, más que un trocito de habitación o, a veces, al anciano moviéndose por ella; pero podían ofrecerme un cómodo refugio cuando hubiese logrado entrar. Sobre la manera de hacerlo, decidí aprovechar el momento en que se volviese de espaldas moviéndome yo al mismo tiempo, de forma que el ruido de sus botines cubriese el posible ruido de la puerta.

No mencionaré siquiera cuán imprudente y audaz era semejante proyecto: me enfrentaba, como he dicho, con un hombre de sentidos finísimos, y por otra parte era probablemente más fácil introducirse que salir de allí. Pero aunque el proyecto hubiese sido mil veces más insensato, me dispuse a ponerlo en práctica. Hablaré sin rodeos: lo poco que había visto de la sala me hacía dar por buenas las más imprudentes decisiones.

Ahora tenía que esperar a que se produjese la circunstancia deseada, mas el viejo iba y venía por la habitación sin situarse jamás en la posición adecuada. Finalmente lo hizo, y yo empujé con cautela la puerta, cuyo picaporte había girado ya milímetro a milímetro. Sin duda estaba el anciano absorto en graves pensamientos, pues chirrió ligeramente el primero y, no obstante, no se dio cuenta de lo que sucedió. Con igual decisión volví a cerrar y, protegido ya en parte por la cortina, me oculté rápidamente, justo a tiempo de evitar que el anciano, que se había dado la vuelta de repente, me descubriese. Ahora podía ver la habitación con toda comodidad.

Ésta era indudablemente *su sanctasanctórum*. Era una gran alcoba de matrimonio, la mejor, la más suntuosa, la mejor conservada y mejor situada de la casa. Mas ¿para qué iba a entretenerme en describir sus más mínimos detalles y objetos, sin importancia alguna para los demás, cada uno de los cuales hablaba directamente a mi corazón? Baste con decir que cada cosa, la más minúscula figurilla, las colgaduras del lecho, las chinelas bordadas al pie de éste, el taburete tapizado ante el tocador, y cien cosas más, todo, conservaba viva la huella de ella y permanecía, se veía perfectamente, igual que la última vez que ella se había marchado de aquel lugar, ¡y podían haber pasado muchos años!

Podían, digo, porque sobre cada cosa se había ido depositando no ya el polvo, sino el polvo del tiempo, la particular opacidad de las cosas muertas. Por todas partes se experimentaba una sensación de gestos congelados en el aire; en pocas palabras, como me pareció inmediatamente que ninguna otra mano que no fuese la suya podía haber colocado los objetos de aquella forma, volví a mi precedente suposición o, mejor dicho, por primera vez tuve bruscamente la certidumbre absoluta de que ella estaba muerta. Y por doquier se esparcía aquel amarillo suyo ligeramente oscurecido, como un baño de fúnebre oro.

En un rincón, y dominando la sala entera desde lo alto de una preciosa mesita lacada y tallada cuyo tablero estaba cubierto con un paño de oscuro terciopelo rojo, estaba colocado un gran retrato de marco oscuro tapado con una espesa gasa negra, por lo que los rasgos de la persona representada no podían verse en absoluto. ¿Por

qué lo llamo retrato y por qué hablo de una persona? No sabría decirlo, pero desde un principio supe que era su retrato. Delante y a los lados había cuatro jarrones de color violeta con grandes ramos de aquellas mismas rosas de otoño que ya había podido ver en el jardín y en el subterráneo (¿acaso sus flores preferidas entre las pocas que crecían en la agreste montaña?) y algunos objetos: el echarpe que conocemos, el colgante de topacios, un guante de encaje amarillento, una cinta de pálida y desteñida seda verde, además de un pan partido y una copa de boca ancha con un líquido rosáceo que parecía vino aguado. El luctuoso conjunto exaltaba y encogía a un tiempo el corazón.

Antes de que me hubiese introducido en la sala con tanta cautela, el anciano ya había preparado y encendido un pequeño fuego, que juzgué de enebro o de ciprés, que ardía con llama clara desprendiendo un ligero aroma a resina. Y ahora, tras dar los últimos toques a la pira, dio dos pasos hacia atrás y, poniéndose una mano en la frente, pareció recogerse. Luego tomó de un minúsculo velador que estaba a su lado algo que al instante reconocí por su perfume como incienso, y lo esparció sobre el fuego pronunciando lentamente un nombre, un nombre que escuché estremeciéndome, *su nombre*: Lucía.

Siete veces repitió la operación y la llamada, y su voz se hizo gradualmente más firme y alta. Luego se sentó en un sillón junto al mismo velador, apagó la lámpara y se quedó completamente inmóvil y silencioso. Yo lo veía allí, al resplandor del fuego, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, abandonado y absorto.

Pasó un tiempo, mucho tiempo quizá. La llama languidecía en la chimenea y se apagó del todo; sólo quedaban las rojas brasas en la oscuridad. Entonces el anciano se rebulló, arrojó más incienso sobre la brasa, y de repente empezó a hablar. Su voz, férvida, queda al comienzo, se elevó poco a poco en medio de la oscuridad casi absoluta, sin alcanzar por ello un timbre desagradable. Era la suya una plegaria, una larga plegaria a un dios desconocido (¿o demasiado conocido?), que por circunstancias que no debo referir aquí puedo transcribir en parte. Pero su propia voz, ¿acaso debo decirlo?, no semejaba a la suya, y parecía él buscar con dificultad sus propias palabras, como si alguien se las estuviese sugiriendo y él no las comprendiese bien. Era como si, en términos menos absurdos (aunque, ¿qué no fue absurdo aquella noche!) tratara él de aunarse con alguien, con la memoria, con el ser o la esencia de alguien. No sé cómo justificar la más injustificable de mis impresiones, pero sé que acepté sus palabras, y las escuché incluso, como las de otra persona. Como las de ella.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

ÍBASE concentrando mientras tanto una terrible tormenta, y anunciándose con sordo resonar de truenos, con torbellinos de viento, con escasos y fúlgidos relámpagos que, sin embargo, por estar las ventanas herméticamente cerradas allí dentro, apenas se adivinaban. La tormenta había de desencadenarse y alcanzar el punto culminante de su violencia al cabo de poco tiempo, según relataré a continuación: mas había de ser violencia de corta duración, como sucede a menudo con las tormentas de otoño.

«¡Espíritu de Luz —decía el anciano—, Espíritu de Sabiduría, cuyo soplo da a todas las cosas su forma y la toma de nuevo! ¡Oh tú ante el cual la vida de los seres es sombra que pasa! ¡Tú que asciendes hasta las nubes y te mueves sobre las alas del viento! ¡Tú que cuando espiras se pueblan los espacios infinitos, y que cuando aspiras cualquier cosa, que de ti procede, a ti regresa! ¡Oh tú movimiento sempiterno en la sempiterna estabilidad, bendito seas!

»¡Te alabo y te bendigo en el mutable imperio de la luz creada, de las sombras, de los reflejos y de las imágenes, y sin descanso aspiro a tu inmutable e imperecedera claridad! ¡Haz que hasta nosotros penetre el rayo de tu inteligencia y el calor de tu amor! Lo que es móvil se volverá entonces estable, la sombra será un cuerpo, el espíritu del aire un alma, el sueño un pensamiento. Y nosotros ya no nos veremos arrastrados por la tempestad, tendremos firmes las riendas de los caballos alados de la mañana y moderaremos el curso de los vientos nocturnos para volar a tu encuentro.»

(Mientras tanto la tormenta, desencadenada, parecía querer arrastrarnos. Furiosas ráfagas de viento golpeaban las ventanas.)

«¡Oh Espíritu de los espíritus, oh eterna ánima de las ánimas, oh aliento imperecedero de la vida, oh suspiro creador, oh boca que aspiras y expiras la existencia de todos los seres en el flujo y reflujo de tu eterno verbo, que es océano del movimiento y de la verdad! Amén.

»Rey terrible, ¡oh tú que tienes las llaves de las cataratas del cielo y aprisionas las aguas subterráneas en las cavernas de la tierra! Rey de las lluvias fecundadoras de primavera. ¡Tú que liberas las fuentes de manantiales y ríos! ¡Tú que impones a la humedad, que es como la sangre de la tierra, que se transforme en la linfa de las plantas! ¡Tú cuyo inefable nombre tiene siete letras! Te adoro y te invoco.»

(Un repentino y violentísimo torbellino de lluvia me hizo estremecer.)

«¡A nosotros, tus móviles y mutables criaturas, háganos! Háganos, rey divino, en medio de las grandes convulsiones del mar, y temblaremos nosotros ante tu majestad. Mas háganos también en el murmullo de las aguas límpidas, pues deseamos nosotros tu amor.

»¡Oh inmensidad sin límites, océano sublime de la divinidad en la que se pierden todos los ríos del ser que sin cesar manan siempre de ti! ¡Oh infinidad y eternidad de

todas las perfecciones, altura que te miras en las profundidades, profundidad que te complaces en la altura, condúcenos a la vida verdadera con la inteligencia de tu eterno amor! ¡Condúcenos, con el sacrificio, hacia la inmortalidad que el espíritu del mal nos arrebató en el principio de los siglos! Estamos preparados para inmolarnos a ti, para ser más dignos de ti, y te ofreceremos siempre, con corazón puro y sincero, agua, sangre y lágrimas... ¡Poséeme, oh Dios nuestro! Amén.»

(Los rayos apremiaban en el sordo retumbar del trueno. La poderosa succión del viento parecía querer arrancar la casa de la tierra y lanzarnos al vacío.)

«¡Inmortal, Eterno, Inefable e Increado, Padre de todas las cosas! Tú que llevas en tu carro que avanza sin tregua mundos que sin descanso se amalgaman. Dominador de las etéreas inmensidades, donde se eleve el trono de tu poder desde cuya cúspide tus ojos terribles todo lo descubren y todo lo escuchan tus hermosos y santos oídos. ¡Complace a tus hijos que has amado aún antes de crearlos!

»Porque tu dorada y grande y eterna majestad resplandece por encima del mundo y del firmamento sideral. ¡Oh deslumbrante fuego que estás sobre los astros elevado! Te enciendes y te alimentas de tu esplendor mismo, y de tu esencia brotan inagotables rayos de luz que nutren tu espíritu infinito.

»Y de este espíritu infinito toman origen los santísimos espíritus-reyes que están alrededor de tu trono y que componen tu corte, oh Padre Universal, oh Padre de los felices, mortales e inmortales.

»En particular creaste potencias prodigiosamente semejantes a tu pensamiento y a tu adorable esencia. Superiores a los genios secundarios los creaste, que anuncian al mundo tus voluntades. A nosotros creaste, por último, en el tercer grado de nuestro reino elemental.

»Cantar tus alabanzas y adorar tus deseos es aquí nuestro continuo quehacer. Aquí, aspirando a poseerte en nosotros, ardemos, y esperamos con la paciencia de los justos la hora suprema en la que seremos llamados a arder durante toda la eternidad, a ti unidos, por ti poseídos, en el seno de tus divinas llamas eternamente vivificadoras.

»¡Oh Padre Omnipotente! ¡Oh tierna Madre! ¡Oh admirable arquetipo de la maternidad y del puro amor! ¡Oh hijo, el mejor de los hijos! ¡Oh forma de todas las formas, alma, espíritu, armonía y número de todas las cosas! Amén.»

(Otras señales celestes respondieron a estas palabras.)

«Rey invisible, que has tomado la tierra como punto de apoyo y que has abierto los abismos para colmarlos con tu omnipotencia. ¡Oh tú cuyo nombre hace temblar las bóvedas del mundo! ¡Oh tú que haces correr los siete metales por las venas de la piedra! Monarca de las siete lámparas, remunerador de los artesanos subterráneos, condúcenos al aire deseable y al reino de la luz.

»Nosotros velamos y trabajamos sin descanso. Nosotros buscamos y esperamos, por las doce gemas de la ciudad santa, por los talismanes escondidos bajo la tierra, por el clavo de cobre que atraviesa el centro del mundo.

»¡Señor!, ¡Señor!, ¡Señor! ¡Ten piedad del que sufre, alivia nuestro pecho, libera

y yergue nuestras cabezas, haznos grandes!

»¡Oh estabilidad y movimiento! ¡Oh día envuelto en noche, oh noche velada de luz! ¡Oh argéntea blancura! ¡Oh resplandor dorado! ¡Oh corona de diamantes vivos y melodiosos! ¡Tú que llevas el cielo en el dedo como un anillo de zafiros! ¡Tú que bajo la tierra escondes, en el reino de las gemas, la maravillosa fuente de los astros! ¡Vive, reina, sé el eterno otorgador de las riquezas de las que nos has hecho guardianes! Amén.»

Hubo una breve pausa. Una serie de mudos relámpagos recortó durante un instante los postigos. Luego la voz del anciano se elevó aún más, de repente, en un grito estridente e inhumano que me hizo estremecer. En ese momento un rayo cayó con violento estruendo en las cercanías y a la voz de él, en vez de sofocarla, otorgó el rayo una inaudita potencia:

«*¡Caput mortuum, imperet tibi Dominus per vivum et devotum serpenteen!... ¡Aquila errans, imperet tibi Dominus per alas tauri!... ¡Serpens, imperet tibi Dominus Tetragrammaton per angelum et leonem!...*»

Y otras frases o fórmulas parecidas que no sería capaz de reproducir. De repente el tono del anciano se había vuelto apagado. Había vuelto a nuestra lengua y murmuraba algo sobre «ángeles de ojos muertos».

Mas, Dios mío, si era realmente ella quien hablaba por su boca, ¿qué voz y qué palabras eran ésas? En cuanto a mí, diré brevemente para no volver sobre este punto que por efecto quizá de la larga invocación del anciano, cadenciada e igual, o del conjunto, o de quién sabe qué sutil elemento, una extraña e indefinible sensación me estaba invadiendo, no carente de señales físicas como decaimiento, hormigueo, asco o trasudor, tal y como sucede al que se encuentra bajo el imperio de una irresistible sugestión o de un hechizo. ¿Y mis auténticos sentimientos, mi temor y melancolía, mi dulce desesperación, así como mi repugnancia y terror fascinados, quién no los adivinaría? Al mismo tiempo sentía por aquel pobre anciano una infinita piedad hecha de amor y de odio: fuera quien fuera ella para él, ¿acaso no la había amado, no la amaba con desesperado amor? ¿Qué más daba la naturaleza de sus invocaciones? Seguía habiendo en ellas un inagotable, aunque insensato, anhelo.

Ahora calló él durante un tiempo, que a mí me pareció larguísimo. Luego volvió a hablar, mas con voz mudada. Era ésta la suya, cálida y algo ronca, ya sumisa ya sonora, solícita o enojada, preñada de mil momentos de pasión, de compasión, de impaciencia, de alegría, de pena; dulce y turbada, sombría, urgente o remota: su voz de hombre.

«Virgen —decía—, virgen santa, pequeña mía, madre mía, ¿por qué me has abandonado? Estoy solo y te espero: hace tanto que te espero... Muéstrate, virgen mía. Madre mía que me proteges, dame al menos una señal. Estoy aquí, ven, ven hermana mía, mujer mía. ¿Me has abandonado, amor? Hija mía muy querida, muéstrate; virgen santa, ven. Alegría, hermosura, delicado cuerpo, muéstrate a mí, mísero y solo. Déjame estrecharte entre mis brazos, oh mi criatura infinita. Ven,

rocío, lluvia de oro. ¡Lucía, Lucía, ven...!», y otras frases parecidas. Aquella voz se había vuelto sorda y uniforme, monótona, intolerablemente monótona, y las palabras se vieron finalmente sofocadas, pues debía él haberse tapado la cara con las manos.

Siguió un instante de silencio lacerante; la oscuridad era en ese instante absoluta, la tormenta se había perdido muy lejos dejando un horrible aturdimiento en el aire. El anciano se movió y corrió algún objeto; una vaga luz rojiza, apenas sensible a la vista, iluminó momentos después la sala, como un lejano reflejo. Dicha luz surgía de un brasero, o de algún recipiente parecido donde él debía haber reunido el rescoldo de la chimenea, que había colocado a una cierta altura, quizá sobre un trípode, y sobre el que estaba echando algo, incienso y otra cosa no reconocible, lo que produjo un ligero reforzamiento de la luz y una espesa humareda azulada y plúmbea.

Este humo fluctuante formaba, y temblaba yo por ello, ante mis pobres ojos las más extrañas formas, pareciéndome a veces que se concentraba, se adensaba, para volver a fluctuar de nuevo y de nuevo adensarse, como si una criatura desconocida quisiese, sin lograrlo, tomar forma en él. Veía, sí... Mas ¿qué veía?, ¿a quién veía? Desde luego no era una ilusión de mis sentidos. Y de nuevo ella, ¿quién si no? (¿por qué acabo de llamarla criatura desconocida?), ella, con desesperada violencia, con ciega desesperación, con oscura protervia, quería en aquel humo encarnarse, y de nuevo algo o alguien se lo impedía, la rechazaba. Pero ella estaba ya aquí. ¡No! ¡Ya no estaba, hacía mucho que no estaba, no estaría nunca más! Pero yo sentía... ¿Qué podía sentir en mi estado? Eran mis nervios alterados y nada más.

Del brasero surgió un imprevisto resplandor que iluminó fugazmente la escena: vi al anciano de rodillas y con los ojos cerrados ante el brasero mismo. Y de repente resonó su voz, fuerte, dulce y amorosa, en desesperada y triple llamada: «¡Lucía!, ¡Lucía!, ¡Lucía!». En ese momento el humo sufrió un estremecimiento, una brusca contracción.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

NO espero que se me entienda, quizá no quiero. No pretendo justificarme ni dar explicaciones; sólo diré lo que vi.

Retorciéndose sobre sí mismo y adensándose, el humo dio lugar a una gran figura femenina surgida del brasero, suspendida en el aire y que seguía fluctuando ligeramente, a lo largo y a lo ancho, pero que se solidificó y fijó rápidamente en una imagen precisa, recorrida tan sólo por alternas corrientes de luz, o más bien de humo mismo, es decir, como si el humo fuese su sangre visible.

La imagen presentaba en conjunto un color plúmbeo y funesto, si bien dentro de él se veían confusamente otros colores, el de sus carnes, el de sus ropas, el de sus dijes: débiles apariencias de colores. No era ella transparente, puesto que oscureció un gran cuadro que estaba en la pared frontera a mí y que antes allí destacaba. Parecía en fin dotada de luz propia, pues se distinguían con claridad sus rasgos a pesar de lo extremadamente incierto de la visión en la sala.

Tenía los ojos cerrados; los abrió inmediatamente después y escrutó a su alrededor. Durante un instante me miró. No es necesario decir a quién se parecía, pero sí diré que era una imagen perversa, terrible y sombría, y no tenía nada del delicioso extravío *de ella*. Iba vestida como ella en el retrato; llevaba al cuello su colgante, que antes había visto sobre la mesita. Eran aquellos sus ojos, su boca, sus cabellos, sus hombros, pero yo no los reconocía. A la mujer que veía no me ligaba ya un sentimiento profundo. A ella, a ese irreconocible espectro, parecía haberle quedado tan sólo cuanto de inconfesable y nefando podía contener su naturaleza, y de sus queridas facciones, nada más que la sorda materia. Cada uno de sus rasgos y todo su ser destilaban protervia, una abyecta protervia, y una infame cólera. Era éste, por todo lo visto, un espíritu infernal, un espectro inmundo.

El horror y el disgusto eran los únicos sentimientos que en mí respondían a tan anhelada visión. Como si lo hubiese entendido, el espectro me miró con ojos llenos de sombrío furor y, al mismo tiempo, repugnantemente implorantes: me amenazaba y a la vez me suplicaba que no le arrebatase aquella horrible vida suya, aquel efímero y nefando momento de existencia, que no lo desenmascarase con mi falta de fe.

Se me escapó finalmente un grito sofocado. Habría querido avisar al anciano: el fantasma al que él no había cesado de implorar y llamar con los más dulces nombres no era más que un espantoso engaño de sus, de nuestros, sentidos alterados, excitados por alguna potencia infernal, poseídos; aquélla no era la mujer que amaba, que amábamos. Ante mi grito el espectro desapareció de repente, y un perezoso, un pálido humo, volvió a elevarse del brasero: el sortilegio había cesado, las oscuras potencias habían sido vencidas.

En un principio el anciano no pareció darse cuenta de cuanto sucedía, mas en seguida oí que se agitaba febrilmente, aullando de dolor y de rabia, como una fiera

herida; al cabo de otro instante brilló la luz de la lámpara.

Mi primera idea fue entonces la de huir, pero me quedé; mas cuando caminé hacia mí empuñando la lámpara no pude por menos que enfrentarme a su ataque, que preveía terrible. Se me acercó a medio paso de distancia, permanecimos un instante mirándonos a los ojos, jadeantes ambos.

No obstante, su furia aún no había estallado; parecía infinitamente triste, como una criatura golpeada con saña y que siente que es injusto, como, de nuevo, una fiera herida de muerte. Un violento temblor agitaba sus manos y todos sus miembros. «¿Por qué?», preguntó finalmente. Yo no respondí a esta inútil pregunta, y temblaba también. El anciano, como acordándose sólo en ese instante, sacó su larga pistola y me apuntó al pecho; mas inmediatamente después se pasó por la frente el dorso de la mano que sujetaba el arma. Suspiró profundamente; parecía perdido, desmemoriado; sus ojos habían perdido su intensa expresión.

En el sepulcral silencio oía claramente las gotas de aceite que de la lámpara, muy inclinada y trepidante en su mano, caían, resonando apenas, sobre la alfombra. Volvió a bajar el arma, que apenas podía apuntar hacia mi pecho. Por mi parte, yo ni siquiera pensé en desviarla: ¿para qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a defenderme? Ya no me quedaban ganas, ni fuerzas.

El anciano pareció reanimarse entonces, la sangre le tiñó las mejillas: ¿sería finalmente la cólera que me esperaba casi con impaciencia? «¡Muera, miserable!», dijo sordamente, y luego, con voz rota por el temblor: «Desde hace veinte años... yo... ¿No sabe usted quién es, qué es para mí ella...? Y desde hace catorce días... ¿Por qué? ¿Por qué?... —gritó con más desesperación que rabia—. Muera», repitió con una curiosa falta de convicción, como por obligación. Pero no disparaba: debía habersele olvidado. ¡Ahora sí que parecía un débil, un impotente viejo!

Mas de repente sus ojos brillaron con su antiguo esplendor, su mirada se hizo más clara y directa, mirada de intenso, de venenoso odio, que me penetró hasta el fondo, cargada de una indomable energía; nuevamente me vi obligado a bajar la mía. Era la cólera, la terrible cólera que le invadía; volvió a apuntarme al pecho con la pistola, y su mano ya casi no temblaba; era evidente que iba a abrir fuego. Ni siquiera entonces me moví.

Mas no pudo abrir fuego en modo alguno: dejando de repente caer al suelo los dos objetos que sujetaba (desde donde uno de ellos siguió brillando durante un instante), se llevó ambas manos a la garganta y cayó de espaldas con horrible estertor.

Y yo huí; libre, también repentinamente, de mi inmovilidad, huí sin mirar hacia atrás. Así, sin mirar hacia atrás, quería escapar de aquella casa, de todo aquello; ahora, inmediatamente, no quería otra cosa: abandonando al anciano donde estaba, vivo o muerto.

Crucé corriendo varias habitaciones, golpeándome la cabeza contra las paredes, tropezando con muebles, tirándolos, cayendo y levantándome; guiándome a veces por la luz apenas visible de alguna ventana. Mas en un determinado punto de aquella

carrera algo me hizo, en parte, recobrar la conciencia: contra una puerta cerrada de determinado pasillo hasta donde había llegado se lanzaban con terribles gruñidos los dos perros; en busca quizá de su amo, habían sido puestos sobre aviso por los gritos y el estruendo.

Esto representaba para mí un serio peligro, sobre todo porque sentía que la puerta crujía y casi cedía ante sus reiterados asaltos, sus patadas y cabezazos. Al mismo tiempo experimenté un instante de calma y de humanidad. Pensé entonces que no podía dejar al anciano sin socorro y, armándome de valor, volví sobre mis pasos con la intención de prestárselo, si aún estaba a tiempo, y sólo después, inmediatamente después, abandonar aquellos lugares para siempre.

Cerré dos o tres puertas tras de mí, por si los perros lograban forzar la primera, y no sin temor y preocupación logré recorrer el camino ya andado.

En la sala de la evocación reinaba un profundo silencio, el brasero se había apagado casi por completo, y ni la levísima, rojiza claridad restante permitía en modo alguno distinguir los objetos.

El anciano se había caído a dos pasos de la puerta, por lo que pensaba que podría localizarlo fácilmente al tacto. Mas no lo encontré. Bastante perplejo, y sin saber qué deducir de ello, traté de procurarme un poco de luz. No tenía fósforos aunque, si no había observado mal, debía haberlos sobre la mesita, y había vuelto a encontrar la lámpara en el punto donde había caído. Moviéndome con dificultad, los busqué y localicé; volví hacia la puerta para encender la lámpara. Estaba vacía, mas por hallarse impregnada de aceite la mecha, pude encenderla igualmente.

A esta luz examiné la habitación: suponía que el anciano podía haberse arrastrado durante un trecho. Pero no lo descubrí ni donde había caído ni en sitio alguno: había desaparecido sin dejar rastro. No podía pensar que alguien se lo hubiese llevado, así que, ¿se habría reanimado y abandonado la sala? ¿O se lo habían llevado las potencias mismas por él invocadas?

¡Qué me importaba ya! Quería abandonar aquella casa; además, un irrefrenable terror, un auténtico terror, me invadió entonces. Eché a correr de nuevo en la oscuridad tratando de liberarme de aquel infernal laberinto y, al mismo tiempo, de evitar a los perros. Al cabo de no sé cuánto tiempo, saltando por una ventana baja llegué al exterior. Por fin estaba allí; respiré con alivio.

La noche estaba oscura: ¿qué importaba? Sólo se iluminaba al horrendo resplandor de la niebla que, contra un retazo más pálido de cielo, encapuchaba, deshilachada, una cima lejana. No tenía comida, no tenía ropa adecuada: ¿qué importaba? Todo era mejor que *aquello*. No me quedaba más que coger la escopeta, que estaba en el habitual rincón de la sala; quizá los perros, ocupados en otro lugar, me lo permitiesen.

Y me lo permitieron; mas al estar cerrada la puerta, tuve que llegar hasta la sala por un camino bastante tortuoso. Y, extrañamente aliviado, extrañamente oprimido, eché a andar a grandes zancadas por la montaña, entre matorrales goteantes, entre

rocas mojadas.

¿Adónde iba? Ésta era otra cuestión. Ciertamente no lo sabía; huía.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

MAL demostraría conocer el corazón humano quien crea que no volví. Me alejé de aquel lugar, volví a encontrar, o encontré por vez primera, compañeros, reanudé con ellos mi vida de aquel entonces. La última noche pasada en la casa parecía haberme devuelto por fin el sentido de lo que consideraba mi deber. Me vi metido en un tiroteo; recibí en él una herida, no grave, en el brazo. Entonces volví.

Puede que hubiesen pasado dos semanas desde mi huida. También esta vez, queriéndolo en parte, en parte por necesidad, llegué al anochecer. Mas, si claras me eran las razones que me empujaban a volver o, más bien, únicamente mi necesidad de volver, ¿cuáles serían entonces mis actos? Probablemente ninguno; o bien estarían determinados por las circunstancias, si es que éstas se producían. ¿Qué iba a hacer allí? No me preocupaba mucho por saberlo. Había huido; volvía.

Mas esta vez volvía por abajo, por lo que la casa no se dejó ver, con su fachada principal, hasta que hube salido de la espesura que cubría las elevaciones del terreno que descendían hacia la llanura y estuve en ella a un tiro de piedra. Tenía que cambiar de posición, dando un rodeo, por dos buenas razones como mínimo: en primer lugar porque la gran puerta que daba a este lado no se abría quizá desde hacía siglos y la casa por allí estaba completamente abandonada, y, sobre todo, porque, si la primera vez fui un invitado poco deseado, ¿qué debería pensar de la acogida que se me reservaría ahora? Naturalmente, siempre que el anciano siguiera con vida. Además, y prescindiendo de la segunda consideración, quería observar la casa antes de acercarme. Así que me metí en aquella especie de manzanal manteniéndome oculto entre los setos de mirto y los arbustos que allí crecían; mis pasos no hacían ruido sobre el suelo mojado y las hojas empapadas. En el aire duraba aún una débil y espesa luz violácea, mientras que a poniente una breve franja de cielo libre de nubes mostraba las primeras estrellas. En los alrededores reinaba, como siempre, la mayor quietud.

Descubría ahora la fachada posterior: también aquí había el mismo silencio y la misma calma. Pero en el umbral de la puerta abierta de par en par había una mujer que, apoyada en el quicio, parecía contemplar aquella franja de cielo.

No afirmaré que la reconocí en seguida, aunque algo de su silueta y de su peinado, por no decir un secreto reclamo, me hizo latir violentamente el corazón. Olvidándome de todo, me dejé ver y me acerqué.

Cuando notó mi presencia, movió apenas la cabeza y, permaneciendo inmóvil, avanzó hacia mí aguzando la vista en la luz crepuscular. Aquellos ojos, aquellos cabellos, aquellos labios entreabiertos apenas, aquellos frágiles hombros en los que parecía concentrarse una indomable voluntad, aquella mano delicada y nerviosa, abandonada ahora sobre la cadera; y el traje de encaje, el echarpe, el colgante de topacios, incluso la pequeña diadema... todo ello me era tan conocido que no me

podía engañar. A cada paso que daba el presentimiento de mi corazón, mi esperanza, se transformaba cada vez más en segura certidumbre: ¡Lucía! ¡Ella era Lucía, no el inmundo espectro de aquella noche remota! Ciertamente no pensé, en aquel momento, que la joven no podía ser el original del ajado retrato, que cien otras razones me lo desmentían. Yo, a un paso de ella, tan sólo la miraba y no podía hablar.

También ella, por extraño que pudiera parecer, dio muestras de reconocermelo, mas no mostró asombro, ni volvió a moverse, sino que se quedó mirándome con aquellos profundos ojos suyos, que casi no distinguía yo en el aire anieblado, pero que en él brillaban y de los que sentía dentro de mí la mirada ardiente y magnética, oscura, enojada y, al mismo tiempo, dulce y perdida. Tan sólo su pecho se agitaba rápidamente, como por interno afán, y su respiración se había vuelto un poco más rápida. Lo oía en el silencio y, si tengo que decir la verdad, me pareció reconocer aquella respiración, me pareció, ésta, la misma que había oído aquella otra noche en mi alcoba. Y que su fresco aliento, llegando hasta mí, me envolvía como algo familiar.

Pero sus ojos lanzaron de repente rayos de claro desdén, y dijo ella finalmente, con voz y tono altaneros: «¿Por qué me mira, señor, tan asombrado? ¿Porque me parezco a mi madre la condesa Lucía, cuyos rasgos ha aprendido a conocer en un retrato? ¿O bien quiere pedirme noticias de mi padre el conde...? —y citó aquí una estirpe que había oído yo mencionar en aquellas regiones, donde aún debía ser respetada y temida—. Él ha muerto, señor, hace una semana. Con mis propias manos lo he enterrado allí —señaló hacia el fondo del jardín—, junto a la mujer que amó durante toda su vida, que aún ama. Y a su muerte no fue usted ajeno. Ésos son —dijo con tono sumamente despreciativo—, éstos son, resueltos, los pobres misterios que tanto le agitaban, para penetrar en los cuales no dudó en violar nuestra más sagrada intimidad. Pues bien —y golpeó el suelo con su piecico—, ¿por qué no se marcha? ¿Acaso no ha vuelto usted por eso?».

Parecía a punto de llorar, puerilmente, de rabia. Pero, cambiando de voz y de persona repentinamente y sin transición alguna, volvió a hablar en tono de afectuosa dulzura, de infinita diligencia —ésta, melodiosa y profunda, era su verdadera voz—: «Pero es de noche y tú, querido, estás cansado. Estás herido, ¿te duele? —alargaba la mano para acariciarme la venda—. Ven, querido mío, entra». Y me empujó ligeramente hacia el interior de la casa, hacia la sala, adonde me precedió corriendo y gritando: «¡Mac, Josuah, él ha vuelto!».

Los dos perros corrieron hacia el umbral y se detuvieron a unos pasos de distancia, gruñéndome sordamente. Cayó entonces ella de rodillas y se abrazó a sus cabezas; en ese momento se le soltaron los cabellos, bastante largos, esparciéndose a su alrededor. Finísimos y aterciopelados, me parecieron éstos tan vivos y violentamente rebeldes que, sin quererlo, me estremecí; algunos mechones, retorciéndose, parecían nerviosas serpezuelas.

«No, así no, queridos míos, no tenéis que hacerle eso», decía ella, canturreando, a

los perros; y acariciándolos y mimándolos con otras expresiones, restregaba la mejilla contra sus hocicos. «¿Por qué sois así con él? Ah, malvados, no me queréis...», etc.

Parecía haberse olvidado de mí. Finalmente se puso en pie y, echándose el pelo hacia atrás y mirándome con turbada frialdad, dijo con voz curiosamente estridente y con una breve carcajada poco natural: «Señor, no he de decirle a usted dónde está la cocina ni cuán poco ofrece esta casa en cuestión de comida. Si tiene usted hambre, sírvase. Y descanse si está cansado... ¡Oh querido, quiero prepararte la cena y la cama con mis manos! Sígueme. ¿No quieres que te cure la herida? Sé hacerlo, ¿sabes? ¡Oh, sígueme...!», y se dirigió hacia las habitaciones de dentro. Luego se volvió bruscamente, acercó su cara a la mía, me miró como ensimismada, pasó un dedo alrededor de mi boca, bajó la mano hasta acariciar mis pantalones embarrados; «barba...», murmuró (en efecto la tenía bastante larga). Enarcando las cejas inmediatamente después y golpeando el suelo con el pie dijo: «¡Venga conmigo! ¡Te digo que te quedas aquí!, yo misma te lo traeré todo; allí, en la mesa redonda», y desapareció esta vez por la puerta hacia el interior. Sus movimientos eran bruscos casi siempre, y a menudo sus palabras se veían interrumpidas por aquellas breves carcajadas que helaban la sangre...

Me hallaba en la mayor de las confusiones: ¿ella, esa pobre mentecata, era Lucía? Pues, curiosa lógica de los sentimientos, no hacía distinción entre la madre y la hija, distinción que a mi entender habría sido superflua e incluso sofisticada, casi un curioso engaño o un insignificante detalle de la realidad; y a la hija daba sin más el nombre de la madre, o del espectro odiado.

Más ¿era posible que, en esa realidad, la imagen por mí soñada se correspondiese en cada uno de los casos con un abominable fantasma o con una criatura en la que la luz del intelecto parecía apagada? Sin embargo la auténtica, mi imagen de Lucía, se me mostraba con toda evidencia, viva, en las actitudes y palabras de ella, como si la de ahora fuera una perturbación pasajera de su mente, como si su condición estuviese vinculada a alguna circunstancia particular y ella misma fuera no ya un ángel caído, sino sólo extraviado. De tal condición yo habría podido redimirla y, con paciencia, con bondad, con ternura, con sacrificios y amorosos milagros, hacerla volver en sí, darle la felicidad que le había sido prometida... Y, perdido en tan exultantes pensamientos, abandonado en una silla ante la mesa que ella me había indicado, esperé lo que había de pasar.

Lucía volvió pronto, junto con los perros, que la habían seguido igual que hacían con su padre. Por quien, dicho sea de paso, iba sintiendo los más agudos remordimientos. Me prometí aclarar, siempre que fuera posible, la forma de su muerte; por otra parte, su presencia era obsesivamente sensible hasta en los rasgos de ella.

Llevaba la joven comida en dos platos, que puso ante mí. Sentándose después enfrente con aire grave (de nuevo como su padre) y mirándome, dijo de repente, mientras una nube de melancolía le oscurecía sus brillantes ojos: «¿Me toma por

loca? Guárdese usted de ello, amigo. ¡Tú me tomas por loca, tú, amor mío! ¿Por qué me tomas por loca? ¡No lo estoy, no lo estoy! —y agitó entre sollozos la cabeza y los cabellos, aún sueltos—. ¡Loca! ¿Y por qué no? ¿Y cómo iba si no a comprenderlo todo tan bien, a oírlo todo por la noche, hasta el arrastrarse de los animales furtivos en el subterráneo, a reconocer por su olor a los hombres, los animales y las cosas? ¿Y por qué todo me responde aquí, y aquí —se golpeaba en el pecho y la frente—, por qué todo me atormenta? ¿Ves mi mano? Siento en estas venas azules, aquí, aquí, ¿dónde miras?, en la muñeca, siento la lluvia y el buen tiempo, no, todos sienten la lluvia en la mano, aún más, siento si un árbol se ha caído por el peso de la nieve allá en el bosque. Y aquí, en las sienes, siento el viento, incluso el viento lejano de las cumbres, o de las otras montañas... ¿Qué es lo que no siento y no oigo? Siento los ruidos que alguien quería hacer pero que no ha hecho, siento el olor de los muertos, no el olor malo, el bueno. No puedo explicarlo. *Caput mortuum, imperet tibi Dominas...* —empezó a decir de repente con voz nasal; era la última parte de la invocación del anciano aquella noche—. ¡Ja, ja! ¿Te asustaste, eh? ¿Qué no oigo? Oigo el gesto que alguien va a hacer, las palabras que va a decir; oigo lo que piensa, ja, ja, no se haga ilusiones, señor. Loca, ¿por qué no? —Tras levantarse a toda prisa, dio unos pasos de baile, acompañados de unos grititos agudos y estridentes; el corazón se me estremecía al mirarla. Volviéndose a sentar—: ¡Loca! Pues sí: ¿acaso no estoy loca por ti? ¿No se dice así?».

Y alargaba la mano para acariciar la mía, con un gesto penosamente lúbrico. Yo no pensaba interrumpirla, pero sin querer retiré la mano. Sus ojos se humedecieron de repente. Mirándome con aire de enojo y dulce reproche, dijo con voz desconsolada:

«No me quieres. No me quieres porque estoy loca. Pero no estoy loca, querido, sólo soy un poco voluble, algo nerviosa, algo... ¿cómo decirte? ¿No ves, no oyes lo bien que razono? ¿No ves lo bien que entiendo todo lo que me dicen, igual que las demás personas, no ves lo tranquila que estoy? —y cruzaba los brazos sobre el pecho, bajaba la mirada y hacía un mohín con los labios: lastimera imagen de un profundo desorden—. ¡Hablar, hablar, hablar! Hablar tras tantos años, no, ¡por vez primera! Y ver la luz del día, salir y hablar, hablar con alguien, con otro. ¡Contigo! Contigo, querido. ¿Cómo quieres que sepa yo hablar bien, como usted? Sólo de ellos, no, sólo de él he aprendido a hablar. Lo sé, he dicho que lo entiendo todo, sé que mi modo de hablar es algo anticuado, especialmente cuando me enfado, pero aprenderé, verás. Sé muchas lenguas, ¿sabes? Y sé leer todos los libros. Y puedo enseñarte tantas cosas, tengo tantas cosas que preguntarte, tantas cosas que hacerte ver, de tantas cosas tengo que hablar contigo. ¿Por qué no te compadeces de mí y no quieres tener paciencia? Dime lo que quieres de mí, dime lo que tengo que hacer, y podré hacerlo. Seguro que podré, ya verás. ¡Oh, te quiero! Y tú, ¿me quieres? ¿Sabes que me llamo Lucía? ¿Cómo debería llamarme? Y tú, ¿cómo te llamas? ¿Por qué me buscabas? ¿Por qué me perseguías? Sentía que me buscabas por toda la casa; oía latir tu corazón en las habitaciones oscuras donde te perdías. ¡Y qué fuerte lo oí latir aquella noche en tu

alcoba, y aquella mañana en el subterráneo! Sí, aquélla era yo. ¿Quién si no? Y tú sabías que era yo. Quería verte, porque veo en la oscuridad, habría querido tocarte como he hecho hace poco, tocarte alrededor de los labios, pero sabía también que él no quería, que me habría matado. ¿Crees que no lo habría hecho? ¡Ja, ja! ¡Lo he hecho, lo he hecho! —canturreaba—. Pero aquella noche dormías profundamente. Le digo que usted dormía. Y otras muchas veces te he visto y tú no me veías. ¿Y ahora por qué no me quieres? Además, tengo miedo. Tengo miedo de tantas cosas, tengo miedo de todo. Tú también debes protegerme. ¿Sabes que también yo soy maga, que puedo invocar a los muertos? Vamos, señor, ¿qué hace aquí? Me pongo bajo su protección...», etc., etc. Y esta vez, tras levantarse, se estrechó contra mi pecho; me besó.

CAPITULO DECIMOSEXTO

LAS lábiles palabras de Lucía, al tiempo que comenzaban a darme oscuramente noción de muchas cosas, me confirmaban en la idea, en la certidumbre de que ella podía ser salvada y devuelta a la luz de la normal razón. Aunque volubles, no eran en absoluto inconexas y, al igual que en sus mismos movimientos y todas sus otras actitudes externas e internas, en ellas, hablando de forma general, los comunes sentimientos, reflejos y hábitos femeninos parecían tan sólo ensalzados, no alterados o desviados; al igual que sus sentidos físicos, que debían de haberse afinado infinita y morbosamente en el curso de una oscura y probablemente monstruosa vida, sobre la cual algunas de sus frases habían arrojado ya algún terrorífico rayo de luz. Ello explicaba por ejemplo su sorprendente virtud de penetrar en los pensamientos ajenos, de la cual ella misma se había jactado y que ya había experimentado yo. Una inteligencia muy aguda y una gran sensibilidad naturales, y delicadísimas por consiguiente, podían aclarar el resto, y, en particular, la disminución de algunas facultades suyas ante atroces, como he dicho, condiciones de vida; pero ello era al mismo tiempo una garantía de recuperación. Estas consideraciones, así como el ardor de ella, dieron un nuevo ímpetu a mi afecto, que en un principio parecía haberse quedado asombrado o insensibilizado; le hablé con bondad, y no sin una cierta firmeza, y ella, recuperada sólo de vez en cuando de aquellos accesos de inopinada severidad, se mostró contenta.

Pasó así una parte de aquella noche, y no referiré todo lo que allí sucedió o fue dicho: hay cosas que deben permanecer dentro de mi corazón. Estábamos ahora en mi alcoba, en la cama, único mueble que podía darnos cómodamente cobijo. Ella estaba a mi lado, semitumbada y apoyada en el codo, y seguía hablando —puede decirse que no había cesado de hacerlo—, hablando sin medida y quizá de modo no excesivamente atropellado, con una coherencia, aparte de una persistente ansia, ya casi, y sin casi, normal.

Bien es verdad que, ahora que alguna circunstancia había ido calmando en parte o confortando al menos su espíritu, había ido ajustando ella rápidamente, por decirlo así, su propia visión, confirmándome aún más cuanto había supuesto. Si antes me había parecido loca y recuperable hacía apenas un momento, ahora me parecía poco menos que sabia, y mi corazón se regocijaba. Ya ni siquiera, o escasas veces, se entremezclaban aquellas siniestras y breves carcajadas con sus palabras, ni aquel modo de enarcar las cejas, ni seguía en sus razonamientos con aquellos bruscos cambios de persona. Si acaso, una morbosa melancolía le humedecía a veces sus ojos abrasadores y le provocaba estremecimientos de impaciencia.

Lo que ahora me asombraba sobre todo en ella, por no hablar de su extraordinaria clarividencia, de su precisa conciencia de sí misma, de su condición pasada y presente y de sus propios sentimientos, era una seguridad de juicio, formalmente

dubitativa, que ignoro de dónde había podido sacar. He hablado anteriormente de su inteligencia natural, mas esta clarividencia suya, de las cosas y del corazón, se podría decir premeditada.

Tanto era así que, a través de aquella alusiva y condensada, y también evasiva, forma suya de expresarse, pude entre otras cosas aclarar las principales circunstancias de esta historia, que quizás interesarán al lector y que anotaré aquí antes de continuar. En efecto, ella me habló, entre otras cosas, de su vida pasada, o hizo referencia a ella, y consintió incluso en responder a algunas de mis preguntas.

Su padre, en pocas palabras, había sentido desde su más temprana juventud una violentísima pasión por una niña perteneciente a una gran familia de la provincia, pasión, en parte y de alguna forma, correspondida, aunque discutida ferozmente durante larguísimos años por las familias de ambos, que quizás encontraban algún impedimento en la gran diferencia de edad de los amantes. Llegados no obstante éstos, mucho más tarde, a unirse en matrimonio, dicha pasión, en vez de calmarse o de evolucionar de forma más permisible, había ido incrementándose hasta tomar formas y manifestaciones excesivas y chocantes, además de terriblemente violentas, haciendo temer al final por el propio juicio del marido, que parecía no poder soportar más tiempo aquel frenesí inaudito de afecto sin, por decirlo así, fundirse. Hay que decir (y Lucía no dejó de subrayarlo) que tan arrebatador talante era posible gracias a una naturaleza determinada y común en ambos, de la que, incluso, eran prueba. Naturaleza extremadamente sensible y refinada por una larga selección y, posiblemente, por alguna tara familiar. Por ello, bajo la apariencia de energía y valor indomable, existía una gran debilidad de carácter y una gran imprecisión de sentido moral, lo que, como es sabido, es causa de todos los excesos. Es decir, lo que aquí hablaba era verdaderamente su fina sangre, con toda su desesperada juventud y con el desencadenamiento de instintos ancestrales.

Las pruebas de adoración del marido llegaron incluso hasta la erección de un altar sobre el que la aún joven dama tenía que permanecer, desnuda, durante muchas horas al día, y sobre todo de la noche, ante velas encendidas y nubes de incienso, lo cual parecía agrardarle, y someterse también durante ataques de injustificados celos, o simplemente su amor, a sevicias varias e incluso a torturas, de lo que tampoco parecía descontenta. Inmediatamente después de tales insanias, él se refugiaba en el regazo de ella llorando amargas lágrimas por los tormentos que acababa de infligirle, y ella, por otros motivos llorando, le rogaba que le infligiese otros nuevos, que se los inventase si era necesario.

Cultivaba también ella el arte de la magia, que transmitió al marido y, en parte, a la hija, en quien intuía naturales y sorprendentes dotes, y eso tuvo que contribuir no poco a la alteración y desorden de sus mentes. Los esposos se juraron fidelidad más allá de la muerte, hacían mil proyectos sobre lo que había de ser su vida en común en el otro mundo, que no ponían en duda, y se prometían señales en caso de que uno de ellos muriese antes que el otro, etc. En el ínterin, y tras una serie de viajes, incluso

por países lejanos (orientales principalmente), se habían retirado a la casa solariega del marido, donde podían, sin dar cuentas a nadie, llevar la vida que más les agradaba.

Y así, tras no muchos años de tal existencia, la esposa murió de repente, fulminada por una misteriosa enfermedad, lo cual —es decir, lo imprevisto de la muerte— dejaba que su alma, como me dijo Lucía, permaneciese unida durante no sé cuánto tiempo más a las personas y objetos que había amado. Podemos imaginar lo que esta pérdida tuvo que significar para su marido. Éste empezó por encerrarse en la casa donde ahora nos encontrábamos, quizá por haber pasado en ella sus horas más felices, y su razón empezó a nublarse del todo o, más bien, las facultades ya alteradas de la misma, permaneciendo por lo demás más o menos normal, de modo que sus rarezas seguían sin ser visibles para quienes lo observasen superficialmente. Y desde aquel momento concibió el proyecto de invocarla desde el mundo de los muertos, proyecto que requería larguísimos años de paciente preparación y cuyo fracaso ya pudimos ver.

Mientras tanto él iba volcando sobre la pequeña Lucía, único fruto de sus amores y cuya semejanza con su madre era asombrosa, los sentimientos que había experimentado y que seguía experimentando hacia ésta, o al menos la parte más violenta de ellos, que habían perdido su objeto, acentuando incluso su animosidad. También a ella odió e idolatró a un tiempo; la idolatraba quizá porque era su madre, y la odiaba porque no lo era, prescindiendo de otros motivos más oscuros y lejanos. De este modo, tampoco faltaron a la niña sevicias y desproporcionadas pruebas de afecto, y también con ella los celos de aquel temible y desventurado hombre alcanzaron formas paroxísticas.

Mas demasiadas cosas de él y de sus turbias pasiones debería referir aquí, y me llevarían demasiado lejos, cosas que por otra parte adiviné tan sólo en las palabras de la muchacha y de las que mi mente, hecha ya a lo peor, huyó horrorizada. Diré nada más que ella no había salido jamás del lugar donde yo la había encontrado, que no conocía, sino por haber oído a veces hablar de ellas a su padre, las ciudades o aldeas de los hombres, ni otro paisaje que aquellas montañas, ni otra voz, por decirlo así, que la de él mismo o la de los dos o tres decrepitos y herméticos criados o campesinos que les abastecían, con grandes intervalos de tiempo, de víveres (cuyo último ejemplar había tenido ocasión de ver), ni otras criaturas humanas que ellos. No había salido jamás del férreo cerco de aquella tétrica mansión, con sus memorias, sus misterios, sus terrores, el peso de su tiempo. Hecho que habría podido explicar por sí mismo el estado actual de su razón. Las exploraciones de Lucía no incluían en su radio más que alguna de las montañas circundantes y, además, estas salidas, en las que su padre había sido su atento y huraño compañero, habían cesado desde hacía tiempo. Lo poco que ella sabía del mundo, repito, procedía de la boca de él, que, en las alternas fases de su doble sentimiento, ya la apartaba bárbaramente y celosamente la mantenía oculta a los mismos animales de la casa, ya se cuidaba, a su manera, de

su educación. Al ir envejeciendo, esta relación había ido cesando para él.

En compensación, la muchacha había desarrollado, como ya he dicho, en aquellas terribles condiciones una rica vida interior, a la que sólo faltaba el desarrollo formal de la experiencia, al tiempo que había poblado con mil presencias el breve círculo de su vida exterior y (para no omitir nada) afinado todas sus facultades, sobre todo la fantasía, gracias a lo cual, probablemente, habían resistido su mente y su organismo al completo oscurecimiento que a cada instante les amenazaba. Pero la libertad ahora adquirida le parecía inútil y tardía, más lamentable que benéfica.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

DESDE poco después del crepúsculo, es decir, desde que había cesado el viento, caía una lluvia ininterrumpida y de uniforme violencia que llenaba con un estruendo constante, como un fuerte retumbar de torrente o de crecida, la casa y la noche; tal lluvia nos acompañó hasta el amanecer, ahogando cualquier otro ruido, casi como una condición de aquella nocturna existencia nuestra, diluyendo casi y, si se me permite decirlo, volviendo acuáticos nuestros pensamientos, disgregándolos y anudándolos nuevamente con caprichosa libertad, dándonos, por último, un inagotable y, en mi caso, agotado abandono, propicio a nuestros sentimientos y, no obstante, atemorizado.

He dicho que ella estaba junto a mí, y seguía hablando y hablando. Y constantemente, con insistencia, su mente volvía sobre cosas e incluso mínimos episodios de su vida pasada, que parecían obsesionarla.

«¡Qué hermosa era mi madre! —decía—. Murió cuando aún no había cumplido yo cinco años, pero yo no la quería. Es decir, no es que no la quisiera, es que me daba miedo cuando me miraba largo rato con aquellos ojos suyos que tú conoces, cuando me acariciaba largo rato, toda. Y de repente me encerraba en una habitación oscura y decía: “¡ahora verás algo horrible, verás al diablo, cómo vas a temblar! ¡Ja ja —decía riéndose terriblemente—, te morirás de miedo!”. Y luego decía: “¿ves este alfiler de oro? ¿Ves lo bonito que es, cómo brilla? Pues bien, te lo regalo, te lo regalo, ven, ven, cógelo”. Y cuando alargaba la mano, lo retiraba de repente diciendo casi a gritos: “Pero antes tengo que clavártelo aquí, en la barriguita, tengo que hacerlo. ¿Dónde vas? Ven, ven aquí, cariño, no huyas. ¿Quieres que te mate de verdad? Ven, preciosa, sólo será un momento, un momentito sólo. ¿No quieres darle gusto a mamá?”. Y una vez más levantó la falda por delante y me lo clavó como había dicho, pero sólo la punta; pero como yo gritaba, se echó a llorar, y me abrazaba y me lamía la sangre y gritaba: “¡mi santa, mi infinita niña! Te he hecho daño, ¿eh? Perdóname, no lo haré nunca más, otra vez te lo clavaré aquí, en la cadera, aquí no hace nada de daño”. Y otras muchas cosas del mismo talante. ¿La odiaba o la quería? No logro distinguir bien entre ambas cuestiones. Además, ¿por qué digo quería? La quiero, porque estoy segura de que no está exactamente muerta, no sé, no está muerta como las otras: ¿tú no la sientes, no sientes que está con nosotros en este momento? —y se ponía en pie olfateando el aire—. Tengo miedo. Aún tengo mucho miedo de ella. ¿Por qué no me ayuda, señor? —e impaciente daba golpes en el suelo con el pie—. Pues sí: ¿sabes lo que me dijo muchas veces? Pues me dijo: “Lucía, morirás el día que te enamores de otra persona: sólo a mí, viva o muerta, tienes que querer. También me puedes querer odiándome, no me importa, pero sólo a mí. Recuérdalo bien para el futuro: si ese día llega, todo habrá terminado para ti, y si no mueres por otro motivo, con mis manos, viva o muerta, vendré a matarte”. Por eso tengo miedo de que se enfade, porque creo

que te quiero. ¿Será verdad? Y si es así, ¿por qué no tengo ninguna gana de hacerte daño? Yo también debo ser hermosa, ¿no? Mi padre, ¡la de cosas que podría contarte de él! Pero está más muerto que mi madre; mi padre me lo decía. Me llamaba, siendo ya mayorcita, me rodeaba con las rodillas: “ahora tengo que hablarte de tu madre”, decía. “Créelo, no es porque sea tu madre y porque esté muerta, pero qué hermosa era, qué hermosa es, de verdad”. Luego me miraba durante mucho tiempo, con una mirada extraña. “Tú también —decía alargando la mano—, tú también eres hermosa, eres idéntica a ella”, y también él me acariciaba largo rato, toda. ¿Estaba mal eso? Pero otras veces... Pero mira, porque yo lo siento, siento que al oírlo citar te embargan los remordimientos, mira que fui mala cuando te dije que habías sido la causa de su muerte: no es verdad. Además, si no, pero... no te podría querer, si te quiero. Cuánto hablo, ¿eh? ¿Hablo mal? ¿Has visto otra cosa: que voy vestida como ella? Lo hago a menudo. ¿Tú me quieres un poquito? Sí, aquella noche se sintió mal, es verdad, pero en seguida lo cuidé, lo llevé inmediatamente a la habitación de al lado por una puerta secreta, por eso no lo volviste a ver; y se curó, o al menos eso me pareció a mí. Murió más tarde, de repente, como mamá. Mamá. Y ella, ¡cuánto sufrió también! Pero no sé si sufría o no. ¿Te acuerdas de aquel día en el subterráneo? Me gustabas porque eras valiente: tú sabías que si mi padre te hubiera encontrado allí te habría matado sin remedio, no era posible resistirse a él si se enfadaba de verdad, y aquella noche, si no se hubiese sentido mal... Pero en el subterráneo, cuando descubriste aquella cadena, y aquellas flores... No eres tan valiente: oía perfectamente que tenías miedo, oía la sangre dentro de ti, y me dabas mucha pena, habría llorado, pero me reía, me reía silenciosamente, porque también era gracioso. Sí, allí dentro estuvo varias veces durante mucho tiempo mi madre: la última vez, antes de morir, estuvo casi un año. Él la encadenaba allí, por eso todos los aniversarios le llevaba flores. La encadenaba allí, y gritaba: “¡ni siquiera el cielo tiene que verte, el aire te quiere penetrar, pero se engaña, antes te impediré que respires, te ahogaré!”. Y le daba de comer lagartijas y zanahorias crudas, no sé por qué. Decía: “verás qué bien te sientan las lagartijas. ¿No eres una bruja? Come esto, mira a ver si te escapas de aquí”. Y también le pegaba, cuando la tenía encadenada, con un látigo. Se ve que luego se arrepentía, y la soltaba llorando y llorando, aunque no siempre. Dime, ¿el amor es así? Pero ella... lloraba y se desesperaba, llamaba y ni siquiera podían oírla; pero también se reía, y cantaba una extraña y monótona canción. ¡Y cómo me la encontré una vez que me escapé hasta allí con una vela! Estaba encadenada con los brazos en alto, y estaba toda desnuda y tenía el cuerpo lleno de marcas rojas. Cuando me vio frunció el ceño y dijo: “¿qué vienen a hacer aquí las niñas? Pero ya que has venido, corre a decirle a tu padre que yo aún puedo matarlo, que no tire mucho de la cuerda”. Pero luego sonrió y dijo: “bueno, esto no me desagrada en absoluto”. ¿Me explicará alguna vez sus palabras, señor? Sin embargo, estas cosas no me gusta recordarlas, me atormentan. ¿Y por qué, si se puede decir que no conozco otras...?»

¡De cuántas pesadillas tenía que librar a esta pobre criatura para reeducarla con menos monstruosas experiencias, con cosas menos sórdidas y más en consonancia con su noble naturaleza! La misión que se me presentaba no era fácil ni prometía grandes alegrías, sino como premio final, pero éste era digno de mi amor. La abrazaba, la acariciaba, trataba de calmarla y predecirle un porvenir feliz. Me sentía con fuerzas de construirlo, y no dudé de nuestro destino ni por un instante. Le estaba declarando mi amor, y ella a mí el suyo: nos juramos, ya digo, amor eterno. ¡Eterno! Sí, eterno, pero... ¡Cuán débiles son las humanas palabras, sobre todo si están preñadas de inquebrantable sentido: cuando no nos traiciona nuestro corazón, nos traiciona el destino mismo!

Pero ella no podía estarse callada. «No es verdad —dijo—. No es verdad que no sepa otras cosas. Muchas he de preguntarte, te he dicho que tú me lo tienes que enseñar casi todo, pero también he dicho que yo también puedo hacerte, ver y decir muchas más, enseñarte muchas, al menos sobre todo lo que hay aquí, y así es. ¿Qué no sabré yo de esta casa, de estas montañas, de las filas de pájaros que emigran, de los brotes de la más pequeña planta? ¿Sabes que las ratas no me huyen? Pues sí, ¿acaso no soy casi una de ellas? Me miran con sus ojos brillantes, que creo se parecen un poco a los míos, y se dejan tocar, acariciar. Yo hablo con ellas, y a su manera me contestan. También los pájaros se dejan tocar, ¿no será acaso porque yo soy maga como mamá? Son esos que se posan en el alféizar o que encuentro arriba, en las habitaciones abandonadas en lo más alto de la casa, donde una vez hicieron el nido en un colchón viejo; pero qué digo, en el colchón fueron las ratas. Ellos lo hicieron en un cestillo, pero, ¿sabes una cosa? Ya no lo tienen porque entonces maté a las crías golpeándolas contra la pared. ¿Y por qué lo hice? No lo sé, fue así, lo hice, fue algo repentino: también yo puedo hacer daño, a veces tengo miedo de mí, de todo lo que tengo aquí, dentro. Además, también las plantas, las matas, ya sabes, de rositas, y tantas otras, me quieren. No es una locura, te digo que desde que aprendí a conocerlas y me pareció que las comprendía, que comprendía sus palabras, o al menos sus miradas, y que ellas entendían las mías, ¿sabes qué hacen desde entonces? Poco a poco se han ido volviendo todas hacia mí, hacia mi ventana, como muchas de ellas hacen con el sol. ¿No lo cree, señor? Puede verlo usted mismo. Sin embargo, también maté una vez a una de ellas; no sé, una voz me decía dentro: ¿por qué se está poniendo tan bonita esa rosa mas que por tu sangre? Así que la maté, a ella y a todo el rosal, aunque no comprendía muy bien aquellas palabras. Y otra vez también maté un pequeño arcón, sí, un mueble. ¡Oh Señor! No lo maté exactamente: lo desfiguré, porque me miraba fijamente día y noche y no comprendía lo que quería de mí. Sí, sé que ahora te reirás de mí, pero también esto es verdad, porque yo me entiendo un poco con los muebles viejos. Además, ¿qué tiene de raro? ¿No le ha sucedido a usted nunca, señor, ver muebles viejos que tienen una cara, orejas incluso, oír su alma? En general los muebles son buenos y pacientes, han visto muchas cosas y saben de qué va la historia, pero a veces son algo pérfidos, como aquél. Por ejemplo, mi padre

sabía estas cosas y sentía celos de ciertos muebles, sobre todo de uno, que quemó; sabía que nos entendíamos, me decía: “¡ay de ti si...!”. Bah, veo que le doy lástima. Tú aún no sabes bien estas cosas, no hablemos más de ello. Pero dime, con todo lo que sé y siento, que oigo, ¿no crees que podría ser feliz, feliz como dicen que son las demás? —¿Cómo podía responder con palabras a este desgarrador grito de su corazón? La abrazaba conmovido—. ¡Eh, eh! ¿Por qué llora? Yo no lloro nunca —no era cierto—. Mire, señor, lo secos que están mis ojos; sí, me queman, me duelen, ponles tus manos encima, amigo mío. Y ahora, háblame un poco tú: ¿cómo es el mar? ¿Cómo son las ciudades y los trenes? Y esos hombres que vuelan, los he visto pasar ahora que hay guerra, ¿cómo lo hacen? ¿Y qué es y por qué hay guerra? Recuérdate que te cuente cuando vinieron aquí los soldados. Sobre todo me tienes que hablar de los volcanes, inmediatamente, ya. ¿Cómo lo resolvieron todo! Pero no encontraron las habitaciones de mamá; querían llevarse a mi padre, luego lo dejaron. Y a mí, ¿quién iba a encontrarme? Ni tú lo habrías logrado. Yo los veía y ellos no me veían. Vamos, habla, dime. No, no digas nada, luego me lo dirás todo desde el principio, todo bien dicho desde el principio, sin olvidarte de nada; ahora no podría escucharte. Pues sí, luego viniste tú y tantas cosas cambiaron para mí. ¿Pero tú me quieres? Me parece que sí, tú no me haces daño, tú sólo me acaricias y me besas; pues bien, ¿entonces no me quieres? Tantas cosas, todo, se puede decir, cambió. Te espiaba sin que tú lo supieras; luego te diste cuenta, y entonces tenía que tener más cuidado, pero ¿qué podía hacer? Una voz, la voz de siempre, me decía: “es él”. “Pero ¿qué él?”, preguntaba yo, y no quería darme más explicaciones. Y yo, ¿acaso sabía yo si venías para hacerme daño o para qué? Tú me llenabas toda, esto era lo único que sabía, y llenabas todos los lugares donde yo estaba, por eso también tenía miedo de ti. Y cuando oí que me buscabas, que me querías, entonces no me habría mostrado por nada del mundo. Me escondía en los lugares más secretos de la casa; también pensé en matarte, pero sabía que no podía y me sentía perdida. Y luego huiste, pero sabía que volverías; dime, ¿crees que no te oí volver cuando llegaste? ¡Ja, ja! Tú dabas la vuelta despacio alrededor de la casa, y yo te seguía, podemos decir, paso a paso. Me quedé allí porque quería quedarme, porque me armé de valor y me dije: “sucederá lo que tenga que suceder”. Si no tampoco esta vez me habrías encontrado. Así pues, dígame, dime: ¿me quieres? ¡Dígamelo, señor, por amor de Dios! Oh, ¿ves lo que digo algunas veces? Dime, ¿me llevarás lejos de aquí, nos iremos lejos, abandonaremos todas estas cosas que me atormentan? Pero no, será mejor que te quedes: me atormentan, pero no puedo pasarme sin ellas. ¿No seremos felices? ¿No estaremos tranquilos y felices? ¿No encontraremos la paz juntos? ¡Paz!... Sí, sí, lo seremos; habla, dime, sí, lo seremos. ¡Hable usted, señor! Calle ahora un instante, no diga nada, así. ¡Habla, habla por fin, amor mío!»

Y me abrazaba llorando. Es fácil de imaginar cómo respondía yo a estos arrebatos, cuánta voluntad y deseo de bien me animaba; y también son fáciles de imaginar nuestros proyectos, nuestras promesas de felicidad.

«Ahora escucha —añadió Lucía—: ya te he dicho, lo sé muy bien, ¿qué crees?, que hay tantas cosas en mí que no van bien, que tengo los nervios, ¿se dice así?, alterados, la mente algo turbada. Pero no es para tanto, soy inteligente, soy buena, aunque haya matado a esas crías de pájaro y a aquella flor: ¿no te parece que podría curarme del todo? Pero eres tú quien debe hacerlo: ¿tendrás fuerzas para ello? Sí, podrás, podrás, ¿no es cierto?» Y de nuevo yo respondía como buenamente podía a tan conmovedoras y juiciosas palabras suyas.

«Bien —seguía infatigable—, no hablemos ahora de nada. Ahora... es así, y así será para siempre. Ahora mira, mira mi mano: ¿te gusta? ¿No es bonita? ¿Sientes que a veces hablo con mamá? ¡Dios mío! ¡Qué enfadada estará! Está aquí y me amenaza. Sí, pero es así, lo he dicho; moriré si tengo que morir. ¿Te gusta entonces esta mano? ¡Vamos, bésala! ¿Te gusta esta oreja? Bésala. ¿Y este pie? —se quitó con un ligero movimiento de la pierna su escaupín de seda—. Entonces ¿por qué no lo besas? Besa deprisa todo lo que te gusta de mí. Señor, bese al instante todo lo que le agrada de mi persona...», etc.

Fue aquella, aquellas ingenuas expansiones, nuestra breve felicidad.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

ÉRAMOS felices cuando...

Hacía días que Lucía, de repente, enarcando las cejas, se pasaba el dorso de la mano por las sienes, como si le hiciesen daño, y hundía las manos en los cabellos con gesto de dolor; también se había quejado dos o tres veces de que sentía frío en la nuca; por último, y antes de que terminase de hablar, sintió un ligero estremecimiento que yo atribuí a causas más o menos naturales. Ahora, inesperadamente, vi que sus ojos se ponían en blanco como por un desmayo; éstos volvieron a su ser con dificultad en las órbitas y recuperaron su luz, pero volvieron a ponerse en blanco inmediatamente después. Un horrible grito, un aullido terrorífico e inhumano, brotó de sus labios y cayó como muerta: estaba en ese momento de pie y apenas tuve tiempo de sostenerla entre mis brazos. Al cabo de un instante, su frágil cuerpo vibraba, se retorecía, saltaba, presa de espantosas convulsiones, y yo no lograba dominar su desatada y, de nuevo, sobrehumana energía.

¿Hay acaso necesidad de explicaciones? Era aquello el violentísimo ataque de un mal que todo el mundo conoce. Trataba ella de morderse, y no pude impedir que lo hiciese en una mano; de su boca delicada brotaba una horrenda baba y brillante sangre, porque debía de haberse lastimado la lengua. ¿Y qué otra cosa? Con infinita tristeza en mi corazón contemplaba yo aquel supremo objeto de mis sentimientos en el más ínfimo estado en el que puede caer la física naturaleza del hombre; y lo amaba mucho más. Logré al fin extender su pobre, querido cuerpo sobre el lecho, donde sus estremecimientos fueron apagándose durante largo tiempo.

Lucía volvió a abrir finalmente los ojos, que se habían orlado de negro. Se quejaba débilmente. Cuando pudo hablar, sus primeras palabras fueron: «No quería decírtelo, pero ahora lo sabes. ¿Sigues queriéndome? ¿Podré curarme también de esto? Ya lo sabía: demasiado bonito me parecía todo, y siempre es igual cuando me da. Pero oye —volvió a decir—, ¿sabes por qué hablé hace poco de guerra?... Estoy aturdida, aún estoy aturdida... pero tengo que levantarme, ahora te diré. Además, estoy acostumbrada: nadie me socorría; es más, mi padre me reprochaba esta enfermedad, decía... ¿Qué decía? Ahora no importa... —se levantó, tambaleándose ligeramente; tenía que ayudarla. Pero pareció recobrar las fuerzas rápidamente—. Ah, eso es lo que quería decirte: ¿sabes por qué he hablado antes de guerra? Ahora lo oigo bien: porque alguien se acerca. ¡Son ellos, ellos, los soldados! Mira... —señalaba la ventana; me di cuenta de que estaba amaneciendo ya—. Pero se marcharon muy pronto. Puede que estuviesen ya al pie de la montaña cuando hablaba de ellos. Ahora —seguía diciendo afanosamente— ve, sal, mira dónde están y lo que hay que hacer. ¿Y si vienen para hacernos daño? ¿Y qué soldados son? Eso no lo puedo ver».

Casi por contentarla me dirigí hacia la ventana, y entonces, como confirmando

sus caprichosas palabras, desde la torrentera que estaba inmediatamente debajo de la casa resonaron unos disparos. «¡Mira, ahí están, deprisa, vete, huye! —me instaba Lucía desesperadamente—. Por amor de Dios, no pienses en mí, a mí no me pueden apresar. Vete, querido, volverás, aquí nos encontraremos... ¡Querido, no quieras mi muerte! ¿Cómo decírtelo, cómo hacértelo entender? Querido, ahora que me has encontrado, ahora que nos hemos encontrado... Ahora debes salvarte, debemos salvarnos. Corres peligro, ¿lo entiendes? Presiento peligro para ti. Vete, corre..., mira... —diciendo esto se dirigió hacia el pasadizo secreto de la alacena—. Mira, yo desapareceré por aquí; y tú corre, hazlo por Lucía —me empujaba hacia la puerta. Yo seguía sin moverme, no quería abandonarla—. Mira, mira, tú no lograste descubrirlo, pero también hay un resorte aquí; también aquí se abre. Ahora la volveré a cerrar.»

Verdaderamente había hecho saltar un muelle escondido tras una moldura, había metido y apretado el resorte contrario; el paso se estaba cerrando. «¡Adiós, hasta pronto!», dijo esforzándose en una última sonrisa. En ese momento otros disparos resonaron, una compacta y próxima descarga, como si asaltasen la casa por varios sitios y estuviese casi rodeada.

El pasadizo se había cerrado del todo: ¿qué otra cosa podía hacer? Corrí hacia fuera. Quería con buen juicio correr hacia la espesura (o «echarme al monte», como se denominaba por aquel entonces en aquellas zonas ese modo de ocultarse de los partisanos) y, tras conquistar una posición elevada, vigilar y estar preparado para cualquier eventualidad; sobre todo vigilar la casa que albergaba a Lucía. Pero era demasiado tarde.

Lo que sigue es muy breve. Llegué al exterior, exactamente a la terraza posterior, cuando aparecieron repentinamente tres soldados de una raza y de un cuerpo por mí desconocidos; otros cuatro o cinco salieron al cabo de un instante de ambos lados de la casa, que habían rodeado. Oscuros de tez y de uniforme, pareciendo por sus labios y ojos gente de África, tenían largos cabellos rizados bajo sus cascos y aros de oro en las orejas; un par de ellos tiraban por el ronzal de dos mulos cargados de municiones y víveres. Es inútil añadir que nada bueno presagiaban sus caras, que tenían algo de cruel, de bestial, de diabólico incluso. Me rodearon apuntándome con sus armas.

Como pude saber después, cuando pude reconstruir este episodio, el más funesto de mi vida, pertenecían éstos a los grupos de tropas coloniales que el ejército liberador había hecho entrar en batalla para atacar las posiciones montañosas, juzgadas de otro modo inexpugnables; tarea que, a decir verdad, habían desempeñado perfectamente, pues estaban habituados a ese tipo de guerra. Mas ellos, que en épocas precedentes habían tenido que sufrir graves injusticias, en su propio país, a manos de nuestros compatriotas, llegaban ahora hasta aquí con sed de venganza y ánimo de saqueadores y violadores, y, ebrios de conquista, evitaban establecer cualquier tipo de diferencia entre amigos y enemigos, armados o no. En esos días habían roto algunas defensas de nuestros invasores y habían llegado hasta nosotros por territorio enemigo, pero a la larga no pudieron mantener sus nuevas posiciones y se vieron obligados,

hasta el avance general, a retroceder. Nos encontrábamos así en medio de una ligera oleada, cuyos efectos tendríamos tiempo de sentir. La que me rodeaba era una de las bandas de saqueadores que se alejaban, con bastante frecuencia, de sus posiciones.

Éstos callaban, pareciendo consultarse con la mirada. Les hablé en nuestra lengua; respondieron en una que conocía imperfectamente, aunque no tanto como para comprender a la primera lo que andaban buscando: botín, vino y, sobre todo, mujeres. Dije que por allí no había y que no sabía dónde podrían encontrarlas. Insistieron brutalmente. Traté con buenas maneras de hacerles entrar en razón: fue en vano. Reaccioné vivamente (con palabras) a sus órdenes, acompañadas de empujones y bofetadas, de hacerme intermediario de tal comercio entre aquellas montañas: amenazaron con matarme. Poco después, como me rodeaban por todas partes, me agarraron, empezaron a pegarme en la cara y entablamos una feroz pelea en la que, sin duda, había de sucumbir yo.

Por mi cara corría ya la sangre. Entonces me dejaron, volviéndose todos hacia la casa. Yo también me volví: en el umbral de la puerta estaba Lucía.

¿Por qué? ¿Acudía en mi ayuda con sus débiles brazos, quería quizá distraer su atención, contando con ponerse a salvo en el interior de la casa, para ella seguro, apenas me hubiese visto libre para huir? Nunca lo he sabido. Había conseguido distraerlos, pero por nada del mundo me habría alejado de allí.

Los muy dementes empezaron a reír a carcajadas diciendo: «¡Mira la abuelilla!» (debía parecerles ridícula vestida así). «¡No es una abuelilla, ésa es una pollita joven!», y otras cosas semejantes. Luego echaron a correr a un tiempo hacia ella. Lucía me gritó muy deprisa: «¡Corre, vete, amor mío, ahora es el momento! ¡No temas por mí!», y desapareció por la puerta. Ellos la siguieron dentro como un torrente, yo también me metí hasta la sala. Vi que la atrapaban cuando estaba a punto de cruzar la puerta que daba a las habitaciones del interior.

La sacaron. Pero el primero que se atrevió a ponerle la mano encima fue abatido por un tiro del arma que había sacado ella, con rapidísimo gesto, de entre los pliegues de su amplia falda, arma que reconocí como la pistola paterna. En cuanto a mí, no podía hacer uso de las mías porque dos de los agresores me habían vuelto a sujetar. En ese momento los perros, que debían de estar por el campo a la llegada de éstos, llegaron a todo correr doblando una de las esquinas de la casa. Un soldado salió a su encuentro y con una ráfaga de su fusil ametrallador los dejó tendidos en el suelo.

Mientras tanto, un segundo atacante arrebató la pistola a Lucía, con la que le golpeó ferozmente en el rostro al tiempo que hacía por besarla. Ella se defendió, literalmente, con uñas y dientes, y también éste salió muy malparado. Yo, soltándome furioso, logré liberarme de las manos de los que me retenían y me lancé en su ayuda.

La desigual pelea se había vuelto salvaje. Sonó un disparo: Lucía cayó al suelo. Sonó otro, y tuve tiempo de escuchar estas palabras: «¡Es mamá...! Pero no temas, nos encontraremos de nuevo. ¡Vuelve, vuelve!», y perdí el sentido.

Cuando lo recuperé estábamos solos: su cadáver ensangrentado y yo. Su sangre se

había coagulado. Los agresores habían desaparecido, llevándose consigo a su herido o muerto. El silencio de siempre había vuelto a caer sobre el lugar, que un tranquilo y brillante sol otoñal iluminaba; el aire era tibio, no corría ni la más ligera brisa, sólo un pájaro piaba a lo lejos: una hermosa jornada, propia de la estación. Las hojas amarillas de una acacia cercana componían un elegante esmalte contra el cielo azul. Sí, un momento tan sólo, que parecía un fugaz y horrendo sueño, un sueño remoto, había bastado para destruir mi vida.

Yo también estaba herido, y no sin importancia, en un hombro. Mas qué importaba, me curaría de un modo u otro. No sé cuánto tiempo permanecí allí, no sé lo que hice. Al final la enterré en un extremo del jardín, junto a los suyos, y abandoné aquellos lugares. Pero no fue por mucho tiempo.

CONCLUSIÓN

«¡VUELVE!, ¡vuelve!»: ¿qué quiso, qué quería decir con aquellas postreras palabras? Por supuesto que volvería: al otoño siguiente, como mínimo, y todos los demás otoños de mi vida. Mas no era esto lo que ella quiso decir: lo siento, lo huelo, como ella decía. Entonces, ¿qué tengo que hacer?

La primera vez que volví hacía un día como aquél, tranquilo, tibio y luminoso. El bosque de las laderas cercanas diríase herrumbroso, con grandes manchas escarlatas. La guerra acabó pasando por allí, la guerra auténtica y grande, con todo su fragor y sus ruinas, pero se había marchado lejos: sólo quedaban sus huellas desoladas.

Aquel lugar tuvo que ser durante un tiempo una posición defensiva y la casa, un fortín que los disparos enemigos no habían respetado. Yacía ésta despanzurrada, mostrando sus entrañas, sorprendidas por la luz del sol en sus más íntimos secretos, en sus galerías, en sus pasadizos antes escondidos en el espesor de las viejas paredes, en lo que quedaba de sus objetos, celosamente sagrados en otro tiempo, y de sus tapicerías, que ahora colgaban como jirones de carne seca: tristemente vacía de su misterio, que era como su sangre. Traspasada por el cielo. Reconocí algunos de los sitios donde yo había palpitado con la secreta esperanza de una inaudita felicidad y, en la planta alta, el lugar donde ella me había agraciado con su amor por tan breve tiempo. En torno a su tumba se remansaba el agua que era, aquel día, una azul esperanza.

Y, posteriormente, volví a ver aquellos lugares en un húmedo crepúsculo, igual que la primera tarde que llegué hasta allí, o denso o violáceo, como la primera vez que la encontré, o con lluvia fuerte e insistente, como aquella noche, con tormenta, con un viento aullante como una criatura encadenada, con niebla desgarrada en la cumbre de las montañas; en una de las mil figuras de aquella embriagadora y melancólica estación, que representaban otras tantas figuras de mi alma. Y las hierbas, la hiedra y las demás trepadoras silvestres empezaron a cubrir y a invadir la casa, ocultándola finalmente por completo y haciendo de ella un gran túmulo verde.

A su alrededor sigue habiendo el mismo silencio, roto tan sólo por las mismas y solitarias llamadas de los pájaros; de sus paredes ya no penden más que enormes racimos de bayas negras, de venenoso perfume, en torno a las cuales se entretiene zumbando algún insecto. (Los desconocidos herederos del anciano, o de Lucía, abandonaron a su suerte el lugar y prefirieron construir mucho más abajo, casi en el extremo de la meseta, una pequeña casa para los administradores de la finca y para los campesinos.)

Sobre la tumba, la mata de rosas de otoño que yo planté se ha vuelto grande y fuerte, y todos los años, entre las demás flores, da una particularmente hermosa. Al mirarla, recuerdo siempre sus palabras, o su voz: «¿Con qué se está poniendo tan bonita esa rosa mas que con tu sangre?». Realmente ahora es así. De los dos olmos

que entrelazan sus ramas no muy lejos de su tumba, uno está muerto, seco, y el otro, herido, da muestras de ir a correr muy pronto la misma suerte del primero: a ambos los golpeó la guerra.

Yo miro estas rocas y me digo: aquí está encerrado mi corazón.

Mas ¿no habrá de resurgir con el suyo? ¿No se cumplirá su promesa, la promesa que me hizo en el instante mismo de su muerte?



TOMMASO LANDOLFI. Nació en Pico (Frosinone) el 7 de agosto de 1908 y murió en Roma el 8 de julio de 1979. Jugador contumaz, individuo disipado y excéntrico, no descuidó nunca, sin embargo, su dedicación refinada, minuciosa y fatal a la literatura. Son conocidas sus traducciones de Gogol, Novalis, Hofmannsthal, Tolstoi, Pushkin y Dostoievski. Su obra, hasta hace poco prácticamente desconocida en España, comprende un amplio conjunto de relatos y fábulas, textos dialogados, varias novelas breves, la surrealista llamada *La piedra lunar* y, entre otros materiales, sus dos espléndidas creaciones autobiográficas, *Des mois* y *Rien Va*. Italo Calvino hizo una antología con sus mejores relatos publicada en castellano en esta misma colección con el título *Invenciones*.